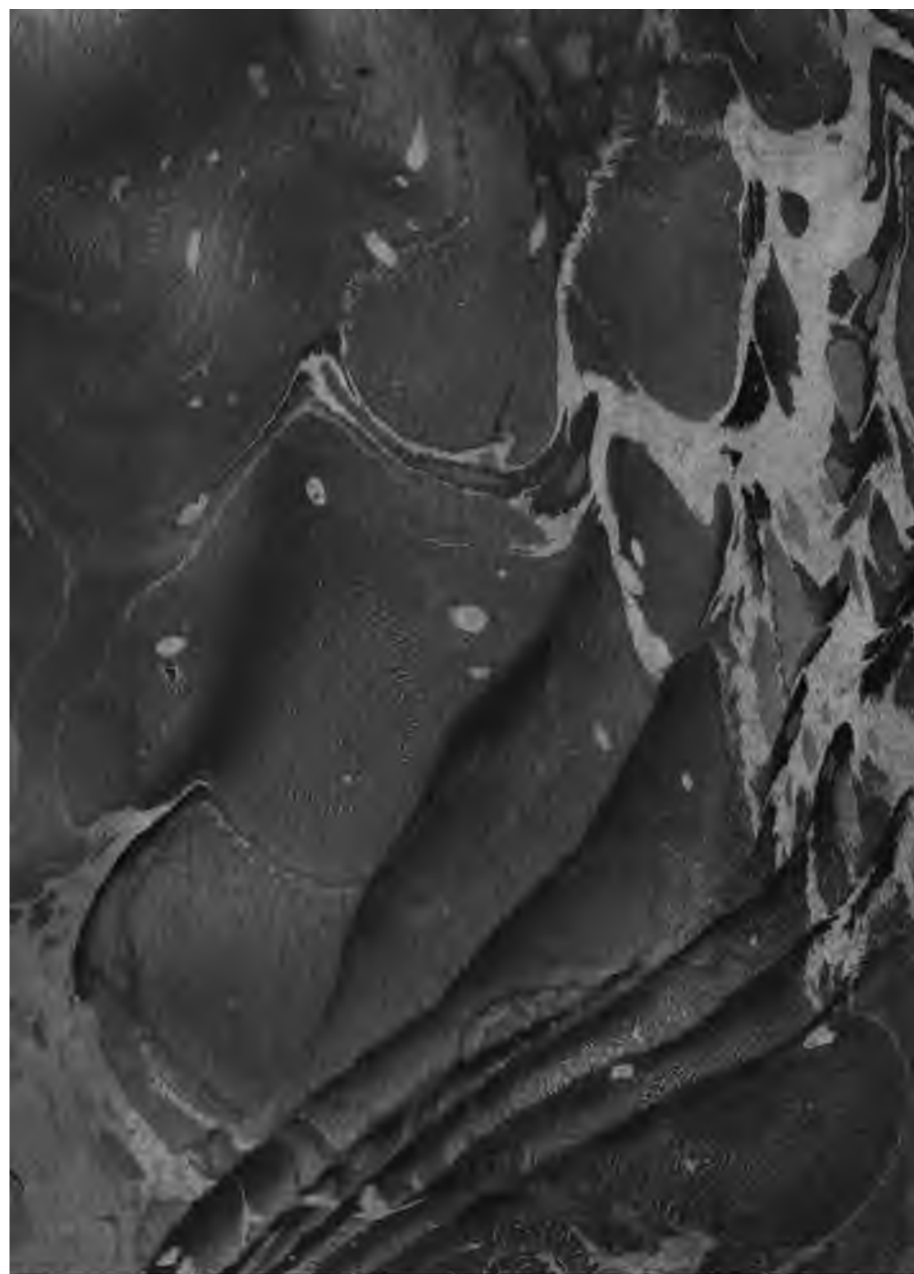
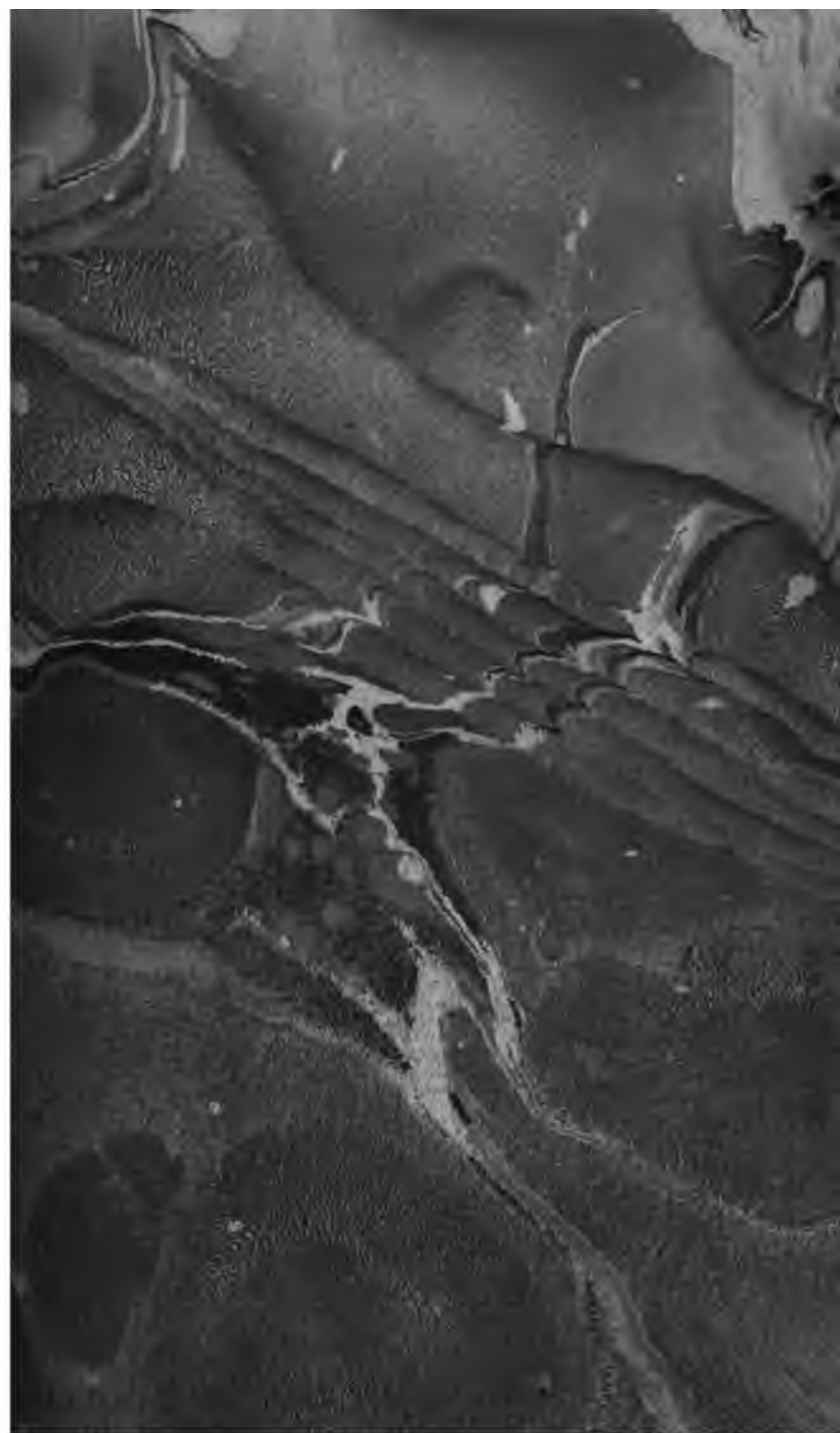


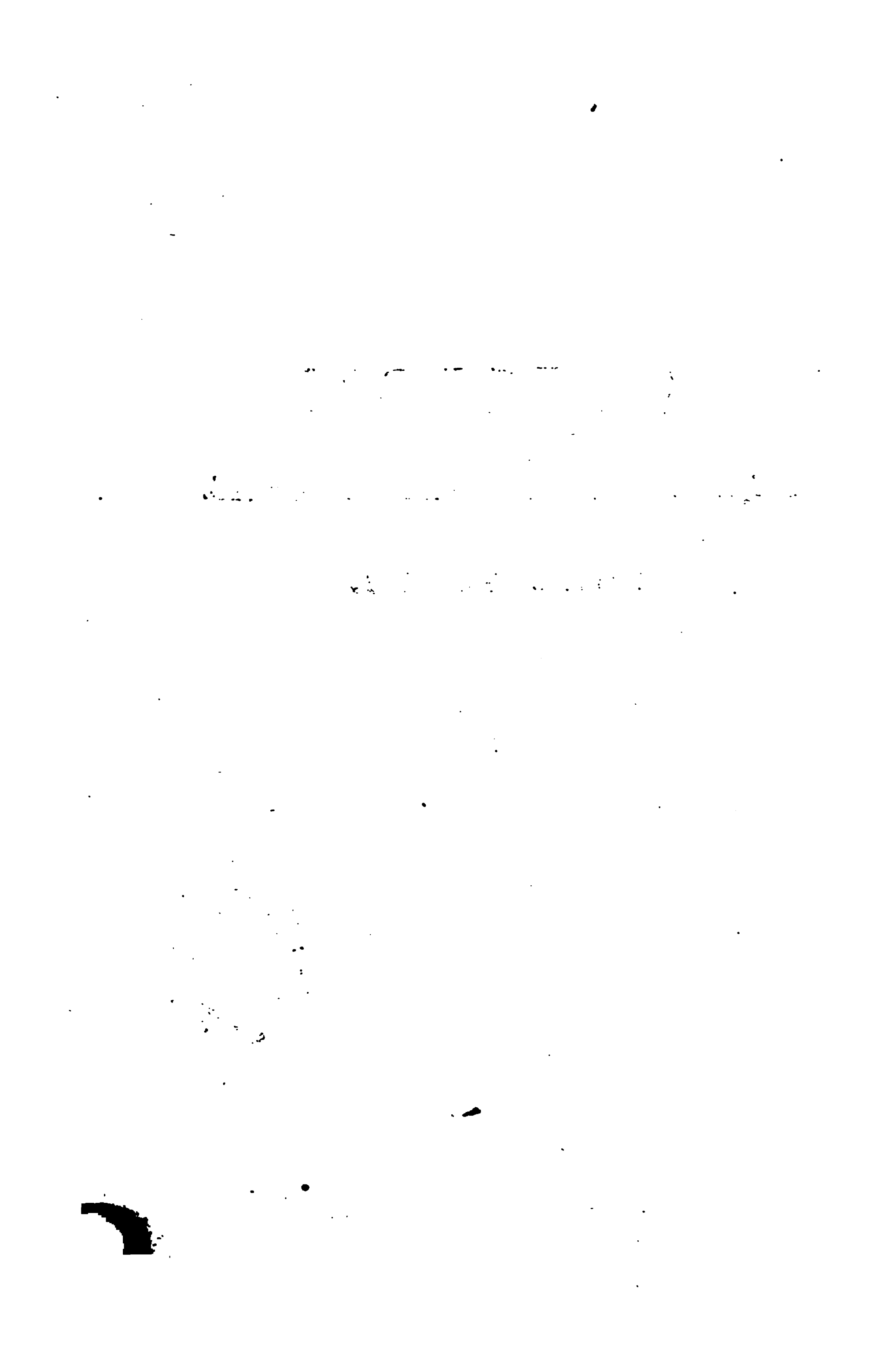




ADICION

A LAS AVENTURAS DE GIL BLAS.

TOMO SEXTO.



ADICION A LAS AVENTURAS DE GIL BLAS

O HISTORIA GALANTE DEL JOVEN SICILIANO,

QUE SUENA TRADUCIDA DE FRANCÉS EN ITALIANO,

Y DE ESTA LENGUA LA HA CONVERTIDO EN ESPAÑOLA

EL MISMO VIEJO OCIOSO

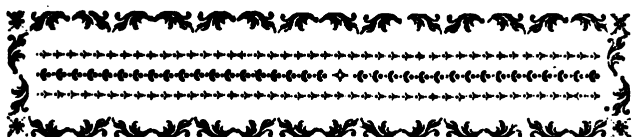
QUE RESTITUYÓ LAS AVENTURAS FRANCESAS A SU ORIGINAL LENGUA CASTELLANA.

TOMO SEXTO.





CON PRIVILEGIO:
EN VALENCIA Y OFICINA DE D. BENITO MONFORT.
MDCCLXXXXI.



GIL BLAS DE SANTILLANA HISTORIA GALANTE.

LIBRO DECIMOQUINTO.

CAPITULO PRIMERO.

Rapto de Irene. Dónde la fue á buscar el Mozo Siciliano. Su esclavitud, su libertad, y su hallazgo en la Ciudad de Buda. Huyen de esta Ciudad, y el modo de vivir que tomaron en Polonia.

Habiamos andado pocos pasos, desviándonos del mar, quando vimos salir de un bosquecito vecino quatro hombres armados con espada y fusil, que corriendo hácia nosotros, me robaron á mi amada Irene, sin que ni el

Soldado, ni yo se lo pudiésemos impedir. En vano gritó la pobre, implorando nuestro socorro: la tomaron en brazos los infames agresores, y la metieron en un barco que estaba cerca de alli, comenzaron á remar con toda fuerza, y se engolfaron en el mar, sin hacer caso de nuestros lamentos, ni de los clamores, cuyos ecos resonaban en las concavidades de las peñas, que servian de diques á una considerable parte de aquella playa. El que no sabe qué cosa sea amor fino y verdadero, mal puede hacer juicio de mi perturbacion en aquel fatal inopinado lance. La pérdida del objeto amado es el mayor mal que puede suceder á un hombre, á quien le haya tocado un corazon tierno y amoroso: se halla el infeliz sin la mejor parte de sí mismo, pudiéndose considerar como un cuerpo sin alma. El buen Isidoro se compadecia mucho de mí, y hacia todo lo posible para confortarme; pero todo era en vano. Volví á casa de Demétrio mas que nunca desesperado: de alli partí á la Ciudad, donde este hombre dió muestras de gran dolor, quando le conté mi desgracia, accmpañándome en el mio, y en la ansiosa solicitud con que preguntaba por Irene á todos los que encontraba. Salieron inútiles quantas diligencias hicimos en toda la Isla: por lo que determiné abandonarla para seguir los violentos impulsos de mi amor, que me sugeria ir á exâminar los mas remotos rincones de la tierra hasta encontrar con mi adorada Irene. Luego que el

Ce-

Cefaleno me vió totalmente resuelto á poner en execucion este pensamiento, comenzó á insinuarme algunas esperanzas de que la podria encontrar en algun Lugar de la costa de la Grecia, porque los Autores del rapto verisimilmente serian Corsarios de algun Puerto cercano, pues si fueran de País distante, no podian venir en un barco tan pequeño. Haciéndome alguna fuerza esta razon, pasé el mar en una embarcacion que llevaba municiones á Lepanto. Quiso acompañarme Isidoro, y quando entramos en aquella Ciudad, la hallamos alborotada, y llena de confusion, por la guerra que el Turco acababa de emprender contra la Moréa. Mi resolucion era verdaderamente andar por tierra desconocido, visitando todos los Lugares marítimos del Epiro, y de la Albania Turca; pero habiendo sabido que el Exército Otomano se abanzaba á marchas forzadas hácia el Istmo de Corinto, nos vimos precisados á no movernos. Mas Isidoro, cuya profesion de Soldado le inspiraba espíritus marciales, tomó partido en las tropas Christianas: resolucion que me fue muy sensible, porque á ella se siguió inmediatamente la dolorosa separacion de aquel buen amigo mio, habiendo sido destinado al Presidio de Nápoles en la Romanía. Todos saben el éxîto infeliz que tuvo aquella desgraciada guerra. Se apoderó el Turco de la Moréa, y yo perdí mi libertad, pasando de repente á ser esclavo. Me tocó por Amo un Baxá que se llamaba Alí Toglí, el qual me lle-

llevó consigo á invernar á Constantinopla. Encargóme el gobierno de sus caballos, y además de eso hacia otros muchos aunque pequeños servicios á su familia, por lo que todos me querian bien, y no puedo menos de decir que me fue muy bien con aquel buen hombre, el qual trataba á sus esclavos con la mayor humanidad. Quando llegó el tiempo de abrirse la campaña, fue mi Patron destinado á servir á Ungría, en cuyas fronteras se iba juntando un numerosísimo Exército. Nombróme á mí entre otros muchos para que le fuese sirviendo, y llevó tambien consigo á sus mas favorecidas Concubinas, las quales eran todas de una rara y extremada belleza. Entre estas habia una que era Christiana, y se la habia regalado al Baxá un Corsario Berberisco. Esta tuvo modo de que llegáse á mis manos un villete suyo, en que me prometia un grandisimo premio, si hallaba manera de ponerla en libertad. Con efecto, esperé á que se ofreciese alguna buena ocasion de servirla, y en la famosa batalla de Peterswaradin, que el incomparable Principe Eugenio ganó contra los Turcos, mientras en el Campo de estos todo era desorden, aturdimiento y confusion, tomé mi tiempo, y pasando á la Tienda que servia de Serrallo á las Mugeres de mi Amo, hice montar en un caballo á la Christiana, y montando yo en otro, nos escapamos los dos al Campo Imperial. Llevaba consigo la Esclava Christiana muchas y muy preciosas joyas, to-

das

das de gran valor; y luego que se vió fuera del poder de los Infieles, quitándose un rico anillo, me le regaló diciendo, que aquello era lo menos que tenia intencion de darme, quando se viese en su País. Presentáronnos al Principe Alexandro de Vitemberg, á quien ella se dió á conocer, diciendo que era Española, y de casa distinguida; que la habian hecho Esclava los Corsarios de Argel, volviendo con su Padre desde Cerdeña á Barcelona, quando solos contaba trece años. Aseguró, que el Baxá á quien habia sido regalada, siempre la habia tratado con la mayor atencion, y que lejos de hacerla la menor violencia, nunca hizo mas que pretender rendir su constancia, pero con el modo mas respetoso, y con las voces mas compuestas. La envió el Principe á Buda con una buena escolta, dexándola en libertad de volverse á España, si gustaba, en el supuesto de que se la daria el dinero que hubiese menester para hacer con toda decencia y comodidad aquel viage. Quiso ella llevarme consigo á Buda, y quando llegamos á la Capital de Ungria, nos alojamos en una casa, á cuyas espaldas estaban unos jardines contiguos á los Quarteles de los Soldados. Mirábame la Dama con alguna inclinacion, y habiéndome exâminado acerca de mi persona y de mi vida, al cabo llegó á entender la verdadera causa que me habia hecho caer en manos de los Turcos. Me pareció que no habia gustado mucho de saber, que el amor se hu-

biese anticipado á ocupar mi corazon, y tanto, que ni entre los horrores de la guerra, ni en medio de los trabajos de la esclavitud me hubiese olvidado de mi amada Irene. La ignorancia de su destino (la decia yo con las lágrimas en los ojos) y el temor de que haya venido á parar en poder de los Turcos, aplicada á contentar sus brutales apetitos, son un cruelísimo puñal que continuamente me está atravesando el corazon, sin permitirme ni un solo instante de paz. Yo mismo fui el autor de todas sus desgracias. O! y quánto mejor me hubiera sido no haberla conocido jamás; si la infeliz habia de verse por causa mia sujeta á tantas desdichas! Quando acabé de pronunciar esta última cláusula, oí que añadió la Dama, dando un profundo suspiro: oxalá que jamás la hubieras conocido. Entonces acabé de asegurarme, que realmente me amaba, y no dexé de engreirme un poco, considerándome un hombre capaz de inspirar amor en una Dama de aquella calidad, qual se habia dado á conocer la Española.

Mientras tanto acostumbraba ella á salir todas las tardes á orearse un poco por los Jardines que he dicho, hasta que llegáse la ocasion de un Comboy, que estaba para partir por el Danubio á Viena. Gustaba de que yo la acompañáse siempre, y echándome de quando en quando algunas ojeadas tiernas y cariñosas, procuraba excitar en mi pecho alguna centella de amor á su persona, pero todo en vano; por-

que

que si bien me parecia, que sería grande la fortuna de poseer una persona tan noble y de tan rara belleza, estaba tan estampada en mi alma la memoria de Irene, que no dexaba lugar á ningun otro afecto. Un dia, en que la Dama estaba reposando, salí yo solo á pasearme por los Jardines. Caminaba con los ojos baxos, enteramente enagenado, con el pensamiento fixo en mi amado objeto. Mi enagenamiento me llevó sin sentir hasta mas allá de los Quarteles de que ya he hablado, y quando llegue á cierto sitio, oí una voz de muger que me llamaba por mi nombre. Levanté al punto los ojos, y me quedé atónito, é inmoble como una piedra, quando vi en un balcon al dulce objeto de mis amores. Al mismo tiempo ella me arrojó una carta sin hablarme palabra, y se retiró. Ya se dexa discurrir, que una accion como esta me sorprenderia mucho mas que me habia sorprendido su vista. No obstante recogí la carta, y retirándome á una de las calles menos freqüentadas del Jardin, comencé á leerla, parte temblando, y parte lleno de impaciencia por saber su contenido, el qual era el siguiente. *El pérfido Cefaleno, movido de su griega avaricia, dió parte al Capitan Arnaldo, de que yo me hallaba contigo en su casa, y tuvo orden del mismo Capitan de disponer mi rapto de la manera que sabes. Fui conducida á Zante, donde me estaba esperando el Capitan, y luego que me entregaron en sus manos, me llevó consigo á Ná-*

po-

poles, donde habia entrado al servicio del Emperador, despues de haber sido despedido del del Rey de Cerdeña. Desde aquel dia he estado siempre en su poder, pero sin que haya podido vencer la aversion con que le miro, ni desbancarme del amor que te profeso. En el invierno pasado se le destinó para Italia, con ocasion de esta guerra con los Turcos me traxo consigo, teniéndome siempre encerrada en un quarto como en una prision. He tenido el gusto de verte pasear algunas veces por estos Jardines, á donde corresponde la ventana de mi encierro, y te he oído hablar con aquella persona, que al principio dió grande materia á mis zelos, pero despues me desengañé, y me consolé mucho con la seguridad de que todavia te acordabas de mí. Quisiera librarme de las manos de este hombre, que todos los dias me está espantando con sus continuas amenazas; mas tampoco quisiera exponerte á algun peligro, ni alterar tu quietud. Mañana á esta misma hora volverás, si pudieres, á este mismo sitio debaxo de mi ventana: dame alguna respuesta con noticia de lo que hubieres pensado: encontrarás colgado un hilo, al qual podrás atar la carta con toda la cautela posible. Luego que acabé de leer el papel, prorrumpí en mil maldiciones contra Demétrio, y contra su griega fidelidad. Ocurriéronme entonces todos los engaños del pérfido Sinon, y del faláz Ulises, pareciéndome que habian sido mucho menos abominables que los de mi falso amigo. Detestando en fin á un hom-

hombre de aquel carácter, que tan indignamente habia atropellado las leyes de la verdadera amistad, volví toda mi atencion á discurrir la manera de poner en libertad á mi Irene.

Era esto muy dificil en una Ciudad, guardada en aquel tiempo con el mayor desvelo, donde habia tanto número de tropas. Solamente el huir de ella era un gravísimo delito, que irremisiblemente seria castigado con pena de muerte. A esto se añadia el particular impedimento de la Dama Española, la qual, si llegáse á su noticia mi intento, seguramente echaria todo el resto de su poder para estorvarle. Pero el amor es tan ingenioso, como audáz. Encaxóseme fixamente en la cabeza el estraño pensamiento de poner en libertad á Irene, valiéndome de la misma Española. La respondí pues, diciéndola, que solicitáse la ocasion de hablar desde su ventana á esta Señora, declarándola la violencia que estaba padeciendo, y el peligro á que se hallaba expuesto su honor, é implorando al mismo tiempo su proteccion para librarla de tan dolorosa esclavitud. Concluída mi respuesta, concurrí al Jardin á la hora señalada el dia siguiente, y hallé que Irene, en cumplimiento de su palabra, me estaba ya esperando para recibirla. Quando vi que la habia ya recobrado, me retiré de aquel sitio, por no dar que sospechar, esperando mientras tanto á ver el efecto que producia mi pensamiento. Al acercarse la noche, yo mismo pregunté á la Española, si queria sa-

lir á nuestro acostumbrado paseo. Ella, que solo deseaba darme gusto, prontamente respondió que sí, y dexándola muy de propósito que se adelantáse un poco á mí, caminando hácia el Quartel, oí que la llamaban desde lo alto, diciendo: *Madama, Madama.* Miró luego hácia arriba, y viendo una Muger, se paró para saber lo que la queria decir. Señora, la dixo Irene, sírvase usted decir á ese hombre que la acompaña, que se retire un poco. Inmediatamente me retiré yo, y ella hizo lo que yo la habia sugerido, con tanta gracia, y con tanta fortuna, que la Española prometió hacer todo lo posible para librarla de lo que estaba padeciendo. Con esto se despidió de ella, y llamándome á mí, despues de haberme contado lo mismo que yo sabia: Isidoro, me dixo, es menester que hagamos esta gran obra de caridad en beneficio de aquella pobre y virtuosa Mocita. Dispondremos una buena y muy segura escala de cuerdas, que ella procurará tirar hácia arriba, y asegurarla bien á su ventana, por la qual baxará á nosotros la noche antecedente á nuestra partida, y la llevaremos con nosotros, sacándola de las manos del bárbaro que pretende violentar su inclinacion: paréceme muy justo, que hagamos con otros aquello mismo que tan felizmente hiciste tu conmigo, quando me hallaba en poder de los Turcos; y estoy bien segura, de que un hombre tan lleno de gentileza como tu, no dexará de ayudarme gusto-

so

so en tan noble, como christiana y caritativa intencion. Señora, la respondí, estoy prontísimo á serviros, y á servir en quanto pueda y valga á esa desgraciada Joven. Con efecto se conduxo nuestro intento con tanto arte, y con tanta cautela, que Irene se vió libre de su prision, y embarcándose juntamente con nuestras personas en el Danubio, tomamos el camino de Viena, habiendo tenido tambien la fortuna, de que aquella noche habia tocado al Capitan Arnaldo montar la guardia en Pest, y por consiguiente hallarse fuera del Quartel. Ya ustedes habrán conocido, que yo me guardaria bien de hablar con mi bella, durante aquel viage, por no dar ocasion á la Dama Española de sospechar, que pasáse entre los dos alguna inteligencia. La tal Dama la habia cobrado grande amor, agradada sumamente de sus loabilísimas costumbres. Conversaba siempre con ella, y poco á poco llegaron á tratarse con tanta familiaridad, que siempre se las veía juntas. En pocos dias llegamos á Viena, y nos alojamos en una posada vecina á la Iglesia de San Estevan. Hacíanse á la sazon grandes fiestas en aquella Imperial Corte por la toma de la importante Plaza de Temesvar. Disparábanse en todas partes grandes fuegos, acompañados de vistosas iluminaciones, por los felices sucesos de las Armas Christianas. Participamos nosotros de todas aquellas alegres diversiones; pero yo tenia atravesada una espina, que no me dexaba tomar mucho el gusto

to á ninguna de ellas. Es el caso, que la Española habia determinado restituirse quanto antes á su Patria, y llevarnos consigo á Irene y á mí. Conocia yo muy bien los grandes inconvenientes que se podian seguir de mantenerme largo tiempo en su compañia. Su amor á mi persona era cada dia mayor, tanto que ella misma claramente me habia confiado la intencion que tenia de casarse conmigo luego que se viese en España. Tambien Irene habia sabido de su propia boca esta su resolucion; y aunque estaba bien persuadida á que yo de ninguna manera fomentaba sus ideas, todavía no dexaba de vivir infinitamente desconfiada y rezelosa. Habíame hablado muchas veces en el asunto, y siempre insistiendo con la mayor viveza en que nos alejásemos de un objeto que tanto alteraba nuestra paz, y turbaba nuestra quietud. Vímonos pues precisados á separarnos de ella sin su consentimiento. Vendí el anillo que ella misma me habia regalado; y habiendo ajustado una calesa, una mañana muy temprano, y antes que ella dispertáse, partimos de Viena, y de propósito tomamos el camino de Polonia, para eludir mejor las diligencias, que sin duda se harian en busca nuestra.

Y hétenos aqui otra vez en nuestra entera libertad. En ocho dias nos vimos dentro del territorio de Polonia; pero el punto estaba en que nuestro dinero se iba acabando, y era menester pensar en el modo de vivir en adelante.

Te-

Tenia Irene algunos principios, y no mala disposicion para la Música, y yo en mis primeros años habia aprendido á tocar un poco el archilaud. Resolvimos pues tomar el partido de saltimbancos, quiero decir, de andar de Ciudad en Ciudad cantando cancionetos, y tocando sinfonías mal compuestas, que habia yo aprendido de memoria. Los Polacos son naturalmente inclinados á todo género de Música, sinembargo de no ser del mejor gusto en quanto al discernimiento de ella. Por eso fue grande el aplauso que logramos en todos los Lugares donde nos detuvimos, y en cada uno de ellos veíamos al rededor de nosotros una infinidad de gentes, que no solo gustaban de la harmonía del canto y del instrumento, sino que estaban como embelesados, fixos los ojos en las bellísimas facciones de mi amada compañera. Facilmente se creerá, que no faltarian mozuelos, y aun otros hombres mas adultos, que procurasen solicitarla á la condescendencia con sus lascivos deseos, y que aun á mí mismo me tentarian, para que la llevâse á sus conversaciones particulares, dando por supuesto, que como uno de tantos bribones de esta especie, el interés me obligaria á complacerlos. Pero como hallaron en ella una muger muy distante de toda disolucion, y en mí un hombre muy diferente de lo que ellos se habian imaginado, quedaron todos admirados de encontrar tanto honor y tanta honestidad en una profesion, que en el concepto del mundo

pasa, hablando en general, por la mas disoluta. No podia Irene vencer la vergüenza que la causaba todas las veces que habia de comparecer en público, y nunca subiamos á los Palcos para exercitar nuestro oficio, sin que su bello semblante se viese todo cubierto de un encendidísimo rubor. Muchas veces me manifestaba su invencible aversion á aquel género de vida, diciéndome, que antes querria pedir una limosna de puerta en puerta, que continuar en aquel modo de vivir.

Mientras tanto llegamos á Varsovia, donde estaba la Corte del Rey, con cuyo motivo era muy freqüentada aquella Ciudad de los primeros Señores del Reyno. Extendióse presto la fama de la rara hermosura, dulcísima voz, y singular destreza en el canto de la forastera Cantarina, y muchos Magnates desearon verla y oirla. Les agradó mucho su voz, bien que un poco áspera, dura y carrasqueña, y sin advertir que algunas veces desentonaban sus modulaciones, la alabaron excesivamente. Hablaron de ella al Rey y á la Reyna, y estos Augustos Soberanos, por su gran bondad, quisieron dispensarnos el honor de que cantásemos y tocásemos en su presencia. Es muy verisimil, que en el particular discernimiento de aquellos dos Principes, no les pareciésemos aquellos dos Capos de Opera en la Música, que tanto los habian ponderado los Polacos; pero en medio de eso Irene tuvo la fortuna de haber caido muy en gra-

cia

cia á la Reyna, sin duda por su extremada modestia y natural compostura, puesto que quiso su Magestad que se quedáse en su Corte por algunos dias, señalándola uno de los quartos mas secretos de Palacio, y el Rey me admitió en el número de sus criados. Con esta ocasion tuvo Irene gran oportunidad de declarar á la Reyna quiénes éramos nosotros verdaderamente, contándola todas las estrañas Aventuras que nos habian sucedido hasta aquel tiempo. La sincera relacion del principio que habian tenido nuestros amores, excitó una grande compasion en el tierno y verdaderamente Real corazon de aquella gran Princesa, de manera que desde luego pensó en consolarnos. Ante todas cosas quiso que se celebráse inmediatamente nuestra boda; y habiendo obtenido del Rey una pension sobre sus rentas de Saxonia, nos hizo partir á aquellos Estados, para que lográsemos en ellos el fruto de la Real liberalidad, despues de habernos colmado de dones y regalos de gran valor. Mas, ó Dios! ¡y qué peligrosas son las riquezas, aun las mas medianas! Esto me enseñó el terrible caso que voy á referir.

CA-

CAPITULO II.

Traicion de un Criado del Joven Siciliano en los confines de Polonia. Pierde nuevamente á su Irene. Emprende un viage á Italia en busca de ella. Hácese amigo de un Oficial, y estravagante humor de una Amiga de este.

Un perverso Criado, que habiamos recibido en Varsovia para que nos sirviese en el camino (de acuerdo, segun todas las apariencias, con el Calesero que nos conducia) quando llegamos á cierto sitio en los confines de Polonia, nos asaltó de repente con un puñal en la mano, y habiéndome dado una gran puñalada en el pecho, me dexó tendido en la tierra medio muerto. No puedo decir quanto tiempo estuve en aquel miserable estado; solo sí, que quando volví en mí, me hallé en una pobre camita dentro de una miserable Cabaña, y á mi cabecera una Vieja, que habia tenido la caridad de recogerme, vendar mi herida, y aplicarla algunos bálsamos.

Viéndome en tan infeliz estado, llamé inmediatamente á mi Irene; pero mi Irene estaba muy lejos para oirme, y la buena Vieja me dixo, que nada sabia de esto, y solo me refirió, que dos piadosos forasteros me habian puesto en sus manos, diciéndola, que me habian encontrado en medio de un camino, revolcándome en mi propia sangre, y casi para espirar, acercándose

á

á socorrerme. Quando me hallé otra vez sin mi Esposa, entré en tal furor, que quise matarme con mi propia mano, haciendo con rabia pedazos las vendas que cerraban la herida para que no me desangráse. La Vieja se opuso á mi frenético atentado con toda la fuerza y todo el rigor que pudo, y despues comenzó á consolarme, procurando sosegar mi desesperacion; pero sus raíces eran muy profundas, y muy vehemente el amor que tenia á Irene, para que se desvaneciese con tanta facilidad el imponderable dolor que me ocasionaba su pérdida. De qualquiera manera que fuese, lo cierto es, que la Divina Providencia quiso conservarme la vida para aquellos altos fines que nosotros no podemos adivinar. Sanó la herida del cuerpo al mismo tiempo que la del alma cada dia se iba haciendo mas mortal. No sabía qué hacer, ni á donde volverme para encontrar algun rastro del bien que habia perdido. Temía que mis pesquisas y mis diligencias me produxesen todavia mayores pesadumbres, porque si llegaba á saber que habia muerto, tendria que llorarla vanamente toda la vida; y si era viva, estaria en un continuo sobresalto, recelando que hubiese caído en poder de quien hiciese violencia á sus afectos, despedazando al mismo tiempo su honor, y el honor mio. En medio de eso me parecia menos malo salir de este laberinto de sospechas y temores, que estar en una perpetua incertidumbre. Comencé pues á viajar, habiéndome des-

pedido antes de mi buena Vieja, y caritativa albergadora, y me entré en la Saxonia, acompañado de toda la amargura, y de toda la agitacion que podia inspirar un caso tan doloroso como el mio. Hallábame sin dinero, y me era preciso mendigar el pan de puerta en puerta, ó importunando á las gentes que estaban en las Iglesias encomendándose á Dios. Luego que llegué á Dresde, saqué del bolsillo los auténticos documentos que certificaban ser yo Pensionado de su Magestad; y presentándome al Magistrado, me querellé del atroz delito que se habia cometido contra mi vida, por el qual habia perdido la Muger, y los preciosos regalos que habia debido á la Real munificencia. Formóse el Proceso en el mejor modo que se pudo por la Jurisdiccion Electoral; pero nunca se pudo descubrir en qué parte del mundo se hallaban los reos. Tenia yo grandes recelos de que el golpe hubiese sido dispuesto por algun Caballero Polaco, mas codicioso de mi Muger que de mi corto tesoro. Mas por otra parte me parecia, que la buena índole de la Nacion no daba lugar á que me detuviese en una sospecha tan indecorosa. Conociendo pues, que mi mal era irremediable, no hallaba otro consuelo que el de haberme conciliado la compasion universal. Todos me miraban, y me trataban con particular amor y distincion, lo que no contribuía poco á que se hiciese menos insoportable mi dolor. Entre otros un cierto Caballero Saxon me

ha-

hacia mil finezas, tanto, que me vi precisado á no negarle el gusto de que admitiese su casa, su mesa y su mismo lecho. Llamábase el Baron de Chirchein, y era un Joven de treinta años, de mucho espíritu, y de medianas conveniencias. Yo le enseñé la lengua Italiana, que aprendió con maravillosa facilidad, porque queria le sirviese en un viage que pensaba hacer á Italia para su instruccion y diversion. El deseo de viajar por el mundo, para informarse del genio de las Naciones, particularmente de aquellas que son mas cultas, es muy loable y muy frecuente en los Pueblos ultramontanos. Los Italianos por lo comun solo viajan por los Mapas ó Cartas Geográficas, y por los Libros de aquellos viajeros, que en las descripciones de los Lugares por donde transitaron, entre una verdad cuentan mil patrañas. Los Españoles por la mayor parte no gustan de ausentarse de su Patria, sino que sea para el comercio; y los Comerciantes por punto general cuidan poco de adquirir otras noticias que las que tienen inmediata conexîon con sus intereses.

Chirchein quiso que tambien le hiciese yo compañia en su viage, lo que acepté gustoso, no solo por complacerle, sino por lograr esta ocasion de adquirir alguna noticia de Irene, y al mismo tiempo solicitar algunas de sus Padres y los mios, á quienes no habia dado la menor noticia de mi persona, desde que improvisamente partí de Cefalonia. Habiéndonos provisto de bue-

buenas cartas de recomendacion, y de mejores letras de cambio, partimos de Dresde en el mes de Abril de 1718. para pasar á Viena, y desde alli por el Tirol á la Lombardía. Llegamos sin que nos hubiese sucedido cosa particular á un Lugarcillo cerca de Castelara, donde nos detuvimos un mes para ver desfilar las Tropas que pasaban á Nápoles, ó hácia la Costa de Génova contra los Españoles, que á la sazon estaban en guerra con el Emperador. Hallábase entre otros un Comandante, ó Coronel de un Regimiento, con quien el Baron de Chirchein tenia estrecha amistad. Yo tambien supe insinuarme intrínsecamente con él, que tuve ocasion de conocerle por un hombre rígido y austéro en todo lo concerniente á la disciplina Militar; pero que al mismo tiempo sabia hacerse amar de los Soldados, bien que no fuese muy acepto á los Oficiales. Era hombre de bella conversacion, de gran discernimiento, y de una mente fecundísima de recursos, arbitrios y partidos. Salia á maravilla de los lances mas intrincados, y á todo sabia encontrar adequado remedio. El Baron de Chirchein y yo no acertábamos á apartarnos de su trato, y él nos hacia mil finezas, mostrando en todas ocasiones particular inclinacion á cada uno de nosotros dos. Un dia que fuimos con él á ver desfilar un Regimiento de Caballería, hizo alto en una Casilla poco distante, y desmontándose del caballo, se entró en ella, y se detuvo alli por espacio de una hora. Ninguno de nosotros dudó que algun

gun empeño amoroso le habia llevado dentro de aquella Casa, y nos confirmamos en nuestro pensamiento, quando al salir de ella nos hizo la siguiente confianza. Amigos, nos dixo, aunque es verdad, que nosotros los Soldados debemos ser unos hombres de ánimos feroces, con todo eso nos gusta templar de quando en quando nuestra ferocidad con la vista de objetos dulces y apacibles. El arco que siempre está tirante fácilmente se rompe, y un hombre no puede menos de conceder alguna hora al desahogo de su continua seriedad. En todos los Lugares donde me he hallado, aun en tiempo de guerra viva, y con el enemigo á la vista, siempre he procurado proveerme de algunas amigas, y en esta Casa tengo una, que hace muchos excesos á las otras en hermosura, y en todas las demás prendas. Aunque habita en esta Casuca que veis, es de un nacimiento muy superior al plebeyo, y de un carácter verdaderamente original y estravagante. No es capaz de amar á ningun hombre sino á fuerza de desprecios, ni se la puede dar testimonio para ella mas cierto de nuestro sincero amor, que el tenerla y tratarla como á la muger mas vil y baxa del mundo. Las mugeres, dice ella continuamente, estamos llenas de todos los defectos, no pudiéndose dudar, que la muger es el animal mas odioso que vive sobre la faz de la tierra, y como no merecen que los hombres las alaben, celebren y cultiven, todos los que lo hacen son aduladores; vicio el

mas contrario á la sinceridad y al amor verdadero. Para conformarse pues con esta su estravagantísima filosofia, es menester abandonar todas las finezas, todos los cumplimientos, toda especie de obsequios, de alabanzas y ternuras, practicando en lugar de esto burlas, escarnios, ludibrios y vituperios. Entónces sí que ella se rinde, se derrite, y se deshace en finezas y en caricias, con tanta liberalidad, como lo haria otra bien cebada con el oro, con las joyas, y con todos los mas eficaces atractivos del amor. Para ella no hay mayor cortejo, que quando la estampan una buena bofetada en medio de la cara, ó una recia puñada en el pecho: tan lejos está de gustar que la digan, *mi vida*, *mi bien*, *mi tesoro*, con todas las demás frialdades del vocabulario comun de los amantes, que antesbien la lisonjean mucho, quando la llaman *monstruo*, *furia*, *peste y veneno de todo el género humano*. Si os hallárais presentes á nuestras mas secretas conversaciones, reventariais de risa al oir mis primeras salutaciones, que comunmente son decirla: *el diablo te lleve*, *y mal rayo te parta*; á lo que ella me responde: *seas bien venido*, *consuelo mio*, *y el hombre mas amable de todos los mortales*. Si alguna vez me olvido de saludarla asi, nada consigo de ella; y nunca está mas tierna, ni mas amorosa, que quando la trato con mas desprecio, y con mayor aspereza. Esa es una cosa muy particular, dixo entonces el Baron de Chirchein: yo ya habia

bia oído, y tambien leído, que las Mugeres ordinarias, particularmente las Aldeanas gustan de ser cortejadas á puñadas y á pescozones; pero una Muger distinguida, del humor y genio que nos cuenta el Señor Oficial, es tan extraordinaria, que no creo haya habido otra semejante en el mundo. ¿Y qué sé yo, replicó el Oficial, si Vms. creerán, que la que digo es tal como la pinto? Hora bien, mañana vendreis todos á cenar conmigo: estareis encerrados en un quarto vecino al mio, y desde un cierto sitio que yo os enseñaré, podreis instruiros de una verdad, que acaso poneis en duda.

Con efecto, luego que llegó la noche del dia siguiente, fue introducida la Muger en el quarto del Oficial, quando ya estábamos todos en el sitio que él nos habia dicho. Habíase revestido él de un ayre tan feroz y tan furioso, que mas parecia estar esperando al mas mortal enemigo suyo, que á una Dama y á una Amante: *¿Quién diablos te ha traído aqui* (la dixo luego que la vió), *furia del infierno, Bruja Diabólica, y Megera Serpentina? Vengo* (respondió ella con una dulcísima voz, y apacible mansedumbre) *vengo, ó luz del mundo, exemplo de virtud, y dueño único de todos mis pensamientos, á consolarme con la vista del mayor héroe del mundo, y honra del género humano. Vete con dos mil demonios* (la replicó el Oficial) *Esfinge engañosa, á vomitar tu veneno en el Cocito, y quiera el Cielo que anda en eternas llamas esa asque-*

querosa inmundicia de tus ponzoñosos miembros. No, *tesoro mio* (le replicó ella) *permíteme que antes de baxar á los dominios de Pluton, unica habitacion muy debida á mis grandes imperfecciones, conceda á mi pobre alma el pasagero alivio de consolarse con la vista de tu dulcísimo aspecto. No eres digna de eso, abominable Medusa* (la respondió el Coronel); y diciendo y haciendo, la descargó en su rostro una grandísima bofetada, que retumbó en todo el quarto. No se alteró poco ni mucho la Dama, antesbien enviando delante un graciosísimo sonriso lleno de amor, imprimió un afectuoso beso en la misma mano que la habia maltratado. No pretendo describir aqui todo lo que sucedió en aquella cómica visita. Basta decir, que despues de haber dexado bien acardenalados los brazos y la cara de la pobre Muger con las estrañas y demasiadas pruebas que la dió de su tierno amor, los dos se sentaron á cenar. Comenzaron á beber, y se dió principio á los brindis. Estos fueron de la misma especie que todas las caricias antecedentes, bebiendo el Oficial al exterminio y mala muerte de la Dama, y correspondiendo la Dama á la mas robusta salud, larga y preciosa vida del Oficial, de manera que comenzó entre los dos una graciosa competencia de bendiciones y maldiciones, que al mismo mismísimo Heráclito le haria despedazarse de risa. No pudiendo nosotros reprimir la nuestra, abandonamos la garita, y nos restituimos á nuestra

ca-

casa, donde no nos hartábamos de hablar de lo que habíamos visto y oído. Habiendo ido el dia siguiente á ver á nuestro Oficial; y bien (nos preguntó inmediatamente) ¿qué les pareció á ustedes de lo que ayer vieron y observaron? ¿Dudarán todavía, si yo les habia dicho la verdad, ó contado una fábula ó no? si no se verán precisados á confesar, que mi amiga en punto de amor es de un gusto, que quizá será el primero y el último, que de la especie se haya visto, ni se haya de ver jamás en el mundo? No seguramente, respondió Chirchein, y yo nunca acabaré de admirarme de un gusto y carácter tan particular. Pero lo que tampoco puedo comprehender es, cómo tiene usted corazon para tratar tan mal á una criatura tan amable, y á quien usted mismo ha confesado ama mucho mas que haya amado á ninguna otra. Ella lo quiere asi, le respondió, y asi tambien debo quererlo yo. ¿Se puede hacer menos que esto, por dar gusto á una Dama, á quien se desea servir y complacer? Mientras tanto, debiendo el Coronel proseguir su marcha hácia el Parmesano, continuamos nosotros nuestro viage á la Romanía, cuyas Ciudades las visitamos todas una despues de otra.

CAPITULO III.

Burlas de un cierto Criado de Rímini, que nos contaron durante nuestro viaje por la Romanía, y por otros Lugares de Italia. Encuéntrome en Génova con un Sugeto, tengo noticia de Irene, y dónde la hallé. Hacemos segundo viage á Polonia, y traicion del Médico de Franstad.

Habiendo llegado un dia á cierto Lugarcillo poco distante de Faenza, le hallamos todo alborotado, nos informamos del Mesonero, quál era la causa de aquel bullicio y comocion; y éste nos respondió, que se andaba en busca de cierto Criado de un Caballero, que tenia alli su Casa de Campo, y venia todos los años á pasar en ella algunos dias, al que el tal Criado, que era muy truhan, hizo una pesada burla, además de las muchas truhanerías que habia hecho anteriormente, de las que teníamos noticias aun antes que entráse á servir á dicho Señor. ¿Pues por qué no avisasteis de eso al buen Caballero (repliqué yo) como lo pedia la caridad, que todos debemos tener con nuestros prógimos? Porque es un Señor, me respondió, que no hace caso de lo que le dicen, sea quien fuere el que le habla, y solo se gobierna por su capricho, no agradándole cosa alguna sino aquellas que él hace. Es uno de aquellos hombres que á ninguno cree, y siempre hace todo lo

con-

contrario de lo que otros le dicen ; tanto , que quando vivia su Muger , si ésta queria un vestido , se veía precisada á decir que no le queria , y si la gustaba un plato , era menester decir que no la gustaba , para que al punto se le sirviesen y se le presentasen. Esa Dama tenia entendimiento , repuse yo , pues sabia coger á su Marido por el lado flaco , y no era como tantas otras Mugeres , que se empeñan y se obstinan en ir en todo y por todo contra el genio del Marido. Asi es verdad , dixo el Mesonero, y la tal Señora supo fabricarse su quietud y su sosiego , no ya como otras , acomodándose en todo al capricho de sus Esposos , sino procurando su propia conveniencia por un medio enteramente contrario. Pero si sus mercedes gustan de saber otras proezas del Riminense , mientras se dispone la cena , yo les podré servir con algunas , que no poco los divertirán. Luego que le oí esto , me acordé de aquel otro Mesonero parlador , con quien se encontraron Scipion y Don Abel , pareciéndome que este nuestro era muy semejante. Y como á uno que viaja nunca le disgusta informarse del carácter de las personas , antesbien éste debe ser uno de los principales objetos de los Viajantes , pareciéndome que el Baron gustaria tambien de oir al Mesonero , le dixe que nos las contáse.

El tal Riminense (dixo) se sabe que fue hijo de un mal Hebreo , que se hizo despues peor Christiano. Su Madre antes de casarse era una Mu-

Muger mundana, y despues que se casó, solamente la sirvió el matrimonio para cobertera de su deshonesta fecundidad. Este hijo suyo se consideró legítimo, únicamente porque se parecia algo al que podia legitimamente ser su Padre. Pero como he oído decir á muchos Señores que se han hospedado en esta casa, la semejanza es una prueba muy débil, y solo hace fuerza á ciertos hombres crédulos, que se consideran verdaderamente Padres á favor de esta faláz y equívoca suposicion. Luego que llegó al uso de la razon, le enseñó su Madre quanto habia que saber en la ciencia práctica de las Meretrices, en la qual era ella gran Maestra. En breve tiempo se mostró diestrísimo y franquísimo en toda especie de bribonería, de manera que no sucedia en Rímini trabesura en que él no hiciese papel. Ciertos Mozalvetes vagamundos y perdidos, que querian vivir bien á costa agena, habian echado el ojo á la tienda de un Mercader, que podia abrirse facilmente. Quedando de acuerdo para asaltarla una noche, convidaron á Ursacio (que este era el nombre del tal Riminense) para que les ayudáse, y Ursacio, que no sabia negarse á cosas tan honradas, se agregó gustoso á ellos. Abrieron la puerta lo mas presto que pudieron, y se llevaron todo lo que habia en ella. Mientras iban unos y volvian otros cargando con todo lo que encontraron en la tienda, pasó por alli la Ronda de los Alguaciles, y viéndola abierta á la media noche, con tantos que en-

entraban y salian, sospechando el que mandaba la Ronda que sería algun hurto, preguntó ¿qué venia á ser aquello? Señor, le respondió Ursacio (que sintiendo venir la Ronda antes que llegáse, habia cogido una escoba, y se habia puesto á barrer): Señor, le respondió, acaba de morir el Dueño de esta tienda, y la estamos barriendo por orden del Dotor, el qual por no sé qué respetos mandó, que luego que espiráse, se barriese bien, bien, y se llevasen los géneros á otra parte. Eso no puede ser (replicó el Comandante de la Patrulla), porque yo no veo aqui llorar á ninguno. Mañana verá su merced llorar á muchos, repuso Ursacio, y diciendo esto, prosiguió barriendo, y la Ronda fue su camino adelante. Quando se descubrió por la mañana el robo, el pobre Mercader hizo que se verificáse bien el dicho del Ladron, pues alborotó toda la vecindad con sus clamores, y con su amarguísimo llanto

Poco despues de este lance supo Ursacio que en un Meson de Caballeros se habia dispuesto una gran comida para algunos Señoritos, que querian alegrarse y divertirse. Quando le pareció que estaba ya para acabarse la comida, entró en la cocina, y preguntó al Mesonero, si los tales y tales, nombrándolos á todos por su nombre, estaban comiendo? Respondióle el Mesonero que sí, y que ya estaban en la fruta. Pues bien, le dixo Ursacio, tenme cuidado de esta capa y de este sombrero, que quiero dar-

los

los un chasco. El Mesonero no se paró en mas, y Ursacio subiendo á donde estaba la mesa, se fingió un Mozo del Meson, y luego que acabaron de comer, levantó los manteles, envolvió en ellos todos los cubiertos, que eran de plata, baxó las escaleras, y tomando su capa y su sombrero, que encontró en un banco á la entrada de la cocina, se fue muy sereno á contar á sus camaradas aquella su nueva hazaña.

Queria nuestro Mesonero proseguir la relacion de las proezas de Ursacio; pero á este tiempo nos pusieron la cena en la mesa, y él nos dexó cenar en paz. Poco despues comenzó el sueño á hacer de las suyas, achicándonos los ojos, y abriéndonos las bocas para que saliesen los bostezos, con que todos nos fuimos á dormir, sin querer oir mas cuentos. La mañana siguiente proseguimos nuestro viage hasta la gran Cabeza del Mundo, donde hicimos larga mansion para observar todas las grandes y raras cosas, tanto sagradas como profanas, que hay que ver en ella. De aqui pasamos á Nápoles, y de Nápoles queriamos pasar á Sicilia, si la guerra, que todavía estaba encendida entre Españoles y Tudescos, no nos lo hubiera impedido. No obstante tuve el consuelo de informarme de mi Padre y de mi tio, como tambien de los Padres de Irene, y al mismo tiempo de lo que se decia de nuestra fuga. Supe con mucho dolor en quanto á mis Padres, que ambos habian pagado á la naturaleza el indispensable tributo de la

muer-

muerte, y que mientras vivieron, estuvieron siempre inconsolables, no sabiendo mi paradero. Lloré amargamente el haberlos quizá anticipado yo el término de la vida, y me arrepentí, pero ya muy tarde, de haberme descuidado tanto en darles noticia de mi persona, como facilmente lo pude hacer desde Viena y Polonia. En punto á los Padres de Irene supe que todavía vivian, persuadidos á que se habria casado con Arnaldo, de quien ninguna noticia habian tenido desde que habia marchado á la guerra contra el Turco. Por otra parte el bando que se habia publicado contra mí, estaba ya cerca de su término, de manera que dentro de tres ó quatro meses podia ir á tomar posesion de los bienes que mi Padre y mi Tio me habian dexado, si las cosas no estuvieran en la confusion en que las habian puesto los dos partidos contrarios, que todavía reynaban. En virtud de esto resolví reservar para mejor tiempo el volver á mi Patria, á lo que tambien contribuyó, y no poco, la repugnancia que tenia de volver á presentarme en ella sin la compañia de mi querida Muger. Estrechándome pues mas y mas con el Baron de Chirchein, retrocedimos á Italia, y atravesando la Toscana, nos embarcámos para Génova. Observamos curiosamente aquella gran Ciudad, verdaderamente magnífica por sus soberbios edificios. Tuvimos particularísimo gusto de ver el Palacio Dória, por su riqueza, y por su suntuosidad. Estábamos contemplando

con

con admiracion la grandeza, magestad y simetría de aquel incomparable edificio, quando vi con la librea de aquella Ilustrísima Familia al desgraciado Mozo que me habia herido de muerte en mi viage desde Polonia á Dresde. Resolví inmediatamente dar luego noticia de todo á su Amo, y habiendo logrado oportunidad de hacerlo en aquel mismo punto, nos prometió cortesanamente al Baron y á mi, que al instante dispondria que se aseguráse en un calabozo á aquel infame traydor. Con efecto asi se executó en el mismo dia, y el infeliz no tuvo la menor dificultad en confesar la alevosía que habia cometido conmigo, y al mismo tiempo otros muchos, y muy exêcrables delitos. Añadió, que habia solicitado muchas veces á mi Irene, pero que habiéndola encontrado siempre incontrastable, tanto á las amenazas, como á las lisonjas, aburrido ya de ella, la habia llevado como arrastrando á Milán, y despues de haberla despojado de todo quanto tenia, la habia dexado abandonada en una Hostería de la misma Ciudad, sin haber sabido despues qué se habia hecho de ella.

No quise saber mas, y con sola esta noticia, el Baron y yo partimos volando á la Capital de la antigua Insubria, y despues de haber practicado quantas diligencias nos fueron posibles para descubrirla, finalmente la venimos á encontrar en casa de la Marquesa de Carvajal, que habia tenido la piedad de recogerla, y encar-

cargarse de su custodia. Consideren ustedes, quáles serian nuestros afectos al vernos y conocernos. Fueron ciertamente muy diversos que los del famoso Oficial y su caprichosa Amiga. Ella creyó que soñaba, viendo vivo al que tenia por muerto. Yo creía lo mismo de ella, pareciéndome quimérica la esperanza de hallarla, despues de tantas diligencias inutilmente practicadas. La Marquesa tuvo el mayor gusto de toda su vida, en que yo recibiese á mi Esposa de su mano; y habiéndonos colmado de dones y regalos correspondientes á su riqueza y á su liberalidad, partimos finalmente de Milán, llenos de contento y alegria. Mas ó! ¡y qué poco duran los gustos de este embustero mundo! A un gran placer siempre está pared enmedio un gran dolor. Me hallé de repente precipitado en un abismo, de que nunca pensé poder salir. Queria yo verdaderamente que volviésemos á Sicilia (y quién sabe si esto hubiera sido lo mejor que podia hacer) con ánimo de presentarme con Irene á sus Padres, arrojarnos á sus pies, y pedirles perdon de nuestra fuga, esperando que el gozo de volver á ver á su hija felizmente salva y libre de tantos peligros como nosotros les contariamos, los haria olvidar todos los disgustos que los habia causado nuestra resolucion. Pero considerando que pareceria una especie de grosera ingratitud á la liberalidad de los Monarcas de Polonia, el no ir personalmente á tributarlos nuevamente nuestros

mas humildes respetos, pensé por mi desgracia, que sería mas acertado dar una vuelta á Saxonia, donde se creía hallarse la Corte en aquel tiempo, y mas quando el Baron de Chirchein se nos ofreció á hacernos la costa de este viaje. Hicímosle en fin, y le concluimos en menos de dos meses, y me hallé en Dresde al principio del año de 1720. Supe luego que llegué, que aquellos Soberanos se habian vuelto á Polonia contra todo lo que yo me habia figurado; y ansioso de abandonar quanto antes un país, donde me habia tratado tan mal mi adversa fortuna, determiné pasar á aquel Reyno, donde justamente ella me estaba esperando para hacerme probar nuevas, y acaso mas terribles desgracias. Apenas llegué á Franstad, quando me sentí gravemente enfermo: me asistió mi Irene con todo el esmero y amor que yo podia desear, pero fue mi precipicio el Médico que me curaba. Aunque era un hombre ya muy entrado en dias, sentia todavía la llama del amor. Desde la primera vista se enamoró de mi Muger, y juzgó el maldito Viejo, que para conseguirla con mayor facilidad, era el mas breve atajo despacharme una patente para el otro mundo. Hizo pues que se me preparáse un poderoso veneno, baxo el especioso nombre de una preciosa y exquisita medicina, sin que yo supiese los ingredientes de que se componia la bebida. Y para que el específico pudiese explicar mejor su virtud, ordenó que le bebiese por la

ma-

mañana en ayunas. La inapetencia y la náusea á toda bebida y comida que me habia causado la enfermedad, me dexaba sin espíritu, ni fuerzas para tomar los brebajes ó bebidas de Botica, que por lo comun miran con tanta repugnancia los enfermos. Solo con verlas me provocaban al vómito: en virtud de eso, persuadida mi Irene, que me habia de dar la salud aquella bebida, infinitamente ponderada del Médico, para animarme con su exemplo, quiso ella probarla primero; hízolo asi la pobrecita, y alargándomela despues, me exhortó á que la bebiese, asegurándome que no tenia mal gusto. Pero lo que á mí me dió la salud, y me conservó la vida, á ella la puso en peligro de perder la suya. No pudo retener mi estómago, ni aun por pocos momentos la pócima mortal. Lancéla toda inmediatamente que la tragué, y con ella lancé al mismo tiempo una gran porcion de materias crudas é indigestas, que eran todo el fermento de mi grave enfermedad. Mas por el contrario mi pobre muger cayó en un gran deliquio; quedóse pálida, trémula, convulsa, y con todas las señales de una cercana muerte. No sé, si la vista de aquel lastimoso espectáculo, con el intensísimo dolor que me despedazaba el corazon por la pérdida de mi dilectísima Esposa, que parecia iminente; ó por la ira que inmediatamente concebí contra el alevoso Físico traydor: no sé, vuelvo á decir, quál de todos estos exáltadísimos afectos, ó si todos juntos, pusie-

sieron en tan violenta agitacion todos mis espíritus, que de repente me hicieron recobrar todas mis fuerzas. Salté impetuosamente de la cama, vestíme aceleradamente, tomé la espada, y saliendo frenético á la Ciudad en busca del asesino manipulador, le encontré por su desgracia muy cerca de mi casa, quizá por informarse mas presto de lo que iba obrando su ponzoñoso brebaje. Seguramente que el infeliz jamás habria pensado que yo estaria tan pronto á pagarle su traicion; pues primero se sintió pasado de parte á parte con una estocada, que pudiese advertir de qué mano le habia venido aquel regalo. Despues que le dexé tendido, arrebatado de mi frenesí, comencé á correr por aqui y por alli, sin saber lo que me hacia, ní á dónde andaba. Tuve la fortuna de enfilarme por una callejuela que iba á dar en un Monasterio, de grande estimacion en aquel Lugar. Me metí en él, y aunque el herido ó el muerto era el Médico del mismo Monasterio, todavía me recogieron y me refugiaron aquellos buenos Monges; y despues que conté al Superior el motivo que me habia hecho cometer aquel homicidio, se compadeció mucho de mí, y me dió palabra de que me pondria fuera de Polonia sin peligro de probar los rigores de la Justicia. Ya se figurarán ustedes, que dando yo por supuesta la muerte de mi querida Esposa, de propósito nunca preguntaria por ella, temiendo que la memoria refrescáse la profunda heri-

da

da de mi inexplicable dolor, y que por el mismo motivo la discrecion de aquellos Religiosos pondria el mayor cuidado en no tocarme semejante conversacion. Fuera de que el dia siguiente dispusieron que saliese del Convento en hábito de la Orden, acompañando á un venerable Monge, que iba á predicar la Quaresma á la Silesia. Era un hombre muy venerado, respiraba santidad en todo; estaba dotado de una facundia singular, mas que medianamente versado en todo género de erudicion; pero singularmente en la sagrada, y de memoria tan feliz, que tenia muy presentes en ella los mas importantes ó principales lugares de toda la Escritura. Me cobró mucho amor desde el primer dia de nuestro viage, y determinó que me quedáse con él, si yo gustaba, todo el tiempo que duráse su Evangélica predicacion. Esto mismo era puntualmente lo que yo deseaba en aquel tiempo de mi mayor desconsuelo: de manera, que apenas llegamos al Lugar donde habia de dar principio á trabajar en la viña del Señor, nos hospedamos en casa del Cura, hombre de bello aspecto, y de madura edad. Su mesa era siempre abundante, y el vino que se bebia en su casa era el mejor del país. Llegó el dia primero de las Apostólicas tareas del Predicador; subió al púlpito, y predicó sobre la memoria de la muerte, que debemos tener siempre presente: esforzó este asunto con tanta energía, que era mas que suficiente para inspirar en todos un

gran

gran desprecio, y aun sumo horror á todas las que se llaman humanas felicidades. A lo menos yo quedé tan compungido y tan desengañado, que desde aquel mismo punto resolví abandonar el siglo, y retirarme á un escabroso y escondido desierto, distante de todas las ocasiones de pecar, y de todo comercio con los hombres. Parecíame que mi mismo Abuelo me estaba llamando con su exemplo á este género de vida; y que las repetidas veces que habia perdido á mi Irene, dexándola la última casi en brazos de la muerte, eran otros tantos avisos de la Divina Providencia, la qual me queria en el yermo, ó en un Monasterio, y no en el mundo. Comuniqué al Predicador esta mi recien nacida inclinacion: y éste me respondió, que materias de tanto peso debian ser muy consideradas, y nunca practicadas con precipitacion, antesbien era menester irlas entreteniendo hasta que se pudiese lograr una certeza moral, de que no entraba el demonio á enredarnos en algun lazo con sobrescrito de vocacion. Díxome, que este mi pensamiento podia muy bien haber nacido de alguna especie de despecho, en cuyo caso tardaria muy poco en ir detrás de la execucion el tardo arrepentimiento, con notable peligro de la salvacion del alma y de la salud del cuerpo, sin hablar de la inquietud que causaria á mis hermanos en qualquiera Comunidad á que me agregáse. O hijo mio! me decia, ¡quántos y quántos he visto aun entre nosotros po-

poseídos al principio de un espíritu de desasimiento de todas las cosas terrenas, que pasado aquel primer fervor, pasaron tambien ellos del extremo de la observancia al contrario extremo de la relaxacion, echando mil maldiciones al dia en que hicieron la profesion Religiosa, y atropellando por ésta con escándalo de los mismos seglares! Estos son aquellos pocos malos Religiosos, que hacen tanto daño al buen nombre de los otros, de manera que basta oir el nombre de Frayle ó de Monge, para hacer baxo concepto de la persona, torciendo el hocico, con un cierto gesto que suena á desprecio, y aun á vituperio. Asi que (prosiguió el buen Religioso) no conviene darse prisa á decir *Si* en aquellas cosas, en que pasado algun tiempo no se puede decir *No*, atándose á un grupo de ñudos mas indisolubles que el famoso ñudo Gordiano, y echándose al cuello unas cadenas, que llevan arrastrando á la esclavitud de la eterna desesperacion. Por tanto tenga usted un poco de paciencia, espere á que acabe mi Quaresma, y entonces consultaremos entre los dos con mayor sosiego el partido que delante de Dios nos pareciere se debe tomar. Hízome fuerza este prudente consejo, conforméme con él, y frecuentando sus sermones, sin perder alguno, me pareció que cada dia me confirmaba mas y mas en mi determinacion.

CAPITULO IV.

Maligna y pesada burla que quisieron hacer en Silesia con el Monge Predicador. Viage á la India Oriental que el Joven Siciliano emprendió en compañia del mismo Monge, y terrible suceso por el qual quedó preso el Joven en la Isla de Madagascar.

Mientras tanto sucedió, que habiendo el Apostólico Monge predicado con gran zelo y con igual eficacia contra cierto vicio muy comun en aquel país, algunos sugetos que estaban mas particularmente notados de él, se quisieron vengar con una burla, que seria sumamente vergonzosa para el Padre Predicador. Habia en el Lugar una Muger extraordinariamente bien parecida, y casada con un Oficial sumamente zeloso; pero ella sabia muy bien tomarle las vueltas, quando estaba enamorada de algun joven de su gusto. El que entonces lograba la posesion de sus favores era uno de los que estaban conjurados contra el santo Religioso. Este tal, despues de haber hablado en secreto con ella, la persuadió á que escribiese un papel al Predicador, dándole á entender que habia muchos años que no se habia confesado, porque su marido no la dexaba cumplir con esta obligacion, movido de la grandísima aversion que tenia á todo Clérigo, y á todo Religioso: y que habien-

biendo ella oido el gran fruto que su Paternidad hacia con sus Sermones, estaba resuelta á recibir de su mano la absolucion de sus enormísimas culpas; pero no pudiendo lograr de otra manera este consuelo, le suplicaba que por caridad se incomodase en ir á su Casa en cierto dia, y á cierta hora en que no estaria en ella su Marido, pero previniéndole que se sirviese venir en hábito de Secular, para que si le viesen los vecinos, cesase el peligro de que se lo contasen á su Esposo, y ella pudiese descargar su conciencia con tranquilidad, y sin el sobresalto de tener que sufrir malos tratos por una obra tan santa y tan necesaria.

Executó la Muger todo quanto la dixo su Amante, sin hacer reflexîon á las funestas conseqüencias que podia producir aquella peligrosísima burla, fiada en los grandes juramentos con que la aseguraron, que á ella no la vendria mal alguno. Por otra parte al buen Monge le disonaba mucho, y tenia gran repugnancia en dexar su santo hábito, y disfrazarse en trage impropio para ir á donde le llamaban; pero considerando el gran bien que podia resultar á aquella alma, que con tanta instancia imploraba su socorro, resolvió exponerse á todo por consolarla y complacerla. Con efecto al primer aviso que se le dió, proveyéndole al mismo tiempo de un vestido de Labrador, partió á la Casa de la Muger, la qual le llevó al quarto mas secreto y mas retirado de ella. El Religioso ar-

rimó luego el vestido secular, y quedándose en el trage que le correspondia, comenzó á hablar de cosas espirituales, y á exhortar á la Muger á que hiciese un exâmen general de toda su vida pasada, facilitándosele y ayudándola él mismo, y poco á poco la fué disponiendo con tanta eficacia á la verdadera penitencia, que la pobre Muger, aunque en nada menos habia pensado que en convertirse, se convirtió verdaderamente, y tan de corazon, que arrojándose á los pies del Monge comenzó á confesarse anegada en un amarguísimo llanto. Mientras pasaba esto en Casa de aquella antes desgraciada, y ya dichosa Muger, los Pisaverdes, que habian estado acechando el punto en que habia entrado en ella el Religioso, sabiendo que el Marido habia ido á visitar una hacienda que tenia poco distante del Lugar, fueron inmediatamente á decirle, como el Padre Predicador de la Quaresma, disfrazado en hábito secular, habia ido solo y sin compañero á su Casa, donde le habia introducido su misma Muger, y que todavía se estaba divirtiendo con ella, segun todas las señales en una amorosa y tierna conversacion. Mucho menos bastaba para encender aquel hombre, naturalmente zelosísimo, en un arrebatado y ciego furor. Voló á su Casa, subió la escalera, penetró hasta donde encontró á su Muger anegada en lágrimas á los pies del Confesor, lo que le fué muy fácil, porque el mismo Confesor quiso que estubiese abierta de par

en

en par la puerta del quarto, por evitar todo escándalo y todo pretexto de murmuracion. Quando el Artesano vió á su Muger en un acto tan distinto de aquel en que habia pensado encontrarla, quedó atónito; y mudado de repente, en vez de enfurecerse contra su Esposa y contra el Monge, se puso de rodillas, y les pidió perdon por haberlos perturbado en aquel santo exercicio. Y declarándolos despues todo lo que le habian ido á contar, acabó el Predicador de conocer el lazo que le habian armado, ademas de lo que ya habia entendido por la Confesion de la Muger. Sin embargo el prudente Padre disimuló por entónces, prosiguió oyendo con serenidad toda la confesion de aquella pobre Penitente, la qual de impúdica y disoluta, pasó á hacer una exemplarísima vida. Colmado despues de las bendiciones y gracias que le dieron los dos Casados, se restituyó con toda libertad á su Convento, muy consolado por lo bien que habia salido de aquel peligroso lance, pero mucho mas por la felicísima conquista de aquella alma pecadora. Quando los impíos manipuladores de aquella infernal burla, que estaban á la mira no solo para saber el éxito de su Diabólico enredo, sino tambien para que no se hiciese el menor insulto á la muger, como se lo habian prometido: quando los impíos manipuladores, vuelvo á decir, vieron que el Monge salia de la Casa, no ya en trage de Labrador, sino con el Hábito de su Reli-

ligion, y oyeron de boca del mismo Marido abominar de las malas lenguas, contándolos el exercicio en que los habia encontrado, como no podian ellos comprehender de qué manera se habia hecho aquella transformacion, lo atribuyeron todo á milagro, y arrepentidos de haber armado aquel lazo á la inocencia de un hombre tan Santo, desde allí adelante oían sus Sermones con mayor compuncion, y con gran provecho de sus almas.

Quando yo llegué á saber toda la serie de este raro suceso, quedé mas que nunca persuadido á que la virtud de mi Compañero nada tenia de fingida, sino que era una virtud sólida, maciza y verdadera: por consiguiente se me avivó mas el pensamiento de abandonar el Mundo, para imitarle algun dia en el zelo, exercitando la predicacion. Algunas veces, quando estaba solo, me subia encima de una mesa ó de una silla, figurándome que estaba sobre un Púlpito, y predicaba algunos trozos de Sermones que yo habia compuesto, pareciéndome que tenia gran talento, y que haria mucho fruto en mis oyentes. Otras forjaba de mi cabeza algunos lances propios para exercitar la virtud, y á exemplo del Predicador suponia haber salido de ellos de manera, que en la opinion general pasaba por un hombre admirable en la doctrina, y venerable en las costumbres. Sin advertir que en esto mismo estaba exerciendo un acto de vanidad, y que semejantes pensamien-

mientos no podian nacer de luz ó impulso superior. Por el contrario el buen Padre, que era un hombre dotado de una gran discrecion de espíritu, y en estas materias sabia muy bien distinguir lo verdadero de lo aparente, por muchos dias me decia continuamente, que en punto á mi vocacion aun no veía bien claro, y que mas le parecia estar deslumbrado que iluminado; por lo que eran menester pruebas mas perentorias para conocer si era tentacion en lugar de vocacion. Mientras tanto poco á poco me iba olvidando de mi Irene. Ya no soñaba con ella, ni quando estaba dispierto me la representaba la fantasía con aquella hermosura, y con aquel garbo que me encendia el deseo de verla viva, ni con aquella palidez y agonia que me excitaba á llorarla muerta. Ella, me decia yo á mi mismo, á buena cuenta, como tan virtuosa y tan buena, estará ya gozando el premio de su virtud, y se alegrará verme desde el Cielo dispuesto á abandonar todas las cosas caducas, para abrazar un estado de perfeccion por todo el resto de mis dias. ¿Y quién sabe, sino debo á su intercesion con Dios la gracia de esta mi santa vocacion, deseando que la imite á ella, felíz ya y bienaventurado, en los actos de virtud y de inocencia quanto me sea posible en esta vida?

Habíase finalmente acabado la Quaresma, en la qual el grano Evangélico, sembrado por el zeloso Predicador, habia producido copioso fru-

to

to de verdadera penitencia. Así que, pasada la Octava de la Pasqua, partimos de la Silesia para la Bohemia, donde el Monge debia concurrir á un Capítulo Provincial de su Religion. Luego que llegamos á Praga, volví á insistir con mucha mayor fuerza en mi pretension del Hábito Religioso; pero mi Director, lejos de condescender con mis deseos, me intimó, como por prueba, un acto de anticipada obediencia, mandándome que tuviese paciencia por un año, y que durante ese tiempo no volviese á hablar en el asunto. Me conformé, aunque de mala gana, con este duro precepto (bien que esto soló era bastante para que yo conociése la mucha razon con que se dudaba que fuese legítima mi vocacion) y solamente se me hizo menos pesado, quando aquel Padre fué nombrado para ir á gobernar ciertas importantes Misiones de su Religion en las Indias Orientales, y me propuso si le queria seguir en aquel viaje tan largo, dándome palabra de que satisfaria mis deseos, si diese en él buenas pruebas de mi firmeza y de mi perseverancia. Cogile la palabra, y partimos á Bohemia, tomando el camino de Alemania para pasar á Francia, y desde allí á Portugal, donde nos embarcamos en una de las Naves que estaban prontas á partir para Goa, Capital de las Indias Portuguesas. Todos saben el rumbo que se ha de seguir desde Lisboa hasta aquella distantísima parte de la tierra. Tocamos en el Brasil, y desde aquí nos di-
ri-

rigimos al cabo de buena Esperanza, donde los Portugueses tienen una buena Colonia. Doblamos este famoso promontorio del Africa, y dimos fondo en la Isla de Madagascar, por otro nombre la Isla de S. Lorenzo, donde teníamos necesidad de proveernos de muchas cosas que nos faltaban para llegar al término de nuestra larga navegacion. Las Costas de esta Isla estan en parte pobladas de Europeos; pero el Continente por todas partes está circundado de altísimas montañas, las quales á la vista parecen inaccesibles, y por lo mismo está todavía en poder de los antiguos habitadores de aquella Isla, la mayor y mas dilatada, segun se dice, de todo el Mundo.

En los dias que se detuvieron anclados los Navíos para hacer sus provisiones, tuve tiempo para ir reconociendo los sitios mas cercanos en compañia de algunos Mercaderes Portugueses, que como yo, nunca habian estado en ella. La curiosidad es una loable propiedad que tienen todos los Viajeros de espíritu; pero no pocas veces suelen ser causa de estrañas, y no prevenidas aventuras, que los distraen de sus fines, impidiéndolos por varias fatalidades la execucion de los proyectos que habian formado. Esto nos sucedió puntualmente á nosotros. Un dia, pues, en que nos íbamos paseando por un verde y delicioso Prado, que comenzaba desde la orilla del mar, y seguia hasta la falda de una de aquellas elevadísimas montañas, de la qual des-

descendia un riachuelo de agua limpia y clarísima, y que despues de discurrir un no corto espacio por la campiña, revolvia hácia la ribera, oímos una voz lastimosa que decia *socorro hermanos*. Enderezamos hácia aquella parte de donde nos pareció que la voz habia salido, y nos hallamos con un hombre de nuestro equipage, que estaba tendido en tierra mal herido. Preguntámosle inmediatamente quién habia sido el agresor, y solo nos respondió, que habiéndosele antojado ver el orígen de el riachuelo que salia del monte, se habia internado mucho mas allá del sitio donde entónces se hallaba, y que de repente se vió asaltado de unos hombres que venian navegando por el mismo arroyo en una especie de barco, que se reducia al tronco de un grueso árbol socabado; y que pretendiendo él defenderse con el fusil que tenia en la mano, le disparó, y mató á uno de ellos, viendo lo qual los demas se arrojaron rabiosos sobre él, y con los chuzos que traian en las manos le habian puesto en el estado en que le veíamos. Añadió, que se le querian llevar consigo; pero que habiéndonos visto á nosotros quando nos acercábamos por aquella parte, se habian retirado á la otra orilla del arroyo, y él con esto se habia esforzado como pudo á salirnos al encuentro para implorar nuestro socorro. Mientras nos estaba haciendo esta relacion, ételo aquí que vemos venir navegando hácia nosotros por el mismo riachuelo algunos

nos otros barcos cargados de hombres, vestidos de un trage particular. Saltaron en tierra, embistiéronnos valerosamente, y aunque los mas teníamos nuestros fusiles, en los quales fundábamos toda nuestra confianza, no bastaron sus tiros para atemorizar á nuestros agresores; porque prosiguiendo en atacarnos, despues de haber muerto ó herido á casi todos, nos vimos precisados á rendirnos. Transportaron á sus barcos á todos los que daban algunas señales de vida, llevándolos á la orilla opuesta, y despojaron enteramente á los muertos, cargando con todos sus arneses, pero mas particularmente con sus armas. Yo fui uno de los primeros; porque aunque habia recibido una herida en un brazo, no la consideraron incurable, y de propósito me pusieron con otros ocho sobre una especie de atahudes, formados de mimbres entretexidos y enlazados, y nos llevaron en hombros con mucho tiento y amor por ciertos senderos estrechos y tortuosos, que guiaban hasta la cima de la montaña, de la qual comenzamos á baxar el dia siguiente, y de alli á poco á volver á subir de nuevo, hasta que despues de quatro jornadas y media, hechas con este trabajo, llegamos en fin á una especie de Campamento Militar, compuesto de una infinidad de Barracas, que hacian el papel de Tiendas de Campaña. Nos metieron luego á todos en una de ellas, y visitadas nuestras heridas, curadas los dias antecedentes con yerbas y xugos, cuya virtud no

sabíamos, se hallaron todas muy sanables, y con otros remedios que las aplicaron, los quales todos consistian en extractos de yerbas medicinales de exquisito olor y de admirable fragrancia, en solos tres dias nos hallamos todos perfectamente curados. Entonces nos conduxeron á la presencia de un venerable Anciano, que parecia ser el General de toda aquella gente, porque se dexaban ver varios Cuerpos de Guardia delante de su Tienda, se le hacian honores, y se le trataba con singular reverencia. Luego que nos vió, nos dixo: sois prisioneros de mi Rey; pero no por eso os desconsoleis, porque no lo sois para ser tratados como Esclavos, sino para ser admitidos á su Real gracia, y ser puestos á la frente de sus Exércitos, quando necesitáre de vuestra pericia, de vuestro valor, y de vuestra fidelidad: Yo mismo me ví como vosotros os veis; y puedo decir, que mi mayor fortuna fue ser prisionero de estas gentes, cuya gentileza en nada es inferior á la de las Naciones mas cultas: Desean adestrarse en el Arte de la Guerra, el único en que fueron mal instruidos por sus antepasados, con este fin solicitan tener por Capitanes á hombres Européos, por haber oído, que en el manejo de las armas, y en el Arte de hacer la Guerra, ninguna otra parte del Mundo puede competir con la Europa. Vosotros perficionareis lo que yo no he hecho mas que comenzar; gozando, como gozareis, de una entera libertad de conciencia en punto de Reli-

gion.

gion. Tampoco os faltará nada de lo necesario para una vida feliz, cómoda y regalada aun á la manera Européa. Al oir semejante proposicion, todos quedamos atónitos, y punto menos que extáticos; porque esperábamos del General de aquella gente un recibimiento muy contrario de lo que nos prometian aquellas alegres y lisongeras esperanzas. Por lo que toca á mí, no pudiendo apartar de la memoria el terrible sacrificio á que estuvo tan vecino el pobre Isidoro entre los Salvages del Canadá, consentí en que me aguardaba otra desgracia semejante; pero quando oí, que era destinado para ser con el tiempo un gran hombre de Guerra, se me escapó de repente todo el espíritu Monacal que antes respiraba. A buena cuenta (decia entre mí mismo) yo tomé mis lecciones de esgrima, y de tremolar la vandera: me he hallado en los Exércitos, y he visto algunas funciones sangrientas: observé con atencion cómo se forma la Tropa, y cómo se mandan sus movimientos en las ocasiones, de manera que puedo esperar hacer algun papel en estos Pueblos inexpertos y mal disciplinados. ¿Quién sabe si la Providencia me tenia reservado este destino, y que yo llegue á ser en esta distante y desconocida parte de la tierra, lo que nunca podia esperar quedándome en las delicias de Europa?

CA-

CAPITULO V.

Cómo fueron tratados en Madagascar el Joven Siciliano y sus compañeros. Lenguage de aquel País con la idea que da de él un Nacional. Quál era su Metrópoli. Cómo fueron recibidos y tratados en el Palacio Real los forasteros. Qué calidad de criados los señalaron, y el misterioso secreto que se escondia en aquella asignacion.

Convidónos despues el General á un suntuoso banquete, y nos dió una expléndida comida, en que se nos sirvieron los platos mas delicados y sabrosos, pero sobre todo un vino, que nada debia á los mas generosos de España, Francia, ni Italia. Nos preguntó el General las novedades que corrian en todas las Cortes de Europa, y oyó con el mayor gusto las grandes revoluciones que en estos últimos tiempos habian sucedido en todas ellas, con la sangrienta y obstinada guerra, que sucesivamente habia tenido ocupada á casi toda aquella bellisima parte del Globo. Observamos, que quando se hablaba de alguna cosa que tocáse á la Olanda, el General la oía con particular atencion, y por las preguntas que nos hacia, interrumpiendo de quando en quando el discurso y la narracion, conocimos que se interesaba mucho por aquel País, é hicimos juicio que era sin duda Patria suya. Con efecto era asi, porque él mismo nos con-

tó poco despues que habia nacido en Roterdám, y que era hijo de un Capitan de Navio, con quien, siendo aun muy joven, hizo el viaje á las Indias Orientales, y habiendo desembarcado en la Cósta Septentrional de Madagascar, habia sido hecho prisionero por aquellos Nacionales, y despues de muchos años le habian hecho sucesor en el mando de las Tropas de un viejo Escocés, que murió despues de haber exercido por largo tiempo aquel supremo empleo. Añadió despues: habeis de saber, amigos mios, que las grandes novedades que me habeis contado, si han sido para mí de mucho gusto, no lo serán menos para mi Soberano, el qual se complace infinitamente en estar bien informado de todo lo que hacen los grandes Príncipes de la Europa, de los quales tiene el mas alto concepto, y los mira con la mayor estimacion. No quiero retardar mas á este gran Monarca la particular satisfaccion que tendrá de veros y de oiros, por lo que he determinado, que mañana mismo prosigais vuestro camino en derechura á su Corte, y á su Real Palacio.

Asi fue con efecto; porque apenas despuntó el Sol por el orizonte, quando con la escolta de cien hombres comenzamos á caminar por una elevada y asperísima montaña, que terminaba de la otra parte en un deliciosísimo valle, por medio del qual corria dulcemente un bello rio. Descubríanse hácia sus dos márgenes á igual distancia algunas Poblaciones, cuyas fábricas se

pa-

parecian mucho á las nuestras. Jardines admirablemente cultivados, y Colinas que sobresalian de una y de otra parte, mostrando el mas delicado gusto en toda su Agricultura. Llegamos á hacer noche en un Pueblo crecido y numeroso, cuyo Governador, que en la lengua del País se llamaba *el Cadal*, nos alojó cómodamente. Antes de pasar adelante es neeesario saber, que aquella lengua no conoce mas que una vocal, y es puntualmente la primera letra de nuestro alfabeto; con ella sola diversifica todas las modulaciones de sus voces, de las quales es abundantísima, y todas terminan en alguna letra consonante. De aquí nace, que los naturales de aquella Isla todos tienen bocas grandes, porque habiendo de pronunciar siempre la *a*, es preciso que abran la boca mucho mas que para pronunciar la *e*, la *i*, la *o*, ó la *u*. Sea como quiera, para que nosotros los entendiésemos, y ellos nos entendieran á nosotros, siempre era necesario algun Intérprete, y le tuvimos pronto: era éste un Señor de los primeros del Reyno, que se hallaba en el Campo, y habia aprendido algunas lenguas de Europa, que se habian introducido en Madagascar por los prisioneros de diferentes Naciones, que se habian hecho en varios encuentros con los Européos, que navegaban por aquellos mares. Este tal Intérprete era tambien el Capitan de nuestra Escolta, el qual nos repetia en lengua Castellana todo lo que le decian en la suya, y referia á los Isleños en la su-

ya

ya todo lo que nosotros le respondíamos en la nuestra, observando siempre una gran fidelidad. El dia siguiente proseguimos nuestro viage por el mismo delicioso valle, y no llegamos al fin de él hasta poco despues de medio dia. Entonces se ofreció á nuestra vista una espaciosa llanura, que nos presentó un gratísimo espectáculo, viéndose de quando en quando adornada de Aldeas, Castillos y Ciudades, que no envidiaban á las de Italia y Francia. Entre aquellas Poblaciones nos mostró nuestro Conductor con el dedo la Capital donde residia el Rey. Aquella, dixo, es la Corte, donde espero que llegaremos mañana. Llámase *Tarapasar*, que quiere decir *gloria del Reyno*. En ella vereis todo lo rico y delicioso que puede apetecer la vista. Una Corte florida, un magnífico Palacio Real, suntuosos Edificios, floridísimo Comercio, Nobleza muy culta, Pueblo de buenas costumbres, progreso de las Artes y de las Ciencias, todas en el mas perfecto estado.

Lleno nuestro pensamiento de tan grandiosas ideas, seguimos alegremente nuestro camino, y despues de haber hecho noche en una Ciudad que se decia *Claar*, y podria tener de circunferencia como dos millas, llegamos el dia siguiente á las tres de la tarde á Tarapasar. Sus murallas eran ya antiguas, pero flanqueadas de bonísimas torres, y defendidas de un anchuroso foso lleno de agua. Entramos por un puente levadizo, y desembocamos de la puerta pasan-

sando por medio de dos Compañías de Soldados, con uniformes de color roxo, puestos todos en ordenanza, con banderas desplegadas, en las quales se veían algunas cifras Arábigas. Una derechísima calle, cuyas casas todas eran de igual altura y de uniforme fábrica, nos conduxo á una gran Plaza, en medio de la qual se dexaba ver un elevado Coloso de piedra, que representaba un hombre armado, y decian era la imagen del primer Rey de aquel Reyno, y que el tal Rey, segun el cómputo de sus Historias, habia vivido en siglos tan anteriores, que no creo cuenten tantos los Anales de la China. Esta plaza era de figura circular, y desembocaban en ella cinco calles, á las quales se salia por otros tantos Arcos de los Pórticos que circundaban la Plaza. Nos conduxeron por aquella calle que iba derecha al Palacio Real, colocado en el recinto de una buena Fortaleza, la qual ocupaba una gran extension de terreno en un ángulo de la Ciudad. Fue preciso pasar la palabra de nuestro arribo al Gobernador de dicha Fortaleza, y habido el permiso del Rey, entramos por tres puertas entre tres cuerpos de Guardias, con uniformes y divisas de otros tantos colores diferentes. Antes del Palacio habia un espacioso campo, por el qual se veían pasear y divertirse varias Damas y Señores de la Corte. La fábrica del Palacio era de una sencilla, pero bien proporcionada Arquitectura, sirviéndole de alas dos sobervias Galerías, y en el

el centro de ambas una Torre á manera de atalaya, que parecia iba á esconder la cabeza en la media region del ayre: tanta era su elevacion. Introduxéronnos en la Galeria del ala derecha, á la qual se entraba por tantas puertas, que servian á otras tantas habitaciones quantas eran nuestras personas. Luego que entramos, nos sirvieron agua de olor para lavarnos manos y cara, y despues un precioso refresco muy parecido á las conservas de Turin. ¡O qué bella cosa fue para nosotros encontrarnos con tanto regalo, y con tan noble tratamiento en un País donde solo habíamos consentido hallar nuestra muerte! A la verdad nuestra admiracion debia ser tanto mayor, quanto era menos ventajosa la idea que nos habíamos formado de las costumbres de aquellos Pueblos, en virtud de las relaciones de los Viageros que nos los habian pintado como los mas bárbaros de todas las Naciones de la tierra. Este fue el primer recibimiento: despues de él nos dixeron, que descansásemos hasta que llegáse el tiempo de la cena; y diciendo esto, se retiraron todos, dexándonos en entera libertad. Fácilmente les obedecimos, porque el cansancio de un viage tan largo, y todo á pie, pues en aquel País no hay carruages de camino, ni bestias de carga, nos tenia verdaderamente molidos, y descoyuntados todos los miembros. Nos echamos pues sobre unos mullidos colchones de algodon, género de que abunda mucho aquella Isla, tanto que de solo él se

visten todos quantos habitan en ella. Dormimos dos horas profunda y sosegadamente, hasta que nos despertó, y nos hizo saltar de la cama una armoniosa música. Luego que estuvimos en pie, entraron varios Criados con hachas encendidas, porque ya era de noche, y nos conduxeron á otra Cámara, donde estaba ya puesta la mesa para cenar. Hallóse presente á nuestra cena toda la gente que nos habia venido escoltando. Apenas comenzamos á gustar las primeras viandas, que eran muy simples, como todas las demás que se siguieron, quando vimos entrar una multitud de hombres y mugeres, que venian á ver los forasteros, movidos de pura y mera curiosidad. A todos nos fueron contemplando muy de espacio, parándose á mirarnos fixamente uno á uno con grandísimo silencio. De quando en quando se hacian unos á otros ciertas señales, acompañadas de una risita entre dientes; quizá porque á todos nos veían comer con igual y grande apetito. Confieso la verdad, que á mí me hubiera dado alguna sujecion una visita tan importuna, si el hambre no me hubiera hecho olvidar todos los respetos humanos.

Al primer giro que hizo el vino por las mesas, servido en vasos de marfil primorosamente labrados, dió principio á los brindis nuestra Escolta, diciendo en voz alta: *Carab-tal*, que es lo mismo que *viva el Rey*; al oir esto todos los presentes que estaban en pie, echando prontamente una rodilla en tierra, repitieron

con

con alegre griteria las mismas palabras, ceremonia que se repitió en cada uno de los brindis que se siguieron despues. En el segundo giro de los licores, que comunmente se hacia cada vez que se cubria la mesa, la Escolta gritó: *Carab-Malahar: vivan los Forasteros.* Entonces ninguno dobló la rodilla, pero alzando todos la mano derecha hasta la cabeza, se tocaron con ella la frente sin pronunciar palabra alguna. El tercer brindis fue: *Carab-palahar*, esto es: *vivan todos los presentes*, á cuya voz se quitaron todos una especie de gorro ó de birrete con que cubrian la cabeza. Concluida la cena, se levantaron los manteles, y esto queria decir, que á ninguno era ya lícito comer ni beber. Inmediatamente nos sirvieron agua para lavarnos las manos, y despues todas las mugeres y hombres, en señal de benevolencia y amistad, vinieron aquellas á tocarnos la mano, y estos á besarnos. Nuestra Escolta, es decir, el Capitan de ella, que era nuestro Intérprete, contó al numeroso concurso el modo como habíamos sido hechos prisioneros, y de qué Nacion éramos, concluyendo con prometerlos en nuestro nombre, que procurariamos la mayor gloria del Rey, el aumento de su Real Hacienda, y la grandeza del Reyno. Promesa que nos fue preciso confirmar, practicando con las mugeres y los hombres la misma ceremonia que ellas y ellos habian practicado con nosotros, apretando la mano á las unas, y besando á los otros en la

me-

mexilla siniestra : ceremonia , que entre aquellas gentes se considera mas sagrada y mas obligatoria que qualquiera otro juramento. Concluidas todas estas cosas , cada uno se fue retirando, y nosotros quedamos solos con nuestro Intérprete. Este hombre , que verdaderamente era de una dulcísima índole , nos dixo entonces : Ahora , Señores , verán ustedes entrar las personas que el Rey ha destinado , para que les sirvan todo el tiempo que se mantuvieren en Palacio; pero quando salgan de él para aquellos empleos á que los llamaren las necesidades de la Monarquía , entonces podrá cada uno servirse de aquellos Criados que mejor le parecieren. No bien habia dicho esto , quando vimos entrar una multitud de hombres y mugeres , pero estas todas viejas , asquerosas , despilfarradas y hediondas : mas los hombres al contrario , todos mozos , galanes , garbosos , bien hechos , y bien parecido. Dos de cada sexô , añadió el Intérprete , han de tocar á cada uno de ustedes : entre los quatro repartirán todos los oficios y menesteres domésticos , principalmente los que tocan inmediatamente á la persona del Amo , segun los talentos , fuerzas , y habilidad que se descubrieren en cada uno. La monstruosa fealdad de las mugeres nos llenó á todos de horror , y nos miramos unos á otros de manera, que facilmente pudimos dar á entender la invencible repugnancia que nos causaba la precision de tener siempre á la vista , y dentro de

nues-

nuestras casas unos objetos tan abominables, que á un mismo tiempo conmovian el tédio, el asco, el espanto y el terror. Conociólo luego el Intérprete, y sonriéndose nos dixo: no os admireis, Señores, de lo que estais viendo: todo el misterio se reduce á que el Rey quiere, que tengais siempre delante de los ojos un espectáculo, que os haga conocer el poco caso que se debe hacer de las hermosuras del otro sexô, al ver la facilidad con que se marchitan, y lo presto que envejecen, convirtiéndose en materia de nuestro asco y de nuestra abominacion. Al oir esta explicacion del misterio que tenian nuestras Matusalenas de Criadas, podridas y cazcarrientas, conocimos que debia ser muy estraño y muy curioso el moral que se usaba en Madagascar; y asi sosegándonos con saber que esta era la voluntad del Rey, nos aquietamos, y cada uno de nosotros aceptó los familiares que le tocaron en suerte. Nosotros éramos nueve, conque entre todos veníamos á tener treinta y seis Criados de uno y otro sexô por iguales partes. Todos ellos vinieron luego á tocar el pie del Amo que le habia cabido: demonstracion que en aquella Isla es señal, y protestacion de servidumbre. Como ellos no entendian nuestra lengua, ni nosotros la suya, estaban atentísimos á observar nuestros gestos y movimientos, para executar prontamente todo aquello que á su parecer deseábamos que hiciesen. Las mugeres se entraron en nuestros quartos á hacernos las camas, y los hom-

hombres se arrimaron á nuestras sillas con las hachas encendidas, en ademán de ir alumbrándonos delante de nosotros, quando nos fuésemos á recoger. Con efecto, nuestro Intérprete, que se llamaba Dagal, habiendo observado que el sueño nos iba poco á poco achicando los ojos, y que las pálpebras ya no se sostenian, se despidió, y se retiró, dexándonos en entera libertad de hacer lo mismo. Fuímonos pues á dormir, y la mañana siguiente luego que nos levantamos, hallamos ya prontos á nuestros Criados para hacer todo lo que les quisiésemos mandar. Ciertamente que no sabria hacer otro tanto el Page mas servicial y mas despejado de París. Era á la verdad gran gusto ver executado todo quanto deseábamos, y les tocaba hacer á ellos, sin que nos costáse siquiera una palabra. Despues de levantados, nos juntamos todos en la Galería, que servia como de antesala á nuestros quartos, discurriendo de la extraordinaria Aventura que nos estaba sucediendo. Y aunque los Mercaderes Portugueses tenian tantos motivos para estar afligidos por la pérdida de su hacienda, por la grande distancia de su Patria, y por haber dexado en ella tantas caras prendas en sus mugeres é hijos, todavía les servia de grandísimo consuelo el risueño aspecto con que les miraba la presente felicísima fortuna. Y yo, que lloraba ya perdida á mi querida Irene, y muertos todos mis parientes, por lo que habia resuelto pasar lo que me restaba
de

de vida en el obscuro retiro de un claustro, entregado enteramente á la mortificacion y pobreza Religiosa, nada tuve que hacer en conformarme con este nuevo bellísimo destino, cuyo alegre semblante me estaba prometiendo las mayores felicidades.

CAPITULO VI.

Curiosas conversaciones entre los Portugueses y el Siciliano. Son admitidos á la primera audiencia del Rey. Convídales á comer, y sucesos de la mesa.

Discurríamos entre nosotros sobre las cosas tan estrañas que nos estaban sucediendo, y no nos acabábamos de maravillar de la policia y arregladas costumbres de una Nacion, de que hasta alli no se habia hecho caso alguno; con cuyo motivo salió á la conversacion el método practicado en la cena de la noche antecedente. Entonces un Mercader, hombre de estraña figura, pequeño, rollizo, rechoncho, gran panza, igual pestorejo, pantorrillas colosales, y una sotobarba, que parecia segunda cara colgada de la primera. Este tal, que se llamaba Don Bíbulo: yo á lo menos (dixo con voz entre hundida y resbalada) nunca alabaré el maldito uso de que solo gire tres veces el vino en cada sesion de la comida ó la cena. Mi costumbre es beber siempre que me da la gana, y no me siento

to bueno, mientras no caliento el etómago con veinte vasos bien llenos de vino generoso. Esta noche pasada me costó gran trabajo hallar el sueño, y si no se muda esta costumbre, yo me habré de morir por cumplimiento. Consuélese Vmd. le repliqué yo, pues el General nos aseguró, que con el tiempo tendriamos libertad para vivir á nuestro modo, y él mismo lo ha convencido con su exemplo, pues hemos visto que se trata muy diferentemente de lo que aqui se usa. Mientras nos mantengamos en la Corte, será menester callar y tener paciencia: quando seamos destinados á la guerra y al mando de las Tropas, entonces comeremos y beberemos á nuestro modo, sin que nadie nos lo impida. Eso está bien, repuso el Mercader; ¿pero quándo llegará ese tiempo para mí? Yo siempre he sido un hombre muy pacífico, y nunca he sabido manejar ni la pica, ni la espada. Nunca he sabido qué cosa es guerra, sino quando oía hablar de ella en los Cafés, en el mostrador de algun Boticario, ó en los mentideros de Lisboa. Eso mismo, dixeron los otros, es lo que tambien nos hace á todos desesperar de vernos algun dia libres de esta esclavitud. Nosotros no hemos estudiado por otros Libros que por los de caxa, ni nos hemos aplicado á otras Letras que á las de Cambio, y nuestro oficio no ha sido otro que traficar, echar cuentas, hacer avances, comprar los géneros al precio mas baxo que podiamos, y venderlos al mas alto

que

que nos era posible. En quanto á ese prudente temor que ustedes tienen, los respondí, espero desvanecérsele. Sepan ustedes, que yo me hallé en la guerra de la Morávia y de Ungria: tuve la curiosidad y el gusto de ver muchos exercicios militares en varias partes de Europa, de manera que me parece saber lo que basta para ser tenido por un Anibal, ó por otro Scipion Africano entre esta gente colecticia y sin experiencia. Yo me atrevo á enseñar á ustedes los principios de este Arte, sin haber leído jamás á Vegecio, y en poco tiempo les enseñaré no solo á llevar la pica y manejar la espada, sino tambien á mandar las marchas, las contramarchas, las desfiladas, los quartos de conversion, con todas las demás evoluciones mas ordinarias para atacar, y repeler al enemigo, tanto en los avances, como en las retiradas, y asi en el asalto, como en la defensa. Los enseñaré á tremolar la bandera, y el manejo del baston. En una palabra: á pocos dias de cursar esta Escuela, pasarán todos ustedes en el concepto de estos Madagascareses por otros tantos Príncipes Eugenios, y Mariscales de Tallard. Riéronse los Portugueses quando oyeron mi discurso, y todos se dispusieron á recibir mis lecciones, reconociéndome desde aquel punto por su Gefe y Maestro en el Arte de la Guerra. Pero mientras tanto ¿qué ha de ser de nosotros? preguntó un mozuelo como de veinte á veinte y dos años; ¿y qué hemos de hacer de estas malditas viejas que te-

nemos siempre delante de los ojos? ¿Hemos de estar perpetuamente así, sin vér siquiera de quando en quando alguna linda cara que nos alegre? Segunda vez hizo reir á todos esta ocurrencia del mozuelo, y otro de su edad, que quiso llevar la burla adelante, añadió: yo me acuerdo de haber leído en la historia de Alexandro, que llamaba *dolores de los ojos* á las mocitas Persianas. ¿Cómo llamaria aquel Monarca á estas vejarronas Madagascaresas, si las tuviera delante? Si las mugeres de Capra, dixe yo entonces, hubieran sido como estas nuestras Isleñas, á fe que no hubieran hecho el daño que hicieron en el exército de Anibal, afeminándole, y enervando toda su disciplina militar. Y pues que nosotros hemos de ser otros tantos Anibales, es menester que desviemos de nuestros ojos todo objeto de tentacion.

Mientras nos estábamos divirtiendo con estas inocentes burlas, nos interrumpió nuestro Intérprete Dagal, el qual entró á decirnos, que aquella misma mañana debíamos ser introducidos á la primera audiencia del Rey. O! ahora sí (dixo el festivo Portugués) que es menester que nos vistamos de gala, y con toda pompa y gravedad, para sostener el ventajoso concepto que se ha hecho de nosotros. Con efecto cada uno se vistió lo mejor que pudo y supo, para recibir aquel gran honor, y quando estuvimos todos prevenidos, nos encaminamos, precedidos de nuestro Intérprete, á la puerta principal del

Palacio, donde fuimos recibidos de los Criados de Librea, mientras al pie de una bellísima escalera de mármol, en figura de caracol, estaba apostada la guardia noble. Subimos por medio de esta, y entramos en un Salon, cuyo maderamen era todo de excelentísimo box, y por este entramos en otro, cubierto con un artesonado de fragrantísimo cedro, en medio del qual se elevaba un magestuoso Trono, y en él se dexaba ver sentado nuestro nuevo Soberano. Era un hombre como de quarenta años, de estatura que se acercaba á prócera, perfectamente bien formado, asi de cara, como de todos los demás miembros, lampiño como todos sus Súbditos, cabello negro, y naturalmente enrizado, ojos vivos y brillantes, con la nariz un si es no es aguileña. Su vestido era un manto de finísimo algodon, color celeste, cubierto el cuerpo con una cierta especie de blanquísima y delgadísima camisola, que le llegaba á las rodillas. Sus pies descalzos, bien que cubiertos con un género de sandálias, alistonadas con ricas cintas carmesíes, que subian serpenteando hasta cerca de las pantorrillas, á manera del calzado que usan los Turcos. Tenia en la mano un Cetro, en cuya punta se representaba el Sol, y adornaba su cabeza una Corona, cuyos rayos terminaban en otras tantas estrellas. Asi el Cetro como la Corona eran de un blanquísimo marfil, que es el género mas precioso y mas estimado en aquel País, donde hay cierta especie de Elefan-

fantes, que subministran todo lo necesario para fabricar asi estas insignias de la Magestad, como todas las cosas, y todos los vasos mas preciosos para el servicio de la Corte, estando prohibido su uso á toda otra persona privada. Al pie del Trono estaba en pie el Mayordomo con el Cancillér, y á los dos lados de él los Consejeros de Estado. Hicimos tres profundas reverencias al Monarca con una rodilla en tierra cada vez, y el Príncipe nos recibió con semblante apacible y risueño. Quando llegamos al último escalon del Trono Real, se sentaron los Consejeros, y nuestro Intérprere Dagal comenzó á hablar en nombre de nosotros de esta manera: Señor, vuestro Esclavo presenta á V. M. estos nuevos Súbditos que el Cielo os ha enviado de las mas remotas partes del mundo. Ellos, Señor, os juran perpetua fidelidad, prometiendo que emplearán todo quanto pueden y saben en el aumento de vuestra gloria, en el mayor bien de vuestros Estados, y en la mas completa felicidad de vuestro Reyno. Luego que el Intérprete acabó de decir estas pocas y sencillas palabras, cada uno de nosotros fue á tocar con la mano derecha el pie de su Magestad en señal de vasallage, y despues nos hicieron pasar á la mano derecha del Trono, donde estaban los Consejeros. Subió entonces el Cancillér dos gradas del Solio, y en nombre del Rey nos respondió, que su Magestad nos recibia con gran gusto en el número de sus Vasallos y de sus hi-

jos,

jos, asegurándonos de su gracia: asi como él estaba seguro de nuestra correspondencia, y de nuestra solicitud en hacernos cada dia mas dignos de aquellos dos títulos tan honoríficos, que nos dispensaba su Real benignidad.

Mientras pasaban estas cosas en la Sala de la Audiencia, habían entrado en ella nueve Pages con sus azafatès de marfil, y nos presentaron una especie de cimitarra á cada uno, siendo el mango de la cimitarra de la misma materia que los azafates: distintivo que nos declaraba quedar ya admitidos en el número de los Cortesanos de su Magestad. Despues de esta ceremonia, nos fuimos retirando de la Audiencia con el mismo orden con que habíamos entrado en ella, y nos restituimos á nuestro alojamiento, habiendo observado que el Monarca nos habia contemplado á todos de pies á cabeza con la mayor atencion y curiosidad. Libres ya de aquella visita mas presto de lo que habíamos pensado, nos dixo el Intérprete Dagal, que de orden del Rey nos debíamos juntar, y elegir nosotros mismos uno de nuestros compañeros, que tuviese la honra de comer aquel dia con su Magestad. Todos á una voz me nombraron á mí, no ya porque aquella misma mañana me hubiesen proclamado por su Gefe y Maestro, sino porque teniendo alguna mayor tintura ó conocimiento de las cosas de guerra que otro alguno de ellos, les pareció que mi conversacion podia ser mas del gusto del Rey. Quan-

do

do me separé de su compañia para volver á Palacio, Dagal que me acompañaba, me dixo, que el Rey habia querido dexar á nuestra eleccion el Sugeto que debia sentarse á su mesa, para que si entre nosotros habia alguno que se considerase mas digno que los otros por su nacimiento ó por su sabiduria, le hiciesen esta justicia los mismos que le conocian, porque no teniendo su Magestad noticia alguna de nuestras personales circunstancias, no podia hacer con equidad el menor discernimiento. Asi que (añadió) habiendo merecido tú que se te dé el primer lugar por unánime consentimiento de todos tus compañeros, es forzoso que seas el mas digno; y en virtud de esta consideracion mi Soberano te mirará siempre como el primero de todos. Confieso la verdad, que no dexaron de mover bastante mi vanidad estas lisonjeras voces, bien que en la respuesta que di, aparenté una grandísima modestia, atribuyendo á la de mis electores la exclusiva de aquel honor que se habian dado á sí mismos, por honrarme á mí con él. Apenas acabé de pronunciar estas palabras, quando entramos en el quarto del Rey. Quedé altamente sorprendido, al ver al gran Monarca de Madagascar despojado de todas las insignias de la Magestad, en un hábito privadísimo, sin la menor cosa que le distinguiese de todos los demás que le hacian corte. Amigo (me dixo en mi lengua Castellana, que entendia y hablaba perfectísimamente), amigo, ahora

no

no me debes considerar como tu Rey y Señor, sino como qualquiera otro particular igual tuyo. No quiero ser respetado como Rey, sino en aquellas ocasiones en que estoy exerciendo alguna funcion propia de la Magestad. En la mesa, y en las demás gestiones que son propias de todos los hombres, no menos que en las indispensables necesidades de la naturaleza, me acuerdo que no me diferencio del mas miserable y mas vil de mis Vasallos, y así en semejantes ocasiones no solo no pretendo, sino que no quiero admitir etiqueta, ni distincion, que no sea comun á todo hombre de pudor y de crianza. Sentémonos pues sin ceremonia, y despues que hayamos dado algun pasto á nuestros cuerpos, será de tu cargo darle tambien á mi espíritu, respondiendo á lo que yo te preguntáre. Obedecí á su Magestad, y sin aguardar á la ceremonia de sentarnos unos despues de otros, todos á un mismo tiempo nos sentamos á la mesa, la que se componia de cinco comensales. Ella fue poco mas ó menos como la de la cena antecedente, salvo el ceremonial de los brindis, que se hicieron sin aparato, y muy á la usanza doméstica. Terminada la comida, el Rey me hizo varias preguntas sobre las cosas de nuestra Europa, y debo decir, que sin duda le satisfice, porque se mostró sumamente contento. Duró como dos horas esta gustosa conversacion, pasadas las quales el Rey se retiró, y yo fui conducido á nuestro alojamiento, donde los compañeros me estaban esperando con impaciencia, deseosos de saber cómo me ha-

bia

bia ido en el banquete Real. Despues que les referí menuda y sínceramente todo lo que habia pasado, contándoles prolijamente el número y calidad de los platos y bebidas que se habian servido á la mesa, ninguno mostró tenerme envidia, ni deseo de ser convidado, pareciéndoles que ni en los manjares, ni en los licores habia cosa alguna que tentáse demasiado el apetito. Antesbien, dixo Don Bíbulo: á lo que yo veo, los Reyes de estos parajes viven con mucha economía; y vale mas una comida de un Mercader de Lisboa, que diez convites Reales del Madagascar. Y asi, amigo (añadió, vólviéndose hácia mí) enséñeme usted, quanto antes sea posible, el arte militar, para librarme presto de la sujecion de comer y beber tan sóbriamente. Nuestra mesa ha estado hoy mucho mas parca que la de ayer, y si esto va adelante, temo que hemos de llegar á mantenernos del ayre, como las Cigarras y los Camaleones.

CAPITULO VII.

Lo que observaron el Joven Siciliano y sus Compañeros en la Corte de Tarapasar en los Artesanos y Traficantes; y la conversacion que tuvieron con su Intérprete acerca del Comercio y sitio de aquel País.

Mientras Don Bíbulo nos divertia á todos hablando de esta manera, llegó Dagal, y nos pregun-

guntó, si gustaríamos de salir á pasear un poco por la Ciudad. Todos se mostraron deseosísimos de hacerlo, y sin mas dilacion nos encaminamos á la puerta de la Fortaleza, precedidos de nuestros respectivos Criados, los quales iban de dos en dos delante de nosotros. Quando llegamos al fin del tercer puente, se paró nuestro Intérprete, y volviéndose hácia nosotros, nos dixo: esta Ciudad, Señores, está repartida en tres Quarteles, los quales se puede decir que son otras tantas Ciudades: en el primero están los Nobles, á cuya clase pertenecen todos aquellos que viven de sus propias rentas: en el segundo están los Profesores de las Ciencias y Artes Liberales, los quales son mantenidos á costa de la Real Hacienda: en el tercero están los Traficantes, y todos los que trabajan en las Artes Mecánicas. Ahora díganme ustedes por donde quieren comenzar. Yo hubiera gustado que comenzáse nuestra visita por el Quartel que habia sido nombrado en segundo lugar; pero mis compañeros, que como ya he dicho, eran todos Mercaderes, deseosos de ver cómo giraba allí el Comercio, concordemente dixeron, que ante todas cosas querian ir al Quartel de los Traficantes. Revolvimos pues sobre la mano izquierda, y habiendo caminado como doscientos pasos á lo largo del foso, y junto á las murallas de la Ciudad, entramos por una puerta, en cuyo frontispicio se veían grabadas en piedra las insignias y símbolos de los géneros y de las Ar-

tes que se exercian en varias calles llenas todas de diferentes Tiendas. Tambien hizo aqui alto nuestro Intérprete, diciéndonos: en este Quartel hay tantas calles, como géneros se venden, y como Oficios se exercen. Por exemplo: en una calle todos son Sastres, en otra todos Zapateros, en ésta todos Herreros; en aquella Carpinteros, &c. Con efecto, la calle en que actualmente nos hallábamos toda era de Sastres. Apenas observamos con alguna atencion tres ó quatro Tiendas, quando reconocimos que todas eran habitadas alternativamente de hombres y mugeres: ¿qué quiere decir (pregunté yo á Dagal que estaba junto á mí) esta alternativa de Tiendas masculinas y femeninas? Quiere decir, me respondió, que en Madagascar las mugeres sirven á las mugeres, y los hombres á los hombres. Explicaréme: aqui seria gran delito que una muger se sirviese de un hombre, para que la hiciese un vestido, ó que á un hombre se le hiciese trabajar para una muger. ¿Pero qué razon puede haber para una ley tan extravagante? preguntó aquel mozalvete Portugués, de quien poco ha hice mencion, el qual estaba atentísimo á todo lo que se decia. Tambien daré satisfaccion á ésta pregunta, respondió Dagal: la experiencia ha enseñado los grandes inconvenientes que nacian del promíscuo servicio de los hombres á las mugeres, y de las mugeres á los hombres, así en punto de vestidos, como en materia de calzados, por los quales emanó la mencianada pru-

prudentísima providencia. En el tomar las medidas para un vestido, no menos que en ajustársele, ya sea un hombre á una muger, ó una muger á un hombre, ¿quántas libertades se pueden tomar, que sirvan de incentivo á la flaqueza, y de ruina al honor de una muger, de una hija ó de una hermana? Para precaver semejantes peligros, nuestros mayores, que tenian bien conocido hasta dónde llegaba la humana fragilidad, determinaron acertadamente que cada sexô se sirviese á sí mismo en todos aquellos oficios, que por su misma naturaleza se reconocen mas ocasionados al desorden; en virtud de lo qual se intimó la misma ley á los Zapateros, imponiendo penas correspondientes al Oficial que calzáse á una muger, y á la muger que se dexáse calzar de un Oficial. Pase, replicó el mozuelo, que no se dexe esa libertad á las mugeres; ¿pero por qué se ha de prohibir á los hombres, que se valgan de ellas, para que les remienden los vestidos y la ropa blanca, como se usa en otras partes, y mas quando los hombres no son tan flacos como las mugeres? Así es, replicó el Intérprete: no son tan flacos, pero son mas maliciosos y mas atrevidos. Fuera de eso seria una ley iniqua, si se permitiese á los hombres lo mismo que se prohibia á las mugeres en una materia, en que no son ellos menos capaces de pecar por osadía, que lo son ellas de caer por fragilidad. ¡Y qué bulla no meteria entonces el ganado femenino! Bien está, interrumpí yo; ¿mas

¿mas por qué no se estableció la misma ley en todas las demás Artes y Oficios mecánicos? Y si no dígame Vmd.: ¿no puede llegar el caso, en que una muger tenga tanta necesidad de un Herrero, como de un Sastre y de un Zapatero? ¿Pues qué en esta Isla nunca pierde una muger la llave de su ropa, ni se ve precisada á encargar que la hagan otra? ¿Nunca rompe un cachibache de su tocador, ó alguna naveta de su escritorio privado, de manera que tenga necesidad de mandársela ajustar y componer? No Señor, respondió el Intérprete: en esta Isla las mugeres no tienen llaves, ni tocadores, ni escritorios reservados, ni cosa alguna que se pueda romper, ni maltratar; y por consiguiente nada tienen que sea menester repararse, ni ajustarse. Todo quanto hay en casa de este género, está siempre en poder del Marido, ó del Padre de familias, sin que á ellas se las permita tener nunca escondida ó cerrada cosa alguna. Pero quando alguna de ellas queda viuda, le volví yo á replicar, y dueña de todo lo que hay en casa, ¿qué se hace entonces con ella? En esta Isla, respondió Dagal, no se permiten Viudas, sino aquellas que pasan de cincuenta años. Todas las demás deben pasar á segundas nupcias con un hombre correspondiente á su edad, dentro del término de ocho dias despues de la muerte del predecesor. Si pasada la edad que se prescribe para los matrimonios, se dexan solicitar ilegítimamente, no se hace caso de ellas. Satis-

fechas bien ó mal nuestras curiosas dudas, con estas tales quales respuestas, proseguimos nuestro paseo por varias calles, en las quales observamos con grandísimo gusto nuestro, que se exercian todas las Artes necesarias para vivir una vida civil y acomodada. Asi que, dexando á la mano derecha esta calle de los Artesanos, pasamos á la de la mano izquierda, que era la calle de los Comerciantes ó Mercaderes. Habia en ella muchos Traficantes en telas, que todas eran de algodon; pero como nosotros los queríamos ver de varias suertes, quedamos como encantados al ver el texido, la viveza de los colores, lo sutil, lo fino, y lo consistente de las telas. De aqui nos transferimos á la calle donde estaban, por decirlo asi, los Almacenes de este género, pero en bruto, y antes de comenzar á trabajarse, y en otra calle estaban los Filatorios. Si las Mugeres Griegas, que entre nosotros están tenidas por las mas primorosas hilanderas de la Europa, trabajáran en los tales Filatorios, ciertamente que no hilarian mejor que aquellas Isleñas; y si la mentida Ariadne hubiera exîstido en el mundo, y viera aquellos hilados, se admiraria de ver realizado el fantástico primor de su imaginaria tela. En otro sitio descubrimos á los que vendian colores, y algunas otras drogas, que eran producciones de la misma Isla. Finalmente á otro lado nos hallamos con los Taberneros, y varios otros Traficantes en vino. Aqui fue donde no se pudo con-

contener nuestro Don Bíbulo, y entrando en una Taberna, pidió de beber, y lo hizo por medio de unas señas tan bozales y tan estrafalarias, que todos nos despedazábamos de risa. Presentáronle el vino mejor que habia en la Taberna, y quando hubo contentado su sed, sacó de la faltriquera una moneda de oro, y se la dió al Tabernero para que se pagáse á su satisfaccion. La agarró aquel hombre con mal modo, estúvola mirando un rato con enfado, y despues se la arrojó con rabia á los hocicos del mismo Portugués. Colérico éste iba á vengarse del que le habia ofendido; pero Dagal se puso oportunamente en medio, diciéndole con bello modo y mucha cortesía: téngase usted, y óygame: yo escuso su rebato, porque nace de no saber los usos del País. Sepa pues usted, que aquel metal tan estimado de los Européos, y que ellos llaman oro, se mira aqui por la cosa mas vil y mas despreciable del mundo. Ninguno hace caso de él, y se tiene por grandísima injuria el ponerle en mano del hombre mas miserable del Reyno. Nosotros solamente nos servimos de aquellas cosas que se dexan ver sobre la superficie de la tierra; y no vamos á violentar la naturaleza para penetrar sus secretos, ni mucho menos para descubrir lo que cuidadosamente encierra dentro de sus entrañas. Pero á pesar de todas estas razones, tales quales ellas fuesen, nos costó mucho trabajo sosegar al buen Don Bíbulo: y tanto, que nos vimos precisados á sacar-

le

le por fuerza de la Taberna, y llevarle á la calle donde se vendia la carne quadrúpeda y de volatería. Así de la primera, como de la segunda especie, descubrimos animales que jamás habíamos visto, ni aun teníamos la menor noticia de ellos, cuyos nombres me parece ocioso expresarlos, puesto que nada conducen para hacer concepto de su calidad. Concluido en fin todo el giro de Artesanos y Traficantes, viendo que ya era tarde, nos restituimos al Palacio con ánimo de volver el dia siguiente á ver el Quartel de los Profesores de las Ciencias y Artes Liberales.

El tiempo que faltaba hasta la hora de la cena, le empleé en dar algunas lecciones Militares á mis compañeros. Consideren ustedes qué buen Maestro haria yo. Ciertamente que si me hubiera visto y oído en aquel exercicio el Soldado mas visoño, tendria bien que reir: ellos no obstante aprendian con facilidad todo lo que yo les enseñaba, tanto, que no desconfié de que en poco tiempo estarian tan francos, y serian tan hábiles como yo mismo en el exercicio Militar. La cena, poco mas ó menos fue como la antecedente, y nuestro Don Bíbulo durmió toda la noche mas dulce y mas profundamente que las pasadas, gracias al soporífero cordial que habia bebido en la Taberna, sin haberle costado mas que el disgusto de haber recibido en sus mismos hocicos la restitucion de la moneda que habia dado por él. La mañana

si-

siguiente estábamos nosotros discurriendo sobre aquel gracioso lance de la Taberna, y á mí me vino gran gana de saber á fondo cómo se hacia el Comercio en aquel País. Entró á este tiempo Dagal, y se lo pregunté. Me respondió, que en Madagascar todo el comercio se hacia por via de cambio. Por exemplo: uno que tiene necesidad de paño, de tela, ó de algodon en rama, ó por trabajar, lleva al Mercader una porcion correspondiente de vino, carnes, granos, drogas, colores ó manifacturas, segun han quedado de acuerdo, y el Mercader escoge lo que le parece mejor. Los Artesanos, Oficiales y trabajadores, comercian con las manifacturas, ó con el trabajo personal, dando unas veces obra por obra, materia por forma, ó forma por materia, sin que en este modo de traficar se dé lugar á contienda, fraude, ni desorden, porque todo está arreglado con la mayor precision por los Aranceles públicos, de manera, que consultándolos á estos, se evita toda disputa, porque en ellos se encuentra establecido todo lo necesario para ultimar el contrato, tanto en la quantidad, como en la calidad, hasta la mas mínima diferencia. Nosotros (prosiguió el Intérprete) no sabemos qué cosa viene á ser eso que vosotros llamais *dinero* ó *moneda*, y damos mil gracias al cielo; porque de esa manera estamos libres de todos aquellos males, que suele producir aquel cierto vicio, que se llama *Avaricia* entre vosotros. Los tributos que pagamos al

Real

Real Erario, todos son en especie, contribuyendo cada uno á proporcion con aquel número de reses, ó cantidad de granos, ú otros frutos de la tierra, que sirven despues á la manutencion de la Corte, de los Ministros, de los Literatos y de la Tropa. Aquellos que nada tienen que dar, sino su industria, contribuyen con el trabajo de sus manos á las necesidades y gastos de la Monarquía. De esta manera, con una armonía admirable todos reciben unos de otros aquello que es necesario para vivir. Dicho esto, mudó el Intérprete de discurso, y nos dixo: ser voluntad del Rey, que nosotros nos informásemos de la qualidad de los enemigos, contra los quales era menester combatir en las ocasiones, de la situacion de sus respectivos Países, y de aquellos sitios por donde nos podian atacar y acometer.

Con este fin nos puso delante una Carta Topográfica de la Isla de Madagascar, que parecia formada en la misma Academía Real de París. En ella nos hizo ver, que el Reyno de su Magestad estaba situado en la parte mas septentrional de la Isla, y que lo restante estaba poblado de Naciones silvestres y bárbaras, que tostadas con los ardientes rayos del Sol, tenian un color mas obscuro que las gentes de las demás Provincias, las quales, aunque inclinaban al bazo y al trigueño, todavía eran bastantemente bien parecidas, y de aspecto menos ingrato. Nos señaló los confines del Reyno, y nos hizo ob-

servar, que solamente le podian atacar y embestir los enemigos por algunos desfiladeros ó gargantas muy estrechas, abiertas por entre aquellas altísimas montañas, informándonos al mismo tiempo, que á la sazon estaban en grandes temores, de que al cabo seria menester echar mano á la espada, para tomar satisfaccion de algunos insultos que se habian hecho á la Corona en las fronteras. Añadió, que los tales enemigos á la verdad abundaban de gente; pero que por lo comun eran poltrones, cobardes, y sin experiencia, faltos de aquel orden, y de aquella disciplina que tenian los Vasallos del Rey, gracias á lo que les habian enseñado los Generales Européos, que por espacio de un siglo entero habian mandado las armas, siguiéndose uno al otro. Acabado este discurso, durante el qual nos mostró tambien en el Mapa las Ciudades principales, Fortalezas, y sitios mas importantes de todo el Reyno, cesó de hablar Dagal, y yo me aproveché de esta ocasion para preguntarle, ¿cómo se habian podido librar de las irrupciones y atentados de los Européos, los quales habian conquistado tantas Naciones mucho mas distantes que la suya, no menos en Africa, que en Asia y América, y aun sin salir de la misma Isla, se habian apoderado de muchos Puertos de ella, y los conservaban todavía en su poder? Yo le diré á usted (me respondió el Intérprete) todo lo que se puede decir en esa materia. Nuestras historias hablan

di-

difusamente de aquellos tiempos en que vuestras gentes aportaron á las Costas de esta Isla, y refieren muchísimas cosas que sucedieron entre nosotros por aquel tiempo, las quales nos obligaron á abandonar toda la Costa, de que está la Isla circundada, y retirarnos al centro de los Montes, que elevándose á cierta distancia del mar, nos cerraban al rededor, formando una como impenetrable muralla. Ni nosotros mismos podemos adivinar por qué nos dexaron en paz los Européos, sino que fuese por dos razones. La una, porque quizá habiéndonos visto medio desnudos, ó muy pobremente vestidos, dieron por supuesto, que el País era estéril, miserable, y privado de toda riqueza, particularmente de oro y plata, que segun lo que ahora sabemos, es lo único que muchos vienen á buscar. Otra, porque ninguno de los caudalosos rios, que tienen su nacimiento en estos montes, corre hasta descargarse en el mar, pues mucho antes de poder llegar al mar, se dividen en pequeños arroyuelos, que parecen agua formada de las lluvias, y precipitada de las peñas, ó bien que rebosa de las fuentes abiertas en los mismos peñascos, por lo qual es comun opinion entre los Européos (como lo hemos oído á algunos de vosotros) que este es un País montuoso, silvestre é inaccesible, sin haber creído jamás, que dentro de él se descubriesen tantas bellas dilatadísimas Campiñas, como vosotros mismos habeis visto, y podeis observar mejor

en

en esta Carta, donde vereis caudalosos rios muy propios para regarlas y fecundarlas, los quales, quando llegan á las faldas de las montañas que nos rodean, encontrándose con las presas de gran quantidad de molinos, se rompen, separándose en varios riachuelos, parte de los quales se abren camino para penetrarse en las entrañas de los mismos montes, y desembocan despues en el mar en figura de arroyuelos miserables; y parte van á perderse y consumirse dentro de la misma tierra. Satisfecha de esta manera nuestra curiosidad con tan bellas y peregrinas noticias, queria yo que nos instruyese en el origen de aquella Monarquía, y principios de aquel Reyno. Pero él me atajó, diciendo, que esto era cosa larga, y que yo me podria por mí mismo instruir de todo, despues que aprendiese la lengua del País, y leyese la Historia universal de la Isla de Madagascar. Por lo menos (le repliqué yo) quisiera saber, ¿por qué razon, siendo vosotros los Isleños tan escrupulosos en no violentar la naturaleza, segun decís, no hicisteis ningun escrúpulo en romper las entrañas de los montes para sacar el hierro, y fabricar armas, con tantos otros varios utensilios que son necesarios para la comodidad de la vida? Antiguamente, me respondió, nosotros nada de eso sabíamos hacer, hasta que un Européo nos lo enseñó, haciéndonos tocar con la mano los grandes beneficios que podíamos recibir de este metal, particularmente para rebatir á nuestros ene-

mi-

migos, que en aquel tiempo eran muy superiores á nosotros. Con eso depusimos nuestros escrúpulos, habiendo aprendido á domesticarle, ablandarle, y labrarle con el fuego, y desde entonces hemos hecho gran uso de él, pero bien determinados á cerrar y cegar todas las minas, luego que cese la necesidad de desangrarlas. Efectivamente ahora mismo está sucediendo este caso; porque habiendo trabajado una prodigiosa quantidad de hierro, están las minas tan olvidadas, que nadie se acuerda de ellas. El hombre que nos enseñó á estimarlas fue nuestro primer General, y fue tambien el que introduxo en la Isla el Arte ú Oficio de Herrero, en que él mismo era un gran Maestro en su País, como él propio nos lo contó. Segun eso, le repliqué, ese vuestro primer Capitan era un hombre de muy baxo nacimiento, porque entre nosotros solamente los plebeyos se dedican al Oficio de Herreros. Eso nada importa, repuso Dagal, aunque fuese de humilde y baxo nacimiento, se distinguia mucho por su grande y noble espíritu, y nosotros no reconocemos otra nobleza que la de las bellas, grandes y virtuosas acciones. Ni en nosotros se reputan por Nobles aquellos que nacieron de Padres y Abuelos que lo fueron, sino únicamente los que se hicieron tales á sí mismos, ó por la gloriosa carrera de las Armas, ó por la no menos gloriosa de las Letras. Despues de haber cursado cierto número de años en una ú otra profesion, el Rey los despa-

pacha la Patente de Nobleza, señalándolos al mismo tiempo suficiente renta, para que ellos y su familia se puedan mantener con la decencia correspondiente. Si con el discurso del tiempo algun individuo de ella comete alguna accion indigna de aquel nombre y esclarecida fortuna, públicamente se le degrada, imprimiéndole cierta marca de villanía, que le dura mientras vive, y debe recurrir para mantenerse á algun Oficio vil, ó al cultivo del campo.

CAPITULO VIII.

Descripcion del Quartel de los Literatos, con el discurso que hizo acerca de ellos el Intérprete de Madagascar. La razon por que no entraron en la clase de tales, ni Gramáticos, ni Retóricos, ni Lógicos, ni Médicos, ni Abogados.

Despues de estos varios discursos llegó la hora de comer, y acabada la comida, fuimos á ver lo que nos faltaba de la Ciudad, que era el Quartel de los Literatos. Estos (dixo Dagal) por la mayor parte son hombres que se mantienen toda la vida en el celibato. Al oir esto el mozuelo Portugués, exclamó con grandísima algazara, sin poderse contener: ahora me alegro de haberme aplicado á Mercader; porque si me hubiera dedicado al estudio de las Letras, seria menester, hallándome en este País, que no pen-

pensáse en casarme, á lo menos por guardar ceremonia. Reímonos un poco de esta chistosa prontitud, y yo pregunté al Intérprete, ¿por qué razon en aquella Isla era tan raro el Matrimonio entre los Literatos? No por otra, me respondió, sino porque el amor, hablando generalmente, no da lugar á otro estudio que al de sí mismo, y un hombre enamorado de una muger, mal puede aplicarse con el sosiego y con la intension que es menester al estudio de las Ciencias y Artes Liberales. ¿Quién no sabe que el sexô femenino por lo comun es naturalmente amigo de la diversion, de la bulla, de las vagatelas, del fausto, de la vanidad, de la loquacidad, y aun tal vez, en la gente baxa, de la charlatanería? Considere usted, si se podrá acomodar á cohabitar con él uno que esté dedicado á exâminar los secretos mas recónditos de la Naturaleza, á moderar y arreglar las pasiones del alma, á contemplar el giro de los Cielos, y los varios movimientos de los Planetas. A mí, dixo entonces uno de mis compañeros, ninguna fuerza me hacen estas razones, antesbien las condeno, y las detesto como infamatorias, y gravemente del bello sexô, sin el qual no podemos vivir, como ni pudieron vivir sin él hasta los mismos Sócrates, Platones y Aristóteles, ni tantos otros grandes Filósofos de la antigua Grecia, cuya fama dura, y eternamente durará entre nosotros. Yo no sé quiénes son esos Sócrates, ni esos Platones, replicó el Isleño: lo

que

que sé es, que aun aquellos pocos Filósofos casados que hay entre nosotros, la mayor parte del tiempo están no solo separados, sino muy distantes de sus mugeres, y lo mismo hacen muchos que no son Literatos, sino casados de profesion. Y si esto hacen estos, ¿por qué no podrán hacer lo mismo aquellos que no lo son, ó no lo debieran ser? Segun lo que veo, interrumpió el mozalvete Portugués, en esta Isla, lo pasan muy mal las pobres mugeres.

Mientras nos íbamos divirtiendo con esta alegre conversacion, llegamos al Quartel de los Literatos, situado en el centro de la Ciudad de Tarapasar, sin duda para dar á entender, que los Literatos y Profesores de las Artes Liberales deben siempre ocupar el mejor lugar. Entramos pues en él, y la primera calle que se nos puso delante, fue la de los Moralistas ó Profesores de la Filosofia Moral. Todas las casas estaban decente y cómodamente alhajadas, y bien fabricadas todas ellas, pero todas de un orden sencillo, sólido y natural, mostrando que á sus dueños solamente les agradaba la verdad y la substancia, mas no la apariencia de las cosas. Deseaba yo ver y hablar con algunos de aquellos Profesores, para entender quáles eran sus máxîmas, y formar algun concepto de su modo de vivir, conociendo por él, si sus costumbres correspondian á su doctrina; pero Dagal nos dixo, que aquellos Sabios solamente hablaban por la mañana, y entonces únicamente con

los

los que concurrian como Discípulos, para ser enseñados de ellos, y que despues de comer hasta el dia siguiente solo se empleaban en estudiar, y en instruirse á sí mismos. Luego esos hombres son como una especie de Cartuxos, replicó uno de los Portugueses. Si vamos mas adelante, añadió otro, quizá hallaremos tambien algunos Estilitas. ¿Qué cosa vienen á ser esos Estilitas? preguntó el Intérprete. Eran unos hombres, le respondí yo, que vivian todo un año en pie, y al descubierto, sobre una mas ó menos elevada columna, expuestos á todas las intemperies, haciendo penitencia por sus pecados. Pero habria muy pocos de esos penitentes, replicó nuestro Conductor. En nuestros dias no sé yo que haya habido ni uno solo, le respondí; mas he leído en nuestros Anales, que no hubo pocos en otros tiempos. Segun eso, repuso entonces Dagal, nosotros os hacemos en eso muchas ventajas; porque actualmente nuestros Astrónomos, que los contamos á centenares, habitan siempre en aquellas Torres que veis alli, sin baxar nunca de ellas, ni levantar la mano de sus especulaciones, aunque los derrita el sol, los hiele la nieve, y las lluvias los aneguen. Pasamos mientras tanto mas adelante, y nos hallamos en la calle de los Naturalistas, Botánicos y Matemáticos, y en la última se descubrian de una y otra parte varias callejuelas, donde habitaban los Arítméticos, Algebristas y Geómetras. Desde aqui nos enderezamos al bar-

 rio

rio de los Historiadores, y al fin al de los Poetas: O! (dixo entonces el mozuelo Portugues) por lo que toca á estos últimos, será preciso, que á todos se les haya dispensado en la dura ley del celibato, porque siempre he oído decir, que el amor es el Maestro de los Poetas, y que los mas famosos entre ellos todos vivieron enamorados. Nosotros, respondió el Madagascarés, no lo entendemos asi: antesbien estamos muy persuadidos á que la Poesía se inventó para exercitarse en asuntos muy distintos, y muy distantes de las inepcias y locuras del amor. Acuérdome muy bien de haber oído á uno de vuestros Européos, hombre de seso, y que se conocia era muy sabio, que la Poesía misma se quexaba altamente, lo primero de que la hubiesen dado por Padre á un tal Homero, Griego de Nacion, cosa que hasta el mismo Homero no la podia sufrir, pues lloraba amargamente la ofensa que en esto hacian á su amada profesion, cuyo origen habia sido en el Cielo, inspirándola éste á un grande hombre que él nombró, pero yo ya no me acuerdo: solo sé, que segun él dixo, habia sido muchos siglos anterior á Homero, y que habia compuesto la Historia de la Creacion del Mundo, en la qual se leía la primera Poética composicion que jamás se habia visto, y era una Cancion que se compuso en accion de gracias al Cielo, por haberse enteramente sumergido no sé qué numeroso Exército en cierto caudaloso rio. Asi pues la

Poesía se quexaba lo segundo, de que habiendo sido su origen tan elevado, y su primer fin para celebrar y engrandecer las maravillas del Cielo, la hayan querido abatir hasta emplearla en las mayores baxezas, y en los delirios mas visibles del amor profano, como si no fuera mas digno y mas propio empleo suyo el celebrar las virtuosas y heroycas acciones de los hombres, en aplaudir sin adulacion las gloriosas y benéficas resoluciones de los Príncipes, los valerosos esfuerzos de nuestros Capitanes, fuera de la copiosa materia que la subministra toda ciencia y profesion liberal. Además de eso es un lisonjear ruin y villanamente la flaqueza humana; hacer servir la Poesía á fomentar la pasion mas perniciosa y mas afeminada, que ha inundado al Mundo de infinitos males. De todas estas preocupaciones nos libró la perspicáz prevision de nuestros antepasados, tanto, que oireis en nuestra Isla muchas Canciones que hacen solemne burla de las tretas amorosas, pero ni siquiera una que las encienda ó las fomente.

Concluida esta conversacion, dimos la vuelta para retirarnos á la Corte, ya que habíamos paseado todo el Quartel de los Literatos, el qual verdaderamente era mucho mas pequeño que los otros dos. Volviéndome entonces á Dagal, le dixe: Señor, paréceme que á esta especie de Universidad (que asi se puede llamar este Quartel) la faltan varias Facultades científicas, para que se la pudiese aplicar redondamen-

te tal nombre. ¿Quáles son? me preguntó el Intérprete. La Gramática (le respondí), que enseña á hablar y á escribir correctamente. La Retórica, que enseña á los hombres á explicarse con elegancia, y á persuadir con fuerza. La Lógica, que los enseña á discurrir con acierto, y á convencer con poderosas y sólidas ilaciones. La Jurisprudencia, que es la que distingue lo justo de lo injusto; y fuera de eso debe estar bastantemente instruida en las cosas humanas y divinas. La Medicina en fin, que descubre la causa de las enfermedades corporales, y prescribe los remedios para precaverlas ó curarlas. O! (repuso Dagal, dando una gran carcajada) los Profesores de esas Facultades están desterrados de nosotros, porque los consideramos por la mayor parte, quando menos como unos impostores, que engañan á la juventud, haciéndola perder tiempo, ó como unos hombres, que no teniendo otro modo de vivir, inocentemente se dexaron alucinar ellos mismos para alucinar despues á los demás, fundados en la excesiva credulidad, de que adolece la parte mayor, y la menos reflexîva del linage humano. ¿Qué necesidad hay de enseñar á los niños las reglas de hablar y escribir correctamente, siendo asi que de esto cuidan nuestras Madres, las quales enseñan á hablar á sus hijos, aun antes que tengan fuerzas para pronunciar, y despues los perficionan sus Padres en lo mismo, quando comienza en ellos á despuntar la razon? Nosotros

en

en esta Isla no aprendemos otra lengua que la materna y del País, la qual es tan correcta y tan elegante en boca del mas záfio Labrador, como en la del Cortesano mas presumido de discreto. Si alguno de nosotros por casualidad ó por gusto quiere aprender alguna lengua extrangera, como la he aprendido yo, no usamos de otros Maestros, que aquellos, ya sean Européos, ya de qualquiera otra parte del Mundo, que el accidente ó algun otro motivo hace arribar á nuestras Costas. Por lo que toca á los Retóricos, en Madagascar no tenemos necesidad de hablar con coloridos, ni con otros artificios, que solo sirven para embrollar, alterar, y confundir la substancia de las cosas. Todo el mundo debe hablar con sinceridad y con llaneza, sin adornos, ni figuras que representen lo negro como blanco, y hagan parecer amargo lo que es dulce. En orden á aquellos otros, que segun dices, enseñan á pensar con juicio, y á discurrir con acierto, nos parece, que para eso no hay mejor medio que el de emplear bien el tiempo que nosotros tenemos destinado para estudiar aquellas cosas morales, cuya noticia nos es mas necesaria, y despues las naturales. Estas con una buena Física, y con las otras ciencias Matemáticas, se aprenden con suma facilidad, sin el embrollo, ni la pesadéz de tantas sutilezas y distinciones que son superiores á nuestro entendimiento, y todo esto lo aprendemos en poco tiempo y con perfeccion en nuestra lengua

gua

gua materna. Finalmente me habló usted de los Médicos. A eso le diré, que en algun tiempo tambien los admitimos entre nosotros, y aun era una clase distinguida y estimada; pero habiéndonos enseñado la experiencia, que por lo comun no sabian curarnos de otros males, que de aquellos que sin su asistencia nos sabria curar la misma naturaleza, y que en los que son incurables sus remedios, solo servian para atormentar mas á los pobres enfermos, y aun en los curables no producian otro efecto que el de retardar su recobro, resolvimos desterrarlos á ellos, y á la otra chusma de Botánicos y Cirujanos, prohibiendo absolutamente el estudio de aquellas homicidas Facultades. Nuestras yerbas, de cuyas virtudes tienen perfecto conocimiento nuestros Boticarios, y aun casi todos nosotros, juntamente con una buena dieta, y con un arreglado modo de vivir, nos sanan mejor que ellos de todos nuestros males. Las heridas las curamos perfectamente en menos de diez dias, sin aplicar á ellas pegote alguno, ni alguno de aquellos emplastos embadurnados de diferentes bálsamos, ni mucho menos sin la aplicacion del hierro y del fuego, que tenemos entendido ser tan freqüentes en vuestros Países.

Me pareció que el Intérprete queria poner fin á su discurso, y por eso le sugerí que no se olvidáse de decir algo acerca de los Legistas ó Jurisconsultos. Confieso la verdad (me respondió) que en este punto me veo un poco em-

embarazado. No ya por lo que toca á la primera parte, es á saber, á la noticia que dice usted deben tener de las cosas humanas, que esa se adquiere con el estudio de aquellas ciencias, de que ya he hablado, ni mucho menos por la ciencia que deben tener de lo que es justo ó injusto, porque este punto le arreglamos nosotros por un solo simplicísimo principio, sugerido por la misma razon natural: esto es, no hacer, ni permitir que otros hagan cosa alguna, que sea contraria á la naturaleza, ú ofensiva á nuestro próximo, considerando por ofensa de este todo aquello que á nosotros nos ofenderia. Lo que me embrolla es aquello que añadiste, de que el Jurista *debe tener suficiente noticia de las cosas Divinas*. Nosotros hasta ahora no tenemos otro conocimiento de Dios, sino que es un Ser infinito, y Autor de todo lo criado, que nosotros somos todos criaturas suyas, y él es nuestro universal y continuo bienhechor. Por lo demás ignoramos, qué culto es el que le agrada, ni quáles sean los ritos de la verdadera Religion, como tambien qué preceptos nos impone, y cómo quiere ser obedecido y respetado. Aqui no tenemos Templos, ni Altares, ni Sacrificios, y solamente adoramos con el corazon al Supremo Ser, alabándole y bendiciéndole por las grandes y maravillosas obras de su mano omnipotente, que estamos viendo en todas las cosas criadas. Y si por fortuna nuestra fueseis vosotros los escogidos para instruir en es-

esto á esta nuestra Nacion, bien nos pudiéramos llamar los hombres mas felices de todos quantos viven sobre la faz de la tierra. Asi habló el prudente y sabio Madagascarés, edificándonos á todos nosotros, y á todos nos pareció que nos hallábamos con bastante instruccion, y con suficiente zelo para hacer tan grande bien á una Nacion dotada de una razon natural bastantemente despejada, y de unas virtudes Morales, que verdaderamente nos confundian á los que gozábamos las ventajosas luces del Evangelio, y los poderosos auxîlios de la divina gracia. Por tanto nos ofrecimos á hacer todo quanto nos fuese posible para instruir á aquellos Isleños en lo que no sabian; y quizá hubiéramos logrado ser los primeros que echasen los fundamentos de tan gloriosa y piadosa obra, á no haber sobrevenido un impensado accidente, que desbarató todas nuestras buenas intenciones. Tanta verdad es, que en este mundo no pocas veces se quisiera hacer el bien que no se puede; pero muchas mas no se quiere practicar el que se pudiera hacer.

CAPITULO IX.

Vénse precisados á salir á la Guerra el jóven Siciliano y sus compañeros. Curiosos lances de Don Bíbulo durante la Campaña. Disposiciones del General de los Madagascareses: Sucedele el Siciliano en el mando de las tropas. Consigue una ilustre victoria, y vuelve glorioso á la Corte, de cuyo favor procuraron sus compañeros desbancarle.

Habíamos sido todos convidados á comer con el Rey para el dia siguiente, y quando estábamos á la mesa llegó un Correo con la siniestra noticia, de que las Provincias Meridionales, juntando un numeroso Exército habian penetrado en los dominios de su Magestad, desolándolo todo sin perdonar á hombres, ni á ganado. Añadíase á esto, que el General de la Isla, sobre hallarse con poca gente, debia hacer muchas marchas antes de ver la cara al enemigo, y que llegaría muy tarde para salirle al encuentro, y detener sus rápidas debastaciones, si hubiera de esperar los refuerzos de las Tropas, que estaban divididas en Quarteles muy distantes. Así que la comida se convirtió en un consejo de Guerra, donde se resolvió hacer partir con toda solicitud y á marchas forzadas hácia el Exercito el mayor número de Soldados que se pudiese reclutar; y que todos nosotros partiese-

mos tambien con él, esperándose grandes hazañas de nuestro valor. Y veisnos aquí pasar de repente del ocio y diversiones de la Corte, á las fatigas y peligros de la Guerra. En pocos dias llegamos al Exército, que se habia de juntar á las márgenes de un rio llamado *Napabás*, esto es, *agua dulce*, y hallamos que consistia entónces en doce á catorce mil hombres, pero poco tiempo despues subió hasta veinte mil. Estaba dividido en seis, que nosotros llamaríamos Brigadas ó Regimientos, los quales se distinguian por el color diferente de los uniformes. El General, que era un buen viejo, dedicado al vino con algun exceso, se alegró mucho de nuestra venida, pensando ya en cargarnos á nosotros con muchas de aquellas fatigosas funciones que le tocaban á él, y no podia, ó no queria ya hacer. Quando llegó á entender que mis compañeros me habian elegido como por cabeza suya, me hizo mil distinciones y finezas; y conociendo despues por nuestras conversaciones privadas que yo tenia alguna tintura de la disciplina Militar, me declaró su Ayudante mayor, ó por mejor decir, su Lugar Teniente. De manera, que mientras él se estaba despachando sendos vasos de vino en su Barraca (que por la decencia llamarémos *Tienda*) yo estaba todo el dia enseñando el exercicio, y atendiendo como un Azacan á todas las ocurrencias de la Tropa. Mientras tanto estaba impacientísimo porque se me ofreciese alguna bella accion en

que

que hacerme famoso, y pedí licencia al General para salir con dos ó tres Compañías á tomar lengua de los enemigos, los quales se habian avanzado hasta cinco ó seis leguas de nuestro Campo, despues de haver puesto fuego á muchas Ciudades, y á muchísimas Aldeas. Al principio tuvo alguna dificultad el General en concedérmela; pero al cabo me lo permitió, aunque con la condicion de que habia de restituirme al Campo dentro de dos, ó á lo mas dentro de tres dias. Mandó que me acompañasen algunos hombres prácticos del Pais, y quisieron tambien venir conmigo algunos de mis compañeros para darse á conocer. Pero nuestro D. Bíbulo, que en otro tiempo deseaba ser Soldado para comer y beber á su modo, viéndose ahora en el próxîmo peligro de tomar las armas, aunque por reputacion se habia conformado con el espíritu de los otros, caminaba pensativo, taciturno y melancólico, temblando de miedo al mas leve movimiento de una hoja, y casi fuera de sí unas veces aceleraba mucho el paso, y otras se paraba en ademan de quien queria volver atras. Conoci luego lo poco que se podia esperar de un hombre de tan poco espíritu, y que antes nos serviría de estorvo que de ayuda en las ocasiones, y así determiné desembarazarme de él, y enviarle á la Corte con el primer motivo que se me ofreciese. Tardó poco en ofrecerse, porque habiendo encontrado una pequeña partida de enemigos, que era sola de vein-

te

te hombres, los acometímos, y haciendolos á todos prisioneros, los despaché al Campo con una buena escolta, cuyo mando encargué á D. Bíbulo. El dia siguiente combatimos con otro destacamento mas crecido, que llevaba á su Campo gran número de ganado que habíamos recogido para la subsistencia del nuestro. Luego que le descubrí le hice atacar, procurando que en el ataque se observase el mayor órden, y depues de haberle desbaratado, recobrando todo el botin que llevaba, y haciendo cien prisioneros, di la vuelta para restituirme al Exército. Quando llegué como á la mitad del camino, marchando un poco mas adelante del Cuerpo que iba mandando, muy alegre por lo bien que me habia salido mi pequeña expedicion, me hallé con D. Bíbulo, que estaba sentado á la puerta de una Venta tratando familiarmente con una gran botella de vino. ¿Que hace usted ahí D. Bíbulo? le pregunté, y ¿donde estan los prisioneros que le ordené conduxese al General? A estos, me respondió, los envié al Campo con la Escolta, y yo deseoso de tener parte en vuestra gloria, me quedé aquí para descansar un poco despues de tantas fatigas, y volver solícitamente á incorporarme con vuestro destacamento, luego que hubiese probado los preciosos licores que por mi buena fortuna encontré en esta hermita de Baco. Alto, pues, D. Bíbulo, le dixe: vamos marchando, que este no es sitio muy seguro, y no faltarán ocasiones en que

que emplear mejor vuestro valor. Pues qué? me replicó él: ¿quereis abandonar á la discrecion del enemigo un puesto tan importante como este? Paréceme que no será del servicio de su Magestad dexar en poder de los enemigos tantas buenas provisiones como hay aquí, y todas admirables para inspirar valor, fuerza y denuedo á sus Soldados. Dexadme aquí os ruego, que yo solo me ofrezco á defender el puesto aunque sea contra cien Orlandos, y diciendo esto volvió á empinar la botella, que no apartó de los labios hasta que la dexó sin una sola gota. Púsose entónces en pie, y queriendo dar dos ó tres pasos, como el vino le habia embargado todas las fuerzas, trémulos los pies, y titubeando la cabeza, cayó de bruces en el suelo sin poderse levantar, de manera que un Madagascares hubo de cargar con él echándosele acuestas sobre las espaldas, para que pudiese venir con nosotros. Todos perecian de risa al mismo tiempo, que yo me estaba interiormente consumiendo al ver el poco honor que aquel hombre hacia á nuestra Nacion Européa. Todavía fué un poco mas cómica la scena qee pasó no mucho despues entre D. Bíbulo y el Madagascares; porque el movimiento del que le llevaba á cuestas provocó el vómito á D. Bíbulo, y este descargó sobre la cabeza, cara y pecho de su conductor, todas las heces del vino que tenia en el estómago, de modo, que lleno de rabia el Isleño al verse de aquella manera, le de-

dexó caer en el suelo, y comenzó á darle puñadas y cachetes, á lo que correspondió D. Bíbulo como pudo, arañándole bien la cara; espectáculo que llamó hácia sí á todos los Soldados, los quales se despedazaban de risa. Llegué entónces yo, y separé aquel ridículo combate, bien resuelto desde aquel dia á dexar al tal compañero mio en un lugar donde aprendiese la templanza y moderacion que se usaba en la Corte, ya que le hacian tanto daño, y producian en él tan mal efecto los licores de aquel Pais. Despachóse al Rey un Correo con la alegre noticia de los ventajosos sucesos de nuestras armas, y habiéndola recibido su Magestad con grande gusto, mostró su Real gratitud á mis servicios, despachándome la Patente de General, con futura sucesion al mando de sus Exércitos.

De esta manera me ví de repente en Madagascar un hombre que nunca podia ser en Europa; y viéndome honrado y celebrado de todos, comencé yo mismo á estimarme un poco mas, no sin alguna vanidad de mi repentina fortuna. Pero ya se habia completado nuestro Exército con todo el número de gente que habia de tener, y el Exército enemigo estaba poco distante del nuestro, de manera que parecia inevitable una accion general y decisiva. Habia tenido yo la curiosidad, mientras iba recorriendo nuestro Campo, de observar todos los exercicios Militares que diariamente se hacian, y notar

tar al mismo tiempo quáles eran los Cuerpos de nuestro Exército mas valerosos, y mejor disciplinados. De todo habia hecho mis apuntaciones, reservándome el aprovecharme en tiempo oportuno de aquella importante observacion. Una mañana fuimos avisados por los Corredores, que el enemigo se venia avanzando hácia nosotros con resolucion de presentarnos la batalla. Inmediatamente me subí á una colina, desde donde observé el número, y la formacion del Exército enemigo. Reconocí que podía ser superior al nuestro por lo menos en un tercio, y que su idea era encerrarnos, atacándonos por todas partes. Hice entónces salir de sus respectivos puestos á nuestra Tropa: dispusela toda en una frente muy extendida, formándola en tres líneas, compuesta la primera de la gente mas visoña, mas débil, y menos disciplinada, para que desbrubase, y se emplease en ella el primer ímpetu del enemigo, que sabia era siempre ferocísimo, y fuese despues recibido de la segunda y tercera fila (donde habia colocado la gente mas disciplinada, mas valerosa, y mas aguerrida) con las fuerzas enteras y frescas, asegurando de esta manera una completa victoria. El suceso correspondió perfectamente á lo que yo me habia prometido. El General habia nombrado á D. Bíbulo por uno de sus Ayudantes Subalternos, lo que este admitió con tanto mayor gusto, porque habia observado que el General no era menos devoto del vino que él. Con efec-

to,

to aquellos dos hombres estaban muy ocupados en desocupar un gran frasco de vino, al mismo tiempo que se tocó á dar principio á la batalla, y no se movieron de su puesto hasta que no quedó en el frasco ni una sola gota. Con eso entré yo á exercer todo lo que tocaba al primer General, mandando los avances, las embestidas, las conversiones, las desfiladas, y todas las demas evoluciones, que son tan necesarias en las acciones de la Guerra. Aunque nuestra primera fila quedó enteramente desbaratada, habiendo yo mandado á la segunda que entrase á ocupar prontamente el lugar de la primera, contuvo el ímpetu de los enemigos, que ya creían tener en la mano la victoria, y haciendo desfilar sobre la izquierda un Cuerpo de reserva que yo mismo conducía, los acometí por el costado, mandando á los Portugueses que al mismo tiempo disparasen los fusíles que tenian consigo, hasta apurar la poca provision de pólvora con que se hallaban, que apenas podia llegar para tres descargas. El nunca oido, ni esperado estruendo de los tiros, desordenó de tal manera á toda aquella ala, que derrotada del todo, traxo consigo la rota universal de aquel numeroso Exército. Fué indecible la mortandad que se hizo en él. Todo el Campo quedó sembrado de cadáveres: tomóse la Bandera Real, y el mismo Rey cayó en nuestras manos, habiendo tenido yo mismo el honor de hacerle prisionero. Pero mientras estaba gozando el fruto

de

de mi acertada direccion, hé aquí que me vienen á decir, que el General y D. Bibulo (los quales despues de agotado el frasco se habian metido atolondradamente en la funcion) habian sido atropellados por los enemigos, y que estaban tendidos medio muertos en el Campo de batalla. Dí órden para que prontamente los recogiesen, y los llevasen á sus respectivas Barracas, donde, visitadas sus heridas, se hallaron peligrosísimas. Escribí inmediatamente al Rey el feliz suceso de aquella gloriosa jornada, y aunque en la realidad habia sido yo el principal instrumento de ella, con todo eso acordándome de lo que pedia la modestia, alabé mucho la conducta del General, atribuyendo á su gran valor, y al inmenso zelo que tenia de la gloria de su Magestad, lo que solo habia sido efecto de su embriaguez y de su temeridad. Tambien tocó á D. Bibulo su poco de alabanza, pero fué mas verdadera la que dí á los Portugueses, cuyo oportuno disparo llenó de terror á los enemigos, y fué el principio de su rota, y de nuestra completísima victoria. No obstante el Rey, á quien sus mismos Madagascareses habian informado con sinceridad de todos los hechos, se declaró públicamente obligado á mí solo, y me dió el mas auténtico testimonio de su gratitud con una benignísima carta, toda de su Real puño. Mientras tanto, yo por entónces solo pensé en aprovecharme de la victoria, acordándome de haber leido muchas veces, que esto es

lo primero que deben hacer todos los buenos Generales.

Por tanto, despues de haber concedido á la Tropa el reposo que me pareció conveniente; y mandado que el Monarca prisionero, con otros muchísimos Señores Vasallos suyos fuesen conducidos á la Corte con una numerosa y escogida Escolta, hice marchar el Exército hácia los confines del Reyno enemigo, ordenando al mismo tiempo que el General y D. Bibulo fuesen llevados á una de nuestras Plazas, para que allí los curasen sus heridas; pero poco despues me aseguraron, que se desesperaba, de que el primero pudiese recobrar el uso de sus piernas, rotas ambas á dos, y el segundo el de su vista. De esta manera me consideré asegurado en el mando del Exército, y libre del disgusto, y aun rubor que me causaba la intemperancia de nuestro Portugues. A pocas marchas que hicimos llegamos á los desfiladeros ó gargantas que separan el Madagascar Septentrional del Meridional. Ordené que nuestra gente desfilase en diferentes divisiones por varias de aquellas gargantas, señalando en las llanuras del Pais enemigo el punto de union donde habian de juntarse, y de repente se hallaron aquellos Pueblos como inundados de un triunfante y poderoso Exército, que los llenó de espanto y de terror. Desamparábanlos sus habitadores, huyendo delante de nosotros, y abandonándonos sus casas y sus haciendas, con todo quanto tenian. Las

Pla-

Plazas, los Castillos, y las Ciudades nos abrian sus puertas, y todas á competencia querian ser las primeras en rendirse á nuestras armas, de modo, que en poco mas de quince dias me ví dentro de la misma Corte del enemigo, llamada en su lengua Palabatar. Inmediatamente tomé posesion de todo en nombre de mi Rey. Apoderéme del Palacio Real, donde encontré la muger y hermanas del Soberano, á quienes traté con aquel mismo respeto y atencion que habia usado Alexandro con la Reyna de Persia, y demas Princesas de la Real Sangre de Dario. Dí el Gobierno de aquella Metrópoli á mi Intérprete Dagal, y envié varios destacamentos á todas las Provincias del Reyno, de manera, que en el espacio de un mes le habia ya sujetado todo, y sin perder tiempo dí parte de todo al Rey, escribiéndole, que ya podia gozar por largo tiempo de una tranquilísima paz, pues no tenia su Magestad enemigos que pudiesen alterarla. Despues de esto, y arregladas todas las demas cosas, me dispuse para dar la vuelta á la Corte, y recibir en ella los aplausos, que consideraba muy debidos al constante curso de tan grandes y tan gloriosas victorias. Es verdad que yo hacia todo lo posible para tener humillada y abatida la vanagloria, acordándome de la inconstancia de las cosas humanas, de que me habia dado tantas lecciones en el discurso de mi vida mi propia experiencia. Con este desengaño solo pensaba quánta seria mi dicha, si mereciera á

Dios

Dios la particularísima gracia de que por mi medio le conociera aquella Nacion, se reduxera á la Fé, y abrazára la Religion verdadera. Esta seria sin duda la mayor y mas gloriosa de todas mis acciones. Consideraba, què quizá habria dispuesto la Divina providencia aquella prodigiosa elevacion de mi fortuna en tan breve tiempo, para que aprovechándome de mi autoridad, y de la buena opinion en que me tenian aquellos Isleños, la emplease toda en promover tan santo fin; porque quién sabe, si habiendo logrado librarlos del temor de sus enemigos políticos y visibles, no logre con igual facilidad, mediante la asistencia del Cielo, arrancarlos tambien de las garras de los enemigos diabólicos é infernales.

Lleno de éstos alegres y Christianos pensamientos entré en Tarapasar, donde fuí recibido con los mas distinguidos honores, entre los aplausos, las aclamaciones, los vivas, y las bendiciones de todas las clases y órdenes, preconizado por los Soldados, venerado de toda la Corte, y admitido á la mas estrecha, y mas universal Privanza del Soberano. Parecióme mi fortuna muy semejante á la del famoso Joseph, que en un momento pasó desde el Calabozo poco menos que al Solio; pues por un Decreto emanado del mismo Trono, fué reconocido en todo Egypto por la segunda persona despues del propio Monarca. Viéndome en esta elevacion, comencé á hacer del hombre de importancia,

trá-

tratando á todos con seriedad, pero al mismo tiempo con afabilidad, y con modestia. Entónces conocí quanto enseñan los empleos á los hombres, y que se hacen hábiles para manejar aun los mas árduos negocios, quando son colocados en puestos que los den á conocer, ofreciéndoles materia para descubrir sus talentos. Oh! ¡y quántos grandes ingenios estan sepultados, porque la fortuna no los puso en parage donde pudiesen brillar! ¡Y quántos por el contrario hacen una gran figura en el mundo, bien que dotados con escasez de un espíritu algo menos que mediano! Mientras tanto, yo tenia franca la entrada á todos los quartos de Palacio siempre que queria. Nada se hacia, ni se deliberaba sin que primero se consultáse conmigo. De manera, que hallándome ya árbitro del Reyno, le gobernaba como mejor me parecia. Todos los empleos se daban por mi mano sin que ninguno se quejáse, y sin que la envidia, cuya ojeriza contra los favorecidos y Privados es ya tan antigua, se atreviese á tentar ni aun levemente el ánimo de los Nacionales para maquinar mi caída.

Pero la, que no pudó encontrar lugar en la rectitud, y sinceridad de aquella admirable gente, echó profundísimas raíces en el corazon de mis propios compañeros. No podian llevar en paciencia, que siendo yo igual á ellos en el nacimiento, y menor en edad á la mayor parte, fuese tan superior á todos en la estimacion y

en

en la autoridad, sin otro mérito que el de la fortuna, segun ellos decian. Por otra parte llevaban muy á mal, que en vez de conferirles á ellos los Gobiernos de las Ciudades y Provincias conquistadas, hubiese preferido y echado mano de los Nacionales, no queriendo conocer, que en esto me habia gobernado yo por una razon igualmente política que prudente, qual era la de dar á aquellos Pueblos unos Gobernadores, que bien instruidos en su lengua, genios y costumbres, los supiesen ganar por el amor: fuera de que, ocupando ya todos los Portugueses puestos no menos honoríficos que lucrosos en la Milicia, parecia que debian contentarse con eso por ahora, sin aspirar á mas. Hallándose pues tan mal satisfechos de mí, estaban acechando ansiosamente la primera ocasion de derribarme, al mismo que en lo exterior me hacian grande corte, con demostraciones de singulares finezas. Pero como todas mis operaciones eran francas, rectas y sinceras, no tenian de donde agarrar para acusarme por alguna de ellas, y así resolvieron echar mano de la calumnia, que es el único camino para oprimir la inocencia. Parecióles (y en esto no se engañaban) que quanto aquella fuese mas grave y mas atroz, menos tiempo se gastaria en inquirir la ficcion, y averiguar la verdad, por atender quanto antes al remedio. Para forjar la que habian determinado imputarme, les sirvió grandemente la casualidad de estar alojado en mi casa (con licencia

de

de nuestro Soberano) el Rey que habia sido hecho prisionero, la magnificencia con que yo le trataba, y las conversaciones que necesariamente habia de tener con aquel Soberano huésped mio. Valiéronse de todo esto para acusarme de alta traycion, como que no solamente solicitaba yo la libertad de aquel Monarca, y restituirle al gobierno de sus Estados, sino que maquinaba la muerte de mi propio Soberano. Dió algun color á una calumnia tan atroz lo que sucedió en un Consejo de Estado que se habia tenido algunos dias antes. Propúsose en él, ¿qué era lo que se habia de hacer con aquel Principe, y con su Real Familia? y yo esforcé vigorosamente el voto de aquellos que eran de parecer se le pusiese en su entera libertad, y se le restituyesen sus Estados, pero con la única condicion de que se reconociese feudatario de su vencedor, y en muestra de este reconocimiento le pagase anualmente un moderado tributo. Dixe á este propósito, que ademas de la gran gloria que adquiriria en el Mundo á nuestro Soberano una accion de tanta magnanimidad, haciendo ver, que no habia empuñado las armas contra su enemigo por una ambiciosa y vil hambre de usurpar los Estados agenos, sino precisamente por la necesidad de defender, y de asegurar los propios; ademas de eso, vuelvo á decir, esta magnánima accion indirectamente produciría un grandísimo bien en sus Reales dominios; porque si el Rey se quisiese quedar con

los

los conquistados, seria dueño de toda la Isla, y en ese caso sus Vasallos, no teniendo ya enemigos que temer, ni Tropas que combatir, una de dos, ó se envilecerian en el ccio, ó sembrando discordias entre sí mismos, excitarian guerras civiles que asolarian el Reyno. Mis razones, confirmadas con los exemplos que produxe de varias Naciones, que habiendo llegado al supremo ápice de la humana felicidad, sujetando los Reynos circunvecinos, ellas mismas se arruinaron á sí propias, fueron las que finalmente restituyeron en su Reyno al vencido Monarca del Madagascar Meridional, y como supo este Príncipe que yo habia tenido gran parte en aquella no esperada restitucion, me honraba infinitamente. Esto fué mi precipicio. Porque los Portugueses conjurados contra mí, habiendo logrado en cierto dia una audiencia secreta del Rey, de repente se arrojó á sus pies el mas viejo, y mas ladino de todos, y hablando á nombre de ellos, Señor (le dixo) grandes cosas teníamos que descubrir á V. M. sino temiéramos que se le habian de hacer increibles. Pero menos malo es exponernos nosotros á sufrir la nota de calumniadores, que dexar arriesgada la preciosa vida de V. M. á la exêcrable alevosía de un traydor que está tramando quitársela dentro de muy pocos dias. Al oir semejante proposicion, quedó el Rey horrorizado y atónito: sin embargo, atropellándose unas á otras las sospechas en su fantasía, habla

ami-

amigo (le dixo) y no me ocultes la mas mínima circunstancia de todo lo que supieres. Entonces el traydor le expuso toda la série de la forjada calúmnia, asegurando que él mismo habia sido testigo de varios discursos que me habia oído, y que indicaban claramente el ánimo en que yo estaba de privar al Rey del Reyno y de la vida.

CAPITULO X.

Diligencias del Rey de Madagascar para averiguar la verdad de la acusacion de los Portugueses. Descubre la inocencia del Joven Siciliano. Consejos que éste da al Rey: pídele licencia para volverse á Europa; y sucesos de su viage, en que le acompañó el Intérprete Dagal.

Qualquiera otro Príncipe menos prudente, y no tan detenido como aquel Monarca, hubiera ciertamente precipitado sus resoluciones en una materia tan delicada, y que á él le interesaba tanto. Quando se trata de la Corona, y de la vida de un Soberano, hasta las sombras son delitos, y muchas veces basta solamente la acusacion para hacer el proceso, y pronunciar la sentencia contra los acusados. Pero el Príncipe de quien voy hablando, procedió de muy diferente manera. Lo primero que hizo fue mandar prender á todos los demás Portugueses, de-

xándome á mí solo en libertad, y dispensándome cada dia mas honras y mas favores. A ninguno absolutamente confió, ni dió la menor señal del verdadero motivo que le habia obligado á hacer aquella demostracion con los estrangeros: solo se dexó caer alguna vez, que queria castigarlos con una ligera prision por cierto error que habian cometido contra los usos y buenas costumbres del Reyno. Prohibió no obstante, que ninguno hablase con ellos; y despues se dedicó con el mayor desvelo y atencion á indagar y exâminar, pero secretísimamente, todos mis pasos, acciones y discursos. Aun no habia partido para su Corte el Rey prisionero, y se mantenia como tal hospedado dentro de mi casa. Tuvo modo de introducirse desconocidamente en ella el Monarca Septentrional, y de oir sin ser visto varias conversaciones que tuvimos aquel Soberano y yo, sin descubrir en ellas el mas mínimo indicio, que pudiese dar motivo á la mas remota sospecha. Llamóme un dia á su Gabinete, y me dixo: Amigo, gracias al Cielo, me veo libre del mayor y mas molesto cuidado, que en toda mi vida ha turbado y tenido inquieto mi corazón. Tus mismos compañeros te acusaron á mí de que maquinabas contra mi Corona y contra mi vida; pero yo mismo he descubierto tu inocencia, y he palpado, que todo ha sido una feísima y negrísima calumnia; por lo que he resuelto ponerlos todos en tus manos, para que á tu satisfaccion te vengues en

ellos,

ellos, condenándolos al castigo que corresponde á mi justicia, y es tan debido á tu justa indignacion. Me descubrió entonces toda la trama de la diabólica calumnia, añadiendo los medios de que se habia valido para averiguar mi inocencia. Me horroricé al oir tan no esperado discurso, y echándome á los pies del Rey: Señor (le dixe) no me duele tanto el que se me hayan imputado tan atroces, y tan exêcrables delitos, quanto el poco ventajoso concepto que naturalmente formará V. M. de un País como el nuestro, que produce hombres capaces de tan horrendas traiciones, haciéndose agentes solícitos de mi ruina aquellos mismos que debieran celebrar y promover mis aumentos: señal cierta, de que entre nosotros las leyes de la santa y verdadera amistad no solo están desatendidas, sino que no pocas veces se ven bárbaramente atropelladas. Pero mas que todo me duele la ceguedad de unos hombres, que fundaron principalmente su acusacion en un consejo que dí á V. M., dirigido únicamente á la mayor gloria y celebridad de su soberano nombre, enlazada con la mayor tranquilidad y mayor bien de sus felicísimos Vasallos. Pero en medio de la grande abominacion con que debo mirar á semejantes personas, suplico á V. M. se digne dispensarme en el precepto de que tome á mi cargo su castigo, pues siendo V. M. el mas ofendido en la persona de este su humildísimo esclavo, y á ninguno otro corresponde mas inme-
dia-

diatamente la autoridad y la obligacion de castigarlos. Conózcolo asi, respondió el Rey, y eso es lo que yo debia hacer con todo rigor; pero no quisiera abrir desgraciadamente los ojos á mis Vasallos. Estos hasta aqui han ignorado felizmente aun el nombre de traicion y de calumnia: y quién sabe, si á fuerza de indagar la naturaleza de un delito que mereció un castigo, que necesariamente habia de ser extraordinario, no llegasen finalmente á formar alguna idea de tan enorme maldad. Hízome fuerza el prudentísimo reparo del Rey, y asi le representé, que el mayor, el mas sensible, y menos peligroso castigo para aquellos infelices, seria tenerlos desviados de la Corte, y separados entre sí, desterrándolos á diferentes lugares todos distantes de aquella: de manera, que viviendo cada uno solo, y entregado á sus propios pensamientos, encontraria dentro de su corazon y de su conciencia aquel tormento cruel que se llama gusano roedor, inseparable compañero de todos los malhechores. Agradó mucho al Rey este consejo mio, y los siete Portugueses (porque Don Bíbulo no habia entrado en la conspiracion) fueron desterrados á diferentes Aldeas, distantes todos de la Capital, donde nunca he sabido el fin que tuvierón.

Libre ya de los insidiosos lazos que me habian armado mis propios amigos y nacionales, proseguí viviendo con el mismo esplendor, pero insinuando poco á poco y con destreza en

el

el ánimo del Rey las máximas de la verdadera Religion, como tambien en el de sus Cortesanos. Y ya, tanto aquel, como muchos de estos, suspiraban ansiosos por el agua del Bautismo; pero faltaban Sacerdotes y Ministros, que tuviesen el zelo y la doctrina que era menester para enseñarlos lo que en los adultos era necesario saber antes de recibirle. Para ocurrir á tan grave necesidad, supliqué un dia al Rey, me permitiese hacer un viage á Europa, prometiendo dar la vuelta en el breve curso de dos años, acompañado de Religiosos, llenos de virtud, de zelo y sabiduria, que enteramente iluminasen á todos sus Vasallos con la luz de las verdades Evangélicas. Le aseguré que lo haria, sin descubrir á ningun viviente las ventajas y fecundidad de su Reyno, por no despertar la codiciosa ambicion de alguno, á quien se le antojáse enviar esquadras y gente para apoderarse de él; y que antes por el contrario, si alguna vez se habláse de aquella Isla, y me obligáse la buena crianza á contextar semejante conversacion, muy de propósito hablaria de ella con el mayor desprecio, pintándola pobre, miserable, estéril é infecunda, como lo es en una gran parte; para que todos se confirmasen en la falsa idea, que todavía tienen de ella. Pero si la pintas asi (me replicó agudamente el Rey) ¿cómo quieres persuadir á esos tus Sacerdotes, que vengan á vivir en un País tan miserable? Antes bien todos se guardarán de querer emprender un

viage tan largo, para no encontrarse al fin de él sino con hambre, trabajos, incomodidades y miserias. Señor (le respondí) es verdad que no faltan entre nosotros algunos Religiosos amantes de la vida ociosa, acomodada, y regalona, los quales, si se arriesgan alguna vez á ir á tierras distantes para exercitarse en la predicacion, lo hacen, ó ya por la ambicion de adquirir fama, y dignidades, ó movidos únicamente de la codicia y del interés. Pero hay otros (y en número mucho mayor) que despreciando todo esto, y sin otro impulso que el de puro zelo por la salvacion de las almas, y mayor gloria de Dios, desprecian los tormentos y la muerte, exponiéndose al martirio por dilatar y propagar la Religion. Yo procuraré que sean de estos los que me quieran acompañar, bien seguro de que no solo no se negarán, sino que tendré el disgusto de no poder admitir y consolar á todos los que se declararán pretendientes de esta especie de trabajos; y no estoy menos seguro de que V. M. quedará tan pagado de ellos, como se digna manifestar que lo está de mi persona. No sin hacerse gran violencia me permitió el Rey que partiese, dándome por compañero á mi buen Intérprete Dagal; porque sabia muy bien los grandísimos deseos que tenia aquel buen hombre de ver la Europa.

Partimos pues de Madagascar despues de tres años de mi llegada, y de mi mansion en la Isla; y habiendo desembocado por los des-

filaderos de los Montes en las orillas del mar, que están enfrente de las Costas de Africa, nos anduvimos paseando por aquellos Lugarcillos marítimos, hasta que encontramos un Portezuelo defendido de un Fortin medio desmoronado, donde tal vez se veían precisados á dar fondo algunos Navichuelos Européos. Dagal se habia vestido como nosotros, de manéra que todos le tenian por Español; y mas oyéndole hablar perfectamente aquella lengua. Mas de veinte dias estuvimos esperando á que pareciese algun Navío, manteniéndonos como podiamos con lo que nos socorrian los vecinos de aquel Puertecillo, que todos eran Portugueses, á quien dimos á entender, que un Navío Español por mera inadvertencia nos habia dexado en tierra en un Puerto muy distante de aquel parage, y que suspirábamos por alguna embarcacion que nos restituyese á nuestra amada Patria. Una mañana finalmente descubrimos á lo lejos un Navío, cuya bandera conocí desde luego que era Inglesa. Pero como vimos que iba pasando adelante, siguiendo su viage, hicimos señal desde una eminencia con un pañuelo blanco: entendió luego el Capitan Inglés lo que significaba, y despachó su Esquife á que nos recogiese. Luego que entramos en el Navío, di á entender al Capitan lo mismo que habíamos dicho á los del Fortin, y los del Puerto: creyólo facilmente, nos señaló á cada uno nuestro camarote, y dió orden, que el Navío prosiguiese su rumbo hácia

el Cabo de Buena Esperanza. Dágal, aunque nada acostumbrado al Mar, sufria con fortaleza las incomodidades de la navegacion, ocupado enteramente en el vivísimo deseo de ver con sus propios ojos aquella parte del Mundo, generalmente reputada por la mas culta, y mas noble de todas. En fin tomamos tierra en Lisboa el dia 15. de Setiembre de 1725. Llevaba yo un poco de dinero, no solo de lo que habia reservado en el tiempo de mi permanencia en Madagascar, sino del que pertenecia á los peculios de los Portugueses, seqüestrados de orden del Rey, y cedidos por su Magestad á mí para gastos del viage. Con este auxîlio determiné pasar á Sicilia, para darme á conocer por lo que era, tomar posesion de los bienes de mi Padre y de mi Tio, y proveerme de lo necesario para conducir á mi costa á Madagascar una numerosa Mision de zelosos, sabios y virtuosos Misioneros. Pero mientras se ofrecia ocasion oportuna de embarco para Italia, llevé conmigo á Dagal, para que viese lo mas raro y mas precioso de aquella gran Corte Portuguesa, y magnífica Capital de toda la Lusitania. No acababa de maravillarse el buen Intérprete de la grandísima estimacion que alli se hacia del oro. Mirando y remirando la brillante Corte del Rey, freqüentada de prodigioso número de Grandes, Fidalgos, Caballeros y Ministros, cubiertos todos de plata y oro, de diamantes y piedras preciosísimas, se le vino á la memoria el lance de

Don Bíbulo con el Tabernero de Tarapasar, y dixo, que ya no estrañaba la cólera de aquel Portugués, y conoció entonces la mucha razon que habia tenido para irritarse con el pobre Isleño, puesto que habia nacido en un País, donde aquel metal lograba tan grande estimacion. Y quando vió despues el portentoso comercio con todas las Naciones que se hacia en aquella mercantil y populosísima Ciudad, quedó como aturdido y verdaderamente pasmado, confesando, que los Européos eran hombres de singular industria, y de imponderable ingenio. Con todo eso (añadia) á mí me gusta mas nuestra modestia y nuestra simplicidad, porque observo, que todos, ó á lo menos la mayor parte de los géneros que forman este comercio, solo sirven para fomentar el luxo, la ostentacion y la superfluidad. Le llevé tambien á las Iglesias á que viese los Divinos Oficios, y oyese algunos fervorosos Sermones, en los quales se predicaba verdaderamente la palabra de Dios. Y oyendo á los sagrados Oradores declamar continuamente contra la gula, la lascivia, la codicia, y todos los demás vicios, observando al mismo tiempo, que eran tan freqüentes la glotonería, la intemperancia, los públicos amancebamientos, &c., no podia darse paz, porque no acertaba á componer, cómo siendo tantos, tan útiles, y tan santos los preceptos y las reglas, eran tan desbaratadas, y tan escandalosas las costumbres. Gran maldad! (solia exclamar muchas ve-

ces) la de atropellar con tanto descaro los Divinos Mandamientos ! Y volviéndose á mí me decia : haz que vuestra Ley se publique en mi País , y yo te aseguro que será en él mas respetada , y mas fielmente obedecida que en el vuestro.

Mientras tanto , habiendo llegado á Lisboa un Navío que se hacia á la vela para el Mediterráneo , me ajusté con el Capitan para que nos recibiese á los dos , y habiéndonos embarcado , logrando próspero viento , pasamos el Estrecho de Gibraltar , entramos en las aguas de las Islas Baleares , nos engolfamos en alta mar, y dirigimos la proa hácia Liorna. Entrando despues en la altura de Cerdeña , y dexando atrás aquellas aguas , arribamos felizmente la víspera de Navidad á dicho Puerto , dando mil gracias á Dios por tan pronto , como afortunado viage. No nos detuvimos en Liorna mas que dos dias; desde alli pasamos á Florencia , y despues á Roma. Esta , dixe á Dagal , es la primera Ciudad de todo el Universo , antiguamente Capital del Imperio Romano , y hoy la Metrópoli de la Religion Católica. Aqui tiene su Silla y su Corte el Vicario de nuestro Dios ; aqui reposan los huesos de inumerables Santos de nuestra Religion , y de aqui salen para todas las partes del Mundo los Propagadores del Evangelio. Mientras estaba diciendo al Intérprete todo esto , observé que él lo oía con silenciosa admiracion ; y al ver tantos suntuosos edificios , tantos magnífi-

ficos Templos, y tantos venerables antiguos monumentos, asi sagrados, como profanos, no cesaba de darme millones de gracias, por haberle conducido á un inmenso Pueblo, donde todo respiraba grandeza, decoro, magestad, y un gusto el mas exquisito.

CAPITULO XI.

Dexa el Siciliano á su Intérprete en Roma, y él parte á Palermo. Encuentra en ella impensadamente á Isidoro, y éste le hace la alegrísima sorpresa de presentarle viva á su querida Esposa Irene.

La primera cosa que hice luego que descansamos algunos pocos dias, fue conducirle á una Comunidad Religiosa de exemplarísima observancia; y presentarle al Superior, suplicándole que le catequizáse, instruyéndole en los principales, y mas necesarios dogmas de nuestra santa Fe. Le declaré quién era, de dónde, cómo y á qué venia, añadiendo, que estas eran las primicias que se consagraban á Dios de una Nacion sepultada hasta ahora en la fatal ignorancia de su santa Ley. No puedo explicar el grandísimo consuelo de aquel buen Padre y santo Religioso, al oir el inestimable presente con que yo le regalaba. Abrazóle estrechísimamente con entrañas de verdadera caridad, hizo que le dispusiesen una celda, y desde luego dió principio

pio á la grande obra de su conversion. Mientras tanto que ésta se maduraba, determiné efectuar mi proyectado viage á Sicilia; y despidiéndome de Dagal, no sin lágrimas de una y otra parte, el dia siguiente partí á Nápoles, de donde en una Galera de aquel Reyno me transferí prontamente á Palermo.

Iba á entrar en una Posada de esta Ciudad, quando sentí que me tiraban por atrás de la casaca: volví prontamente la cabeza, y con grande admiracion mia me hallé con mi carísimo Isidoro. ¡Qué fortuna es la mia, Señor César (exclamó primero él) la de estar viendo, que al cabo habeis vuelto á respirar el ayre de vuestro nativo Cielo! ¡Y quál será la mia, amigo del alma (le repliqué), quando te veo en estado tan diferente de aquel en que te dexé últimamente en Lepanto! A su tiempo (repuso Isidoro) discurriremos mejor, y mas de espacio. Ahora habeis de saber, que para vos no hay en Palermo otra Posada que la de mi casa. Gracias á Dios he recobrado mis pocos bienes, y habiendo muerto mi cruel Padrastro, vivo quietamente con mi buena Madre, manteniéndome con la renta de mis posesiones, que aunque ténue, todavía no he tenido necesidad de tocar á un corto depósito de dinero, que tuve la fortuna de adquirir despues que los dos nos separamos. Diciendo esto me fue poco á poco, y como insensiblemente retirando de la Posada, y conduciéndome por una callejuela, en-

entramos en una casa mediana decentemente alhajada con muebles bastantemente civiles. Todo lo que aqui veis (me dixo Isidoro) es tan vuestro como mio. No tengo en este mundo otro consuelo mayor que el de partir con un amigo como vos las pocas conveniencias que me ha reservado ó regalado mi buena fortuna. Mientras se disponia la cena, y se llegaba la hora de sentarnos á la mesa, quiso que yo le contáse mis Aventuras: hícelo con mucho gusto, y con la mayor exâctitud. Quando llegué al trágico suceso de mi muy amada Irene en Franstad, me enternecí de manera, que las lágrimas no dieron lugar á las palabras para explicar el dolor. Se conmovió no poco el amigo al verme tan penetrado de aquella desgracia mia; procuró consolarme, diciéndome, que todavía podia encontrar quien me resarciese de aquella fatal y sensibilísima pérdida. Respondíle prontamente, y no sin alguna viveza: O! eso no, amigo mio; estoy muy resuelto á mantenerme en el celibato lo restante de mi vida. Proseguí informándole de todo lo que me habia sucedido despues que partí de Polonia, y quando le dixe que pensaba volver á Madagascar con un buen número de Misioneros, me interrumpió diciendo: no amigo, me está diciendo el corazon, que te convendrá hacer otra mision muy diferente. Cónstame, que tus rentas y tus bienes están muy en sér, administrados muy cuidadosamente por persona que verdaderamente te ama, y que nunca

ca perdió las esperanzas de que vendrias á gozarlos, á pesar de las voces que corrieron de tu muerte. La prueba de esto la verás presto por tus mismos ojos sin que te des á conocer. No sabia yo, ni podia imaginar quién pudiese ser aquella persona que habia tomado tan á pechos el cuidado de mis cosas, y ya me pasaba por el pensamiento que sería sin duda el mismo Isidoro el que se habia encargado de mis intereses, y de promover las mejoras y adelantamientos de mi hacienda. A este tiempo nos avisaron que estaba ya la cena en la mesa, y con esto se interrumpió nuestra conversacion. Nos sentamos á cenar juntamente con la Madre de Isidoro, la qual era una muger bien parecida, no obstante de ser ya un poco entrada en edad. Durante la cena se hizo mencion de algunos curiosos lances que la habian sucedido, mientras vivia el cruel Padrastro de Isidoro, y se pasó aquella hora con increíble alegria, porque la memoria de las desgracias pasadas hacen mas gustosas las felicidades, quando comienzan á rayar dias serenos y claros en las familias. Habia ya dos dias que era huésped de mi amigo en Palermo: sacábame á pasear por la Ciudad, y muy de propósito me hacia conocer las mugeres que eran tenidas por mas bellas y amables. Aquella (me decia) seria un buen partido para ti: es una Viuda de fresca edad, y rica por la grande herencia que la dexó su marido: si no te gusta una Viuda, alli tienes una donce-

llita, sábia, honesta, bien parecida, hija única de un Padre muy achacoso, y por consiguiente heredera de su gran caudal, y no menos grandes posesiones. Fácil cosa me será (proseguia él) hacerte lograr qualquiera de las dos, en escogiendo tú la que mejor te pareciere. No me hables de volverme á casar, le respondí: desde que murió mi querida Irene, el nombre solo de *Matrimonio* se me ha hecho tan odioso, que enteramente se apagaron para mí las antiguas geniales teas del Himenéo. Ya te entiendo, me replicó Isidoro: segun eso quieres holgarte de mogollon, gozando los privilegios del Matrimonio, sin las cargas ni disgustos que trae consigo. ¿Es este el bello y rígido Moral que aprendiste en Madagascar? No me tientes (le volví á replicar con un poco de ayre): ya te he dicho que quiero observar el celibato con todo rigor, y Dios sabe, si todavía pasará mas adelante mi melancolía. O Señor César! si eso nace de melancolía, os tengo lástima, y lo pasareis muy mal. La melancolía produce en los hombres muy perniciosos efectos: un hombre de entendimiento no debe dexar apoderarse de ella, porque siempre he oído decir, que está muy cerca de esta señora la que se llama locura. Asi pues, yo espero encontrar algunos objetos, que solo con verlos te hagan despedir de casa á esa fastidiosa hembra, y transformarte en otro hombre muy diferente del que ahora te veo. Creí ciertamente que Isidoro se burlaba quando le oí hablar

de

de esta manera, y asi solamente le contesté con una carcajada.

Pero no sabré ponderar lo sorprendido que me quedé la tercera noche que estuve en su casa, quando entré en mi quarto para irme á la cama, y vi que estaba acostada en ella una muger. La escasa luz que alumbraba el quarto, que era bastantemente espacioso, añadiéndose á eso la turbacion que me causó la vista de aquel objeto, no me permitió discernir bien, ni su edad, ni sus facciones. Lo primero que me ocurrió, acordándome de la conversacion que acababa de tener, fue que seria alguna muger de mala vida, metida alli por Isidoro para probar mi continencia. Asi pues volví inmediatamente las espaldas, y me salí apresuradamente de mi quarto, sin querer siquiera mirarla á la cara, y encaminándome derecho á donde habia dexado al amigo, le supliqué, me hiciese el gusto de disponer, que por aquella noche se pasáse mi cama á otro quarto, porque en aquel donde habia dormido las noches precedentes, corria á la sazon un ayre poco grato y menos sano. ¿En qué puede consistir eso? me respondió; ¿ni qué cosa puede haber inficionado aquel ambiente? Quizá se la habrá comunicado el mal olor de alguna casa vecina, ó puede ser que por descuido se dexasen abiertos los balcones, y haya entrado por ellos algun vapor pestilencial, ya sea alguna fétida exâlacion de la baxa marea, ó ya tambien de las Lagunas cercanas, que muchas

chas veces suelen inficionar el ambiente. Si es algo de esto, se hará perfumar bien el quarto con yerbas odoríferas, porque en quanto mudar la cama á otra parte, no te puedo servir, por no haber en toda la casa mas que tres alcobas: la que tú ocupas, que es la mas decente, aquella en que duerme mi Madre, y otra en que duermo yo. Amigo, le repliqué, el tufo que me dió, es mucho peor que el de cloaca, el de baxa marea y lagunas estancadas. Todos los aromas de la Arabia no bastan para perfumarle, ni mucho menos para purificarle de su contagiosa pestilencia. Siendo eso asi (repuso él) vamos á ver en qué consiste una novedad tan estraña y tan tediosa. Diciendo y haciendo se levantó de la silla donde estaba sentado, para que fuésemos juntos á mi quarto; pero al llegar á la puerta de él, nos salió al encuentro su Madre, que traía de la mano á mi querida Esposa Irene, vestida con una especie de bata. Dixéronme entonces madre é hijo, dando grandes carcajadas: he aqui, Señor César, lo que es todavía mucho peor que una cloaca, que una baxa marea, y que todas las lagunas estancadas: vea usted ahora, si bastarán todos los perfumes de Arabia á purificarla de su pestilencia. Dexo á la discreta consideracion de ustedes el figurarse lo asombrado y lo aturdido que me quedaria á vista de una sorpresa de aquella especie y de aquel gusto. Pareciame sueño, ó bizarra ilusion de una fantasía despierta, pero turbada, cre-

yendo ser algun espectro, ó cuerpo aéreo el que tenia delante, hasta que llegándome á él, y estrechándole entre mis brazos, quedé enteramente convencido de que era cuerpo real y verdadero, compuesto de carne y huesos, sin hartarme de dar millones de gracias á la Divina Providencia, porque me habia librado de tantos peligros, y conservádome la vida, para que antes de morir tuviese el consuelo de volver á ver á mi dulcísima Esposa. Hacíala yo cien preguntas confusas, y todas á un mismo tiempo, á las quales me respondía ella con la misma confusion. Isidoro y su Madre lloraban de puro gozo y ternura, al ver que despues de tanto tiempo se habian vuelto á juntar dos Esposos, que sin exâgeracion se podian llamar los mas fieles de todo el mundo.

Concluidos, ó á lo menos mitigados aquellos primeros transportes, pregunté á mi carísimo huesped, cómo ó de qué manera habia podido disponer aquella gentilísima y discretísima burla. Luego que entraste en mi casa (me respondió), despaché un Propio á tu muger, que es, y ha sido la diligente Administradora de tus bienes, dándola una noticia tan importante como era la de tu venida. Convidéla á que inmediatamente se viniese á Palermo, instruyéndola en la manera de apearse en mi casa incógnita, y sin ser vista. Con efecto, aquella misma noche llegó á esta Ciudad, y no costó poco trabajo entretenerla, para que no corriese al

pun-

punto á arrojarse entre tus brazos. Al fin mi Madre y yo la pudimos persuadir á que tuviese un poco de paciencia, y estuviese oculta por un par de dias, para ayudarnos á la inocente burla que pensábamos hacerte, en lo que no habia otro inconveniente que dilatar un poco los suspirados momentos de vuestra recíproca vista, y dar ocasion á que la honrases con los bellos atributos con que fuiste servido de regalarla. Pero aun esto mismo contribuyó mucho, para que conociese, que ninguno merecia tanto como tú el ser dueño de su corazon; pues solo su memoria te bastaba para hacerte odiosas todas las demás mugeres del mundo. Por lo que toca á las otras aventuras suyas, y al modo con que Dios la preservó de la muerte, que la recetó en su veneno el Médico de Franstad, tiempo tendrás de oirlo con mayor gusto de su misma boca, porque el presente es muy precioso para emplearle en lo que despues se puede saber. Dicho esto, se retiró, y nosotros nos retiramos tambien á nuestro quarto. Asi juega con los hombres la inconstante fortuna, alternando por un giro de impensadas revoluciones la pérdida de mi Esposa con el recobro de ella, sin que por eso me pueda lisonjear de haber encontrado ya aquel poderoso clavo que fixa su inconstancia, haciendo inmoble su voluble rueda.

CAPITULO XII.

Sucesos de Irene despues que el Siciliano se escapó de Franstad, y muerte funesta del Capitan Arnaldo.

Luego que el Sol se levantó de su dorado lecho en el Oriente, dexamos tambien nosotros nuestra blanda cama, no ya solitaria, y como viuda, y dirigiéndonos á donde nos estaban ya esperando Madre é hijo, deseosa Irene de apagar quanto antes la justa curiosidad que yo tenia de saber sus aventuras desde que los dos nos habíamos separado, dexándola yo en aquel mortal deliquio, lo hizo de esta manera.

Quando las gentes de la Posada de Franstad te vieron saltar furioso de la cama, y partir colérico de casa, se vinieron á mi quarto, y viéndome en el lastimoso estado, en que me habia puesto la mortal bebida del falso y desapiadado Médico, rezelosos de que fuese efecto de algun golpe que tú me hubieses dado, me registraron cuidadosamente, y no habiendo descubierto en todo mi cuerpo herida, contusion, ni el menor indicio de la mas mínima ofensa exterior, comenzaron á sospechar lo que verdaderamente habia sido, y se confirmaron en esto, quando vieron la calidad de las materias que tu estómago habia vomitado. Con esta duda, que en ellos casi era ya seguridad, me subministraron

ron luego ciertos antídotos que por fortuna tenian en la casa, los quales me preservaron de la vecina muerte que me estaba amenazando. Quando volví en mi, y no te vi en la cama, pregunté ansiosamente por ti; contáronme luego todo lo que habia sucedido con el traydor y alevoso Médico, asegurándome, que tú te habias puesto en salvo fuera de la Ciudad, pero que se ignoraba tu paradero, y aun el camino que habias tomado. Esta relacion, aunque por una parte me consolaba, considerándote sano, y libre de los rigores de la Justicia, en cuyos tardos procedimientos necesariamente se habia de gastar mucho tiempo, mucha paciencia y mucho dinero; por otra me afligia el no saber hácia qué parte te habias encaminado, para poder encontrarte. Parecióme no obstante, que verisimilmente habrias dado la vuelta á Dresde, y asi inmediatamente me puse en camino para aquella Corte, pero todo fue inútil, porque el Baron de Chirchein, en cuya casa me lisonjeaba que te podria hallar, no supo darme la menor noticia tuya; pero tomando cartas en tu desgracia, me obligó á que me quedáse en su casa, donde fui tratada con la mayor distincion, honestidad y respeto. Despues él mismo quiso en persona pasar á Franstad, para tomar lengua de tu fuga, é informarse menudamente de todas sus circunstancias. Volvió á Dresde casi despues de dos meses, y todas las noticias que pudo recoger se reduxeron á que todavía te

ha-

hallabas tú en aquella Ciudad, quando yo salí de ella en busca tuya; y que poco despues habias partido á la Silesia en compañia de un Monge, á donde pasó tambien el mismo Baron; pero noticioso de que el Monge se habia transferido á la Bohemia, llevándote siempre consigo, no habia podido seguiros, porque le llamaban á la Patria los urgentes negocios de su casa. En virtud de estas noticias resolví partir prontamente á Bohemia, para lo qual me proveyó de dinero el Baron, y me hizo acompañar de un criado antiguo de su casa, con quien me puse en camino con una indecible ansia de verte y abrazarte. No hay en Europa País donde las mugeres puedan viajar con menor peligro como la Alemania. Pueden caminar por toda ella con una casi total seguridad de no ser molestadas, ni solicitadas, porque los hombres en este particular son los mas discretos, y los menos maliciosos de todas las Naciones que yo he corrido y tratado. Arribé pues á Praga con toda felicidad, y habiéndome informado con destreza del Monge Predicador, á quien te habias agregado, supe que le habian destinado á las Misiones de las Indias Orientales, y que tú habias partido con él, dándose por supuesto que tomariais el camino de Italia para embarcaros en Génova ó en Liorna. Creí que tú solo le acompañarias hasta alguno de estos dos Puertos, y que desde él pasarias á Sicilia para ponerte en posesion de tus bienes, como me constaba que

lo

lo habias pensado hacer antes que emprendiésemos el viage á la Saxonia. Supuesto este concepto, solo debia pensar en seguirte; porque el criado de Chirchein tenia orden de su Amo de no acompañarme mas que hasta Bohemia, y desde alli restituirse á Saxonia. Yo no me hallaba con el dinero que habia menester para emprender un viage tan largo, y volverme á Dresde para solicitarle á cuenta de nuestra pension, me pareció que era desviarme demasiado de mi camino.

Hallábame en esta grande irresolucion, quando entró en la Posada donde yo estaba un forastero, á quien le señalaba el Posadero un quarto pared en medio del mio. Noté que hablaba chapurradamente el Aleman, y perfectamente el Italiano con el Camarero que le habian destinado, el qual entendia y hablaba bien ambas lenguas. Picóme la curiosidad de saber quién era aquel nuevo huésped, y quando sentí que salia de su quarto, le aceché por un agujerito que habia observado en la puerta del mio, y vi que era nuestro grande y fidelísimo amigo Isidoro. No era posible encuentro mas feliz para mí en medio de tantas desgracias. Dime luego á conocer, y él quedó aturdido de hallarme en aquel País. Luego me preguntó por ti, y quando le conté todos nuestros sucesos despues que nos volvimos á encontrar en Buda: quanto mas le lastimaron tus desgracias, tanto mayor fue la fineza con que se ofreció á asistir-

me,

me, hasta que dispusiese el Cielo que yo volviese á verte. Y vesme ya desde aquel dia baxo la asistencia y custodia del mayor amigo que has tenido en tu vida. Partí pues en su compañia de Bohemia, y nos venimos á Italia. Estuve en Génova y en Liorna, sin que en ninguna de estas Ciudades hubiese podido adquirir la menor noticia de tu persona, ni de la del Monge Misionero de las Indias. Con eso me vine á Sicilia, donde me di á conocer á mis Padres, y estos me perdonaron mi fuga, me abrazaron, y se compadecieron mucho de mis estrañas aventuras. Ellos me ayudaron para que en tu nombre se me diese la posesion de tus bienes, y se me encargáse su administracion; pero tanto como hubiera celebrado esta nunca imaginada fortuna, si estuviera en tu compañia, otro tanto me despedazaba el corazon verme sin tí en tu misma casa. ¡Qué diligencias no hice para tener alguna noticia de tu persona! Hice que Isidoro escribiese á varias Ciudades y Países; pero todo inutilmente. ¿Y quántas veces me vino al pensamiento salir á buscarte por todo el mundo hasta saber tu paradero? Pero asi vuestro buen amigo, como mi Padre, me hicieron ver tan claramente los peligros, trabajos, inconvenientes, y sobre todo la casi segura inutilidad de tan desesperado viage, que al cabo me lo quitaron de la cabeza, devorándome mientras tanto el deseo, y lisonjeándome tal vez la alegre esperanza, de que al fin dispon-

dria

dria el cielo que volvieses á ver tu amada Patria. Pero este suspirado momento no acababa de llegar, y en lugar de él se apoderaba del corazon el temor de que algun funesto accidente te hubiese borrado del número de los vivos, ó que imaginándome ya difunta, hubieses pasado á segundas nupcias, enamorado de alguna que aspirase á ser sucesora mia. Todas estas cosas me daban una grandísima pena; pero ninguna fue igual á la que me causó el improviso arribo á Mazara del Capitan Arnaldo. Este hombre nunca habia podido olvidarse de mí. Su pasion cada dia era mas violenta, y creció á lo sumo con mi fuga, de manera, que habiéndome inutilmente buscado en varias partes, se vino en fin á Sicilia, suponiendo que yo me habria vuelto á ella. En esto no se engañó; pero quando supo que me habia casado contigo, que te habias huído, y no se sabia dónde parabas, se le volvió á encender la gana de poseerme, á pesar del sagrado indisoluble vínculo que nos ligaba á los dos. Inclinábale su genio á emprender siempre lo que menos podia, y debia; de manera, que quanto la empresa era mas árdua, tanto menos dispuesto se sentia á abandonarla. Habia tenido modo de averiguar todos tus pasos, ó á lo menos muchas de sus circunstancias que nosotros ignorábamos. A buena cuenta supo que te habias embarcado en Lisboa con un Misionero de las Indias Orientales, y nos mostró una carta de este Padre escrita en

Goa, en que daba la noticia, que tú con algunos Portugueses habias sido muerto á manos de los Salvages de Madagascar, habiéndoos salido á pasear por las playas de aquella Isla. Esta noticia me hizo derramar amarguísimas lágrimas, y á no haber sido por Isidoro, que siempre me alentaba, y me consolaba con remotas esperanzas, contándome casos de muchos viajeros, que despues de llorados por muertos á manos de los Bárbaros, ó sumergidos en el mar, aparecieron vivos y sanos en sus casas, recobrando tal vez á sus mugeres, que suponiéndolos muertos habian pasado con buena fe á segundas nupcias; digo que á no haber sido por lo mucho que Isidoro me confortaba con la relacion de semejantes sucesos, seguramente que el dolor me hubiera quitado la vida.

No bastándome el trabajo de tener que lidiar con esta horrible pasion, tenia por otra parte que combatir con la tediosísima y obstinadísima importunidad de Arnaldo. No podia asomarme á una ventana, sin verle luego en la calle; ni era dueña de salir á una Iglesia, sin que en todas partes se me pusiese delante. Fuera de eso tenia de su parte á mis Padres, que no cesaban de atormentarme, diciéndome, que acabase ya de dar gusto, y hacer feliz á un hombre que por tanto tiempo habia dado tantas pruebas de una constancia acaso sin exemplo. Muchas veces llegaban tambien hasta tratar de necia mentecatéz el llorar inutilmente á un hom-

bre

bre que habia tenido valor para dexarme casi entre las garras de la muerte, sin solicitarme algun socorro, ni disponerme siquiera una decente y honrada sepultura, escogiendo antes andar vagando por el mundo, que esperar por lo menos á saber quál era mi paradero; pero no obstante la impresion que me debian hacer todas estas cosas, de nada hice caso; y ora me considerâse casada, ora me supusiese viuda, queria usar de mi derecho, resistí á todas aquellas sugestiones, respondí con toda resolucion, que si estabas vivo, no podia, y que vivo ó muerto, no queria conocer otro marido que á ti. Quando el Capitan vió que eran inútiles todas sus diligencias, á manera de los hombres bestiales, pasó á un rabioso odio desde un furioso amor, y pensó vengarse del desprecio que hice de su mano, por el término mas vil y mas indigno que se puede imaginar. Comenzó á quitarme públicamente mi honor, diciendo, que no solo habia servido yo á su lascivia, sino tambien á la de sus mas baxos y mas perdidos Soldados, añadiendo, que aun actualmente me entregaba á los hombres mas disolutos, los quales por lo mismo eran los objetos mas preferidos de mi deshonesta inclinacion. Considera ahora tú, si me afligirian todas estas cosas; pero no las podia remediar, ni como muger tenia otro desahogo que el de mis lágrimas. Mas aquel Señor que defiende la inocencia, y algunas veces dispone, que sean públicamente castigados

los

los que la persiguen y calumnian, no permitió que padeciese largo tiempo mi reputacion. Un dia, que en la plaza pública estaba mas envenenado contra mí, repitiendo con particular energía las acostumbradas donosuras, fue repentinamente asaltado de un accidente apoplético, que desde luego le impidió el uso de aquella lengua que tan desapiadadamente estaba revolviendo contra mi honor. Conoció entonces el infeliz su gravísimo pecado, y reconoció la mano de donde venia aquel castigo, y no pudiendo retratar con las palabras sus enormísimas mentiras, pidió por señas recado de escribir, y confesó públicamente haber sido falso y calumnioso todo lo que habia dicho de mí. Dixo, que me pedia perdon, y sobrevivió despues dos dias, al cabo de los quales murió, dando muchas señales de verdadera penitencia, con edificacion y consuelo de los que se hallaron presentes.

Esta muerte, que me libraba de un grandísimo trabajo, fue para mí como presagio y aun principio de buena fortuna, la qual parece me queria volver á mirar con buena cara. Y á la verdad no me engañé, porque despues de aquel caso, no se han pasado seis meses, sin que haya tenido el inexplicable gusto de volver á verte, quando todos creían que para siempre te habia perdido.

CA-

CAPITULO XIII.

Participa el Siciliano á Dagal el hallazgo de su muger. Dudas sobre su vuelta á Madagascar: opónese á ella su esposa. Declara á Isidoro el pensamiento de su marido, y resolucion que éste toma.

Asi acabó su relacion mi bella Irene, y con este motivo se repitieron nuestros abrazos, nuestros parabienes, y nuestras recíprocas congratulaciones. Yo no quise perder tiempo, ni dilatar un momento el dar parte á mi amigo Dagal de este mi felicísimo suceso, bien que nunca le habia contado mis aventuras. Escribíle pues una carta, en respuesta de la qual me daba la gustosa noticia de su solemnísimo bautismo, celebrado con la mayor pompa, y con la asistencia de muchos Cardenales y Prelados, habiendo dado á la Corte de Roma un magnífico y alegrísimo espectáculo con su dichosa regeneracion á la católica Fe por el Bautismo. Dábame muchas enhorabuenas por el feliz hallazgo de mi cara esposa, advirtiéndome al mismo tiempo, que no me dexáse llevar de una excesiva complacencia ó condescendencia con ella, teniendo presente la manera con que eran tratadas las mugeres en su país, y concluyendo con que no me descuidáse en dar todos los pasos necesarios para conseguir los consabidos Misio-

sioneros que habia prometido al Rey conducir conmigo, para que convirtiesen todo el Madagascar al servicio del verdadero Dios. Recibí esta carta en Mazara mi Patria, á donde habia ido á dar una vista á mis bienes y mi hacienda. Me causó la tal carta una indecible inquietud, embarazo y perturbacion; porque no me hallaba ya en aquel estado de indiferencia, ó por mejor decir de libertad, en que á mi parecer me veía quando dexé á mi Intérprete en Roma, y mucho mas quando formé el zeloso y cristiano proyecto en Tarapasar. Miraba entonces á otro ayre todas las cosas del mundo, y acostumbrado ya á vivir segun la costumbre y simplicidad de los Madagascareses, ninguna cosa era capaz de sobornar mi corazon, para que no siguiese los primeros impulsos de mi voluntad, los quales (¿quién sabe si por vanidad mas que por verdadero zelo?) todos se dirigian á promover el bien espiritual de aquellos Pueblos, y de aquel Rey, á quien yo tanto debía y tanto amaba. Pero el presente amor de mi muger, de los amigos y de la Patria, me ponia con la mayor viveza delante de los ojos los peligros, los trabajos, y el incierto paradero de una larga navegacion por mares tan tempestuosos, y por climas tan diversos. Fuera de eso se me excitaban mil dudas sobre el buen éxîto de la Mision, y sobre si me saldria todo tan felízmente como yo me lo habia figurado. ¿Quién sabe (me decia yo á mí mismo) si encontraré

los

los animos dispuestos á recibir la nueva Religion que pretendia introducir entre ellos, y si en lugar de los aplausos, de la estimacion, y favores que antes me dispensaron, no me reciban ahora con insultos, injurias, desprecios, y quizá quizá con una muerte cruel? Tal vez se me representaba tambien, que podia hallar ya muerto al Rey, y que el nuevo Gobierno llevase la máxîma contraria, no queriendo admitir ningun estrangero á la inspeccion y direccion de las cosas de Estado, como parece lo dictaba la mejor Política, y el amor á la propia libertad. Mas por la parte contraria me parecia, que el no volver yo á la Isla era faltar á la palabra que habia dado al mismo Rey, el qual aunque no pudiese vengarse en mí, podia muy bien hacerlo en todos los Européos que aportasen á su Reyno, y yo seria la causa no solo de inumerables muertes, sino de que aquel Monarca los tuviese á todos por fementidos y desleales. Pero lo que sobre todo me hacia mas fuerza era el persuadirme á que en cierto modo faltaba á lo que debia á Dios, habiéndome ofrecido á procurarle la conquista de tantas almas, quantas eran y serian los habitadores presentes y futuros de una Isla tan dilatada y tan poblada; por cuyo importantísimo servicio no solo debia despreciar todo otro humano respeto, sino exponer tambien toda mi hacienda, y si fuese menester, la misma vida.

La inquieta irresolucion, y terrible agitacion

en

en que me tenian estas congoxosas dudas y molestos pensamientos, me hicieron perder mi natural serenidad, y mi alegria acostumbrada. Conociólo muy bien Irene, y como ignoraba la causa, me apuró tanto para que se la dixese, que me vi precisado á declarársela. Quando acabé de contarla todo lo que habia en el asunto, y ella me vió todavía neutral é indeciso entre dos partidos tan contrarios, como eran el de volver á emprender un viage tan largo entre peligros de naufragios, de muertes, de prisiones y de esclavitud, ó el de estarme quieto, en paz y sosegado, atendiendo al gobierno de mi familia, echó á llorar y afligirse como una desesperada, de manera que sus lágrimas fueron las que finalmente me vencieron, haciéndome caer en la flaqueza de determinarme al segundo partido, abandonando enteramente el primero, aunque con no poca repugnancia, ó por mejor decir remordimiento. Entonces conocí lo poco que el hombre es dueño de sí, quando tiene un corazon demasiadamente tierno por su muger, y lo muy prudente que es aquella máxîma de los Madagascareses, de no apasionarse demasiado por ellas. A este tiempo llegó Isidoro desde Palermo á visitarnos. La primera cosa que le contó Irene despues de las acostumbradas salutaciones, fue el pensamiento que yo habia tenido hasta entonces de volverme al Madagascar. No le parece á usted, añadió luego mi esposa, que es bello amor el que tiene su ami-

amigo á una muger que tanto ha penado por él? No sabe resolverse á pasar en su compañia los dias que le restáren de vida, y antes bien le veo dispuesto á abandonarme de nuevo primero que dexar la extravagancia, y aun la vanidad de un viage tan disparatado y tan peligroso. Al oir yo semejantes expresiones, me consideré obligado á justificar los motivos que me habian tenido perplexo en la eleccion de los dos extremos contrarios. Con este fin informé menudamente á Isidoro de los empeños que habia contraído con el Rey de aquel País, y del gran bien que resultaria á todos aquellos Pueblos de su efectiva conversion, sin olvidarme de exponerle las razones que me tenian indeciso entre los dos partidos, y eran todo el fundamento de mis molestísimas dudas. Si todas ellas no bastan, dixo entonces Isidoro, para expugnar el corazon de un hombre casado, como lo eres tú, bástete á convencerte y aquietarte el que un amigo tuyo entre desde luego á subrogarte, y á echarse sobre sí todas tus obligaciones. Yo, caro amigo César, yo mismo quiero representar tu persona con el Rey de Madagascar. Yo iré con Dagal y con los Misioneros á hacer tus veces, esperando en Dios que echará su bendicion á tus deseos y á los mios. Pero cómo? le interrumpí, pasmado y aturdido, al oirle tan extraordinaria oferta. Cómo es eso? Pues qué! pretendes abandonar tu patria, tu Madre, y tus bienes, para exponerte á tan-

tos peligros como se experimentan en semejantes viajes, en climas tan contrarios, y entre Naciones desconocidas, separadas millares de leguas de las nuestras? Sí, amigo, respondió Isidoro. Mi mayor deseo es ver aquellos remotísimos Países que el Occéano tiene separados de los nuestros. Me siento con espíritu y valor para superar todas las dificultades. Soy joven, estoy sano; no tengo muger, ni hijos, ni quiero tenerlos; estoy acostumbrado á una vida tunante y vagamunda desde mis años juveniles. Todas estas razones me bastan para no dexar que se me escape la ocasion de ser tu succesor en la Isla de San Lorenzo. Pues qué? le repliqué: ¿quieres condenarte á no volver mas á ver tu amada Patria? Eso será conforme, me respondió: no me atrevo á concederlo, ni á negarlo. Regularéme como lo pidan el tiempo y las circunstancias. Si el Cielo me conserva la vida, es muy posible, que el amor que te tengo me haga volver á Sicilia. Por lo demás, ya sabes que á mí nunca me ha gustado la vida quieta, y podria suceder, que aun aquello fuese no mas que por pocos meses. Lo que te recomiendo mucho es á mi anciana Madre: entra en mi lugar á hacer con ella oficios de hijo, haciéndola venir á tu casa, si te pareciere, en la inteligencia de que desde luego te declaro dueño de todos mis pobres haberes, y de aquel corto depósito que me deparó la fortuna; salvo únicamente lo que hubiere menester para costeár el viage de los Misio-

sioneros á nuestro destino. A propósito de ese depósito, le repliqué, acuérdate, amado Isidoro, que me estás debiendo la relacion de todo lo que te sucedió desde que pasaste á Nápoles de Romanía, y saliste de Lepanto, particularmente del modo con que adquiriste el tal depósito. Y pues yo te he dado menuda cuenta de toda mi vida, pide la buena correspondencia, que tú no me niegues el gusto de informarme de la tuya. De muy buena gana te le daré, me respondió; y quando con efecto iba á comenzar, le interrumpió Irene, diciéndole, que no se contentaba con esto solo, sino que debia continuar su historia desde que en la Isla de Cefalonia se cortó el hilo de ella, con ocasion del violento rapto que alli sucedió de la misma Irene.

CAPITULO. XIV.

Prosigue la Historia de Isidoro, y lo que le sucedió en Génova, quando hizo profesion de Astrólogo.

Acuérdome muy bien, dixo Isidoro, de que aquella noche, en que dispuso el pérfido Deméｔrio que vos, Señora, fueseis tan grosera y bárbaramente arrancada de los brazos de vuestro digno Esposo y caro amigo mio, habíais mostrado grandísima curiosidad de saber como me habia ido en Génova con la profesion de Astró-

trólogo. Ahora oireis lo bien que me fue en ella. Luego que logré alguna fama entre la gentalla que concurria en la plaza á componerme un numerosísimo auditorio, comencé tambien á cobrar crédito entre la gente de otro pelo, y era justamente aquella de la qual podia sacar mayor utilidad. Un mocito Mercader, á quien algunos dias antes habia visto vender paños en una Tienda, juntamente con un viejo que era su Padre, el qual, calados los anteojos, estaba continuamente aplicado sobre los libros de caxa, vino una mañana al monton que me rodeaba mientras estaba yo charlataneando. Observé que el tal mozo me oía muy atentamente con una cara espantadiza, y con un cierto ayre de quien revolvia allá dentro de su cabeza grandes pensamientos. Parecióme que poco mas ó menos habia comprehendido quál seria el motivo de su alteracion, y haciéndole señal de que se acercáse á mí, y me mostráse la mano, despues de haberme detenido algun tiempo mas de lo ordinario en ademán de admirado en el exâmen de los lineamentos que en ella se descubrian, sin embargo de no saber siquiera una palabra de chîromancía, le dixe al oído: Señor, usted está fieramente enamorado de una bellísima doncella, que no le hace caso, antes bien no le puede sufrir; y usted anda allá fantasticando el modo de conquistarla, regalándola con una pieza de alguna rica tela, que piensa hurtar de la Tienda de su señor Padre. Sin duda

di

di en lo que al mozuelo le andaba girando por los cascos, porque despues de haberme confesado que todo era verdad, ni mas ni menos como yo se lo habia dicho, me suplicó que luego que me desocupáse de alli, tuviese á bien irme á cierto sitio que me señaló, para pronosticarle las cosas que en aquellos sus amores le habian de suceder. Asi lo hice, despues que despaché á varias personas, las quales, viendo que un mozo de buena traza, y mas que decentemente vestido, como era el Mercader, se habia dignado venir á consultarme, y se habia despedido de mí haciéndose cruces, asombrado de mi gran saber, y publicándolo á todos, amontonada una gran multitud de ellos, habian concurrido á aquel lugar, deseosos con la mayor impaciencia de que á cada uno le pronosticáse su fortuna, pagándomelo aun mucho mas de lo que podian sus fuerzas. Concurrí pues al sitio apalabrado, donde ansiosamente me estaba esperando el tal mozuelo. Ya ustedes se persuadirán á que sin detenerme mucho á consultar su fisonomía, ni mucho menos el horóscopo de su nacimiento, le diria lo primero que se me vino á la boca, esto es, mil cosas de mero capricho; pero todas dirigidas á lisonjear su genio, y especialmente aquello que mas podia agradar á su amorosa pasion. Todo se lo tragó el pobrecillo con la mayor facilidad, muy persuadido á que mis palabras eran otros tantos oráculos de Délfos, ó respuestas de las Sibilas.

No.

No hay cosa mas fácil que hacer del Astrólogo en orden á lo futuro : cada qual puede inventar lo que guste al consultante, sin peligro de ser desmentido, porque los Astrólogos de nuestros tiempos no salen por fiadores de sus predicciones, y mudan de País antes que llegue el tiempo que ellos señalan en que se han de verificar los sucesos que pronostican. Su mayor dificultad está en hablar de las cosas pasadas, porque estando mas y mejor instruidos en ellas los mismos que echan dinero al ayre por el pueril é insulso gusto de oírselas contar á otros, es menester caminar con grande tiento, y con la mayor circunspeccion, echando mano de las conjeturas, y usando siempre de términos generales, como tambien de expresiones equívocas, ó ambíguas, y teniendo buena provision de escapatorias para alterar, modificar, y explicar las palabras con que se declaró lo que no se sabia. Así que, habiendo dicho yo al Mercaderillo, que en el breve giro de dos meses estaria en posesion de su enamorada, con otras mil verengenas que se me vinieron á la boca, me regaló con medio doblon Italiano, y habiéndome despedido de él, me fui derecho á una hosteria, donde le gasté alegremente.

No bien habia acabado de comer y beber muy á mi satisfaccion á costa de aquel simplicillo enamorado, quando entró en busca mia una Muger, que me dixo ser Demandadera de ciertas Monjas que deseaban mucho oir mis pro-

nós-

nósticos, y me suplicaban fuese á darlas este gusto lo mas presto que pudiese. Di palabra de que iria; y luego que partió la Demandadera, me puse á considerar qué era lo que yo podia decir á aquellas buenas Religiosas, no conociendo á ninguna de ellas, ni teniendo la menor noticia de su carácter. Despues de muchas reflexîones que hice sobre este punto, sin que me ocurriese cosa de provecho, concluí diciéndome á mí mismo: acabóse: me regularé por lo que alli se me ofrezca de repente. A una la diré que gruñe mucho con el Hortelano, porque cuida poco de la huerta, no dexa crecer la ensalada, y no riega á tiempo las flores. A otra, que se enfada muchas veces contra las gallinas, porque no ponen dos huevos cada dia. A esta, que sus hermanos se hacen remolones, y no son puntuales en pagarla su vitalicio: á aquella, que se hizo Monja contra sus cinco sentidos, porque la obligó á ello su Padre, solo para que los hijos varones lo pudiesen pasar mejor. A tal qual le insinuaré, que las otras la miran con malos ojos, y con alguna envidia, porque ven que no observa la vida comun, porque come algunas veces tal qual plato delicado, que de quando en quando la envian su amorosa madre ó su querida hermana. Haré algunos pronósticos sobre los dulces que fabrican, y las daré algunas reglas, para que en ciertos quartos de Luna y aspectos de este Planeta, echen en ellos mas ó menos ingredientes, segun aque-

llo

llo que se me pusiere en la cabeza. Con estas prevenciones me fui al tal Convento, donde inmediatamente supe, que el Mercaderillo, á quien yo habia hecho los pronósticos que quedan referidos, tenia una hermana en él, y por consiguiente al tal Mercaderillo debia el favor que me dispensaba aquella Comunidad. Y habiendo hecho mi pronóstico á todas ellas desde la Abadesa hasta la Cocinera, me salió todo á maravilla, y me hicieron un bonísimo regalo por mis acertadas predicciones. Verdad es que no me acuerdo haberme visto tan embarazado en toda mi vida, como me vi en aquella ocasion. Todas á porfia querian ser las primeras á oir la suerte que las tocaba: hacíanme unas preguntas tan exôticas y tan extravagantes, que fue bien menester todo mi ingenio y toda mi paciencia para desenvolverme de ellas con honor.

Partí pues de aquel Monasterio ya bien tarde, y quando llegué á mi casa, me hallé con un criado de uno de los primeros Señores de Génova, que á los títulos de su antigua y nobilísima Casa, añadia otros muchos de la mayor distincion. Díxome el criado de parte de su Amo, que aquella misma noche me esperaba en su Palacio. Obedecí inmediatamente, no tanto por el respeto que debia á la persona que me citaba, como por la esperanza de echar un buen lance á favor de mi bolsillo. Luego que me presenté en palacio, me introduxeron en un gabinete, donde estaba solo el Amo sentado en

un

un canapé. Vi que era un hombre ya abanzado en edad, pero robusto, y que se estaba divirtiendo en fumar tabaco con mucha sorna, prosopopeya y gravedad. Inclinéme prontamente, haciéndole una profunda reverencia, y él me correspondió cortesanamente con bastante agrado, pero sin perder un punto de su seriedad y entereza. No te necesito, me dixo, sino para que cooperes con algun engaño de tu embusterísima profesion á proporcionarme un gusto en que tengo grande interés. Yo, aunque paso ya de los setenta años, soy tan ardiente y tan fogoso, que jamás he podido vivir sin tener junto á mí alguna muchacha alegre y bien parecida, con quien holgarme y divertirme. Me faltó poco ha la que me servia hasta aqui, arrebatada de una grave enfermedad, y apenas fueron enterradas sus bellísimas cenizas, quando me sentí abrasado en el fogoso deseo de acomodarme con otra. Habiendo echado los ojos por toda la Ciudad para descubrir otra que fuese digna de mí, los fixé en una doncellita de catorce años, hija de padres honrados, pero pobres, y educada en las mejores costumbres: circunstancias todas que hacen sumamente dificil la empresa de reducirla á mi voluntad. Habiéndome informado de su temperamento y de su índole, he sabido, que en punto de ambicion flaquea un poco mas que el comun de las mugeres, tanto, que por el ayre señoril que se da dentro de casa, la llaman la Princesa, y la Madre, que ce-

lebra mucho este gran espíritu de su hija, espera verla colocada en fortuna muy superior á su nacimiento. Haré que te enseñen su casa, y despues dispondré que la conozcas, y quando tengas ocasion de hablarla, usa de aquellos medios que son tan fáciles en tu profesion. Dala á entender, que su estrella la tiene destinada para compañera de un gran Señor, y que por los misteriosos arcanos de tu Astrólogía sabes ciertamente, que uno de este mismo País no desea otra cosa con mayor ansia que la dicha de poseerla, teniendo librada su fortuna en sola esta esperanza. La insinuarás, que todo esto lo logrará facilmente, y dexa lo demás al tiempo y á mí, asegurándote, que concluido el negocio tendrás 24. doblones de regalo. Enterado de lo que el Caballero me queria, aunque me tiraba mucho el crecido premio que se me habia ofrecido, me causaba por otra parte grande horror cooperar á una seduccion de tan mala especie, y de tan terribles conseqüencias. Conocia muy bien hasta dónde llegaba la gran maldad de fomentar la bestial concupiscencia de un viejo septuagenario, en grave perjuicio de una inocente doncellita, y de una honrada familia; por lo qual procuré escusarme de semejante comision, alegando mil razones, que ninguna fuerza hicieron al tal ciego y apasionado Señor. Antesbien irritado de mi resistencia á servirle, protestó, que si no executaba prontamente, con puntualidad y con secreto lo que me habia mandado, me haria

pro-

probar lo que valian los brazos de sus criados, y hasta dónde alcanzaban los efectos de su indignacion. A una resolucion tan absoluta y concluyente, cedieron cobardes los impulsos de la conciencia y del honor: baxé la cabeza, y le prometí que le obedeceria ciegamente.

Informado pues de la calle, casa, persona y nombre de la tal Señorita, lo primero que hice la mañana siguiente fue irme al Quartel de la Ciudad, donde ésta habitaba, gritando en alta voz: *¿Quién quiere oir á un Astrólogo nunca visto semejante, que sabe todo lo pasado y lo presente, adivinando infaliblemente lo futuro?* Asomábanse las mugeres á los balcones y á las ventanas; quién me llamaba á una parte, quién á otra: ésta me hacia una pregunta, aquella me preguntaba otra cosa, y todas á porfia querian verme y hablarme. Ya ustedes conocerán que procuraria desembarazarme de todas con presteza, y en pocas palabras, porque mi fin era otro que el de contentar su curiosidad. Luego que llegué enfrente de la casa donde vivia la Señorita, para quien armaba yo aquella infame red, la vi al balcon á ella, á su Madre, y á una hermana suya. Conocíla inmediatamente por las puntuales señas que me habian dado, y comenzando á hacer mil aspamientos, y violentas conversiones, no de otra manera que si de repente me hallára poseído de algun furor divino: ¡qué es lo que veo! exclamé: ¡qué Planeta feliz era el dominante en el punto en que

na-

nació aquella afortunadísima doncellita ! ¡O, y quán grandes cosas estoy leyendo en aquella espaciosa frente ! ¡O, y quántas me descubren sus brillantísimos ojos ! Ahora, ahora sí, que se hizo pedazos aquel velo, que no me dexaba penetrar los arcanos de las gentes. Desde que exercito esta profesion, nunca, nunca he podido lograr ver una fisonomía que concilie todas las gracias, y toda la belleza posible, con toda la prosperidad de la mas risueña fortuna. Ah ! séame lícito (pero quiero hacerlo sin pedir licencia á nadie); séame lícito, vuelvo á decir, descubrirte, ó dichosísima doncella ! todas las aventuras que han de hacer toda la mayor felicidad de tu dignísima persona, y la de toda tu benemérita familia. Al oirme hablar con este entusiasmo, se comovió toda la vecindad, con lo qual quedaron mas penetradas la inocente palomita que yo pretendia engañar, su madre y su buena hermana. Franqueáronme la puerta de su casa, donde entré cerrando la puerta, subí á la sala, y desempeñé la comision que me habia dado el viejo Caballero de manera, que ninguna de ellas dudó, que aquel Señor habia de dar principio á las grandes felicidades que falsamente yo las habia pronosticado. Habiendo cumplido así con el desengañado oficio que habia prometido, fui á dar cuenta de todo al que me le habia encargado, el qual halló vencidas las dificultades que podian estorbar el logro de su intento, por lo bien que yo habia dispuesto

la materia, de manera que dentro de dos ó tres dias consiguió lo que deseaba. Hizo que se me entregásen los veinte y quatro doblones, pero mandándome expresamente, que luego luego saliese de Génova. Fueme preciso obedecer, y pensando en qué parte podria hacer mas fortuna con mi supuesta Astrología, me determiné finalmente ir á probarla en Parma y Plasencia, pasando de alli á los Estados de la Casa de este, y dexándome caer despues en los de la Iglesia.

CAPITULO XV.

Progresos y fin de la profesion Astrológica de Isidoro.

Establecido asi el plan de mis Astrológicas empresas, pasé prontamente á Plasencia. Alli encontré desde luego ciertos bufones, los quales, al mismo tiempo que se valian de mí para hacer mil burlas á otros, me lo pagaban liberal y aun profusamente. Uno de estos me dixo un dia: Señor Astrólogo, ¿no ve usted alli aquel hombre que está arrimado al mostrador de aquella Tienda con una cara de energúmeno? Pues sepa, que es un pobre mentecato, que ha consumido todo quanto tiene por encontrar el *Lapis Philosophorum.* Dígale usted, que no conseguirá lo que pretende, mientras no encuentre el *Bezoar de los Basiliscos.* Volé al punto hácia el, y sin mas ni mas le dixe: Señor, yo sé que us-

usted es un gran Alquimista. Y bien, me respondió, volviéndose hácia mí con una cara avinagrada: ¿qué me quieres tú decir con esto? Grandes cosas, Señor, le repliqué. Leyendo estoy en vuestros ojos, y en las líneas de vuestra frente, que con el tiempo tendreis la fortuna de encontrar la piedra filosofal. Emprendereis un viage, en el qual hallareis el único admirable ingrediente que os falta para adquirir el inestimable tesoro de la vida y fortuna de los hombres. ¿Y qué ingrediente es ese que tú me pronosticas? me replicó con grande curiosidad. El Bezoar de los Basiliscos, le respondí prontamente. Anda, vete enoramala, me respondió enfadado, que eres un tonto, ó un grandísimo embustero. En los inumerables libros que he leído sobre la materia, hasta ponerme á peligro de perder la vista, no se hace mencion ni por sueños de semejante ingrediente. Por lo mismo, le respondí, desde el principio le llamé á usted *hombre afortunado*, pues lo que ignoraron todos los demás, se le ha hecho saber á usted por medio mio. Puesto que, aunque ha mucho tiempo que habia leído este secreto en algunos Autores Arabes, cuya lengua poseo bastantemente, nunca se me habia permitido por un repentino insuperable impedimento de la lengua, que no me dexaba articular ni una sílaba, ni pronunciarle, ni descubrirle á otro que á usted. Con esto quedó el buen hombre enteramente persuadido á que era cierto lo que yo le decia,

cia, y sacando del bolsillo una gruesa moneda de oro, me la regaló, con lo qual yo me fui muy alegre, y no menos contento, por haber embaucado al mas famoso Alquimista de Plasencia. Los bufones que todo lo habian estado observando, rebentaban de risa, y quando supieron lo bien que habia desempeñado mi comision, me lo pagaron medianamente.

Mostráronme otro dia á un Médico, á quien nunca le llamaba persona alguna de importancia, por lo qual vivia el pobre una vida muy melancólica, pareciéndole que despreciaban todos su habilidad, y continuamente estaba diciendo, que él era como el oro en manos de los avarientos, que siempre le tenian encerrado, sin valerse de él para nada. Anda, me dixeron los mismos del buen humor, y procura consolar aquel pobre Médico, cuyos grandes talentos conocen pocos ó ninguno. Acerquéme á él, y despues de haberle saludado, le dixe: Señor, si usted me da licencia, quisiera comunicarle una cosa. Pensó el buen Dotor que queria consultarle sobre algun achaque mio, pero quando me oyó que deseaba pronosticarle, ó *astrologarle*, me dió un empujon, diciéndome: quítate de ahi, que has errado el tiro: yo soy un hombre que pronostíco y astrológo á otros, mas que no nació para ser *astrologado*. Ya lo sé muy bien, le repliqué, ya lo sé, Señor; ya sé que su merced es un gran Médico, y que los Médicos deben saber la Astrología, asi para arreglar las curas

á

á la qualidad de las influencias que inspiran los Planetas y Astros superiores, como tambien para acertar en los pronósticos que de quando en quando se deben hacer sobre los progresos y futuros pasos de las enfermedades. Por tanto me parece puedo decir á usted con fundamento, que las escogidas Efemérides á que se ha dedicado, le subministrarán este año noticias muy falaces, para que no se fie de ellas en las curaciones que emprendiere. A buena cuenta desde luego me atrevo á adivinar, que aunque con mucha razon se le puede llamar á usted el Fenix de la Medicina, y el Hipócrates de nuestros tiempos, con todo eso tiene muy poca fortuna, y el comun de las gentes hace poco aprecio de su gran sabiduría. Es demasiada verdad (dixo él entonces) que en esta Ciudad hacen poca estimacion de mí, y tanto, que mas de una vez me ha venido al pensamiento de abandonarla, viendo verificado en mi persona aquello de *nemo Propheta in patria sua.* No parece sino que me tienen por un hombre desconocido, siendo asi que recibí publicamente la borla de Doctor en Filosofia y Medicina no menos que en la Universidad de Bolonia, Madre de las ciencias, y la Atenas de Italia. Con esta ocasion se publicaron, y se fixaron en todas las esquinas de la Ciudad millares de Sonetos y Canciones en alabanza mia. Sin embargo ningun enfermo me llama, y no hago otra cosa que curar la gente mas pobre y mas miserable, de la qual no saco, ni puedo

sa-

sacar la mas mínima utilidad. Pues Señor mio, repuse inmediatamente, si usted ha visto que le he dicho la verdad por lo que toca á lo pasado, siendo así que no tenia el honor de conocerle, porque hasta ayer nunca habia puesto los pies en esta Ciudad, hágame la justicia de creer lo que ahora le diré por lo respectivo á lo futuro. Dí pues lo que quisieres, me respondió el Médico, que yo te oiré con mucho gusto. Con eso volví yo á proseguir mi discurso de la manera siguiente. En fin ya es llegado el tiempo de vuestra mayor gloria. En este mismo año, Señor, saldreis del olvido en que os ha tenido la fortuna: esta os está ya mirando con benignos ojos, sentada imperiosamente en lo mas alto de su rueda, y os alarga propicia su fatal cabellera para que la asegureis con el clavo que ha de fixar su volubilidad y su inconstancia. En este año habrá gran cosecha de enfermos; pero los remedios ordinarios que enseña el Arte para curarlos saldrán todos fallidos, por una ignorada y fatal constelacion dominante. De manera, que si quereis ser feliz en vuestras curas, será menester que receteis todo lo contrario de lo que enseñan vuestros Médicos preceptos, y de lo que hacen los demas vuestros compañeros. De esta manera en poco tiempo adquirireis gran fama, y los otros perderán la que tenian. Quando esteis ya bien acreditado, no temais que ninguno os recargue, ni os culpe por mas desaciertos que hagais, aunque pobleis los Cementerios, y

despobleis las Ciudades con vuestras erradas curas. Oyóme el Médico con la mayor complacencia, dióme mil gracias, y en paga de mis predicciones se ofreció á asistirme de valde, y por pura amistad en la primera grave enfermedad que me sobreviniese. Ya sabia yo, le dixe, que usted no tenia en la faltriquera ni siquiera un ochavo para remunerarme; pero nunca fué mi ánimo recibir de su mano cosa alguna, porque á hombres de tanto merito como usted, tengo particular gusto en tratarlos con toda generosidad.

Pasados tres ó quatro dias le volví á encontrar en una calle. Apenas me vió, se vino hácia mí, y tomándome la mano me dixo con mucha alegria; ¡Oh amigo Astrólogo, y quanto celebro este buen encuentro! Has sido para mí un nuevo Zoroastro, y no sabes bien quanto obligado estoy á tus felices vaticinios. Apenas te apartaste de mí se me ofreció una buena ocasion de aprovecharme de ellos. Hallábame en una Botica donde oí hablar de la enfermedad de un gran Señor de este Pais, á quien los Médicos habian desauciado, dexándole ya en manos de los Religiosos con una especie de mortal agonía. Hallabase el enfermo oprimido de una hidropesía, exâltada ya al tercer grado, cuya curacion daban por desesperada los primeros y mas acreditados Físicos de Italia. Habiendo oido yo el deplorable estado en que se hallaba, acordandome de lo que me habias adver-

tido, quise próbar cómo salian tus consejos. Ofrecime pues públicamente á curar al tal Caballero, con tal que le dexasen solo á mi cuidado. Inmediatamente se echaron todos á reir, y algunos Médicos que estaban presentes comenzaron á encogerse de hombros con cierto ayre bufonesco, y aun se dexaron caer algunas mordaces pullas. El Boticario, que era un hombre venerable así por su edad, como por lo eminente que era en su profesion, dixo tambien medio burlándose: Si este Señor sabe hacer milagros, dexémosle que haga el que dice. Nada se va á perder en que el enfermo muera en sus manos, una vez que esté ya condenado á morir en las de otros. En conclusion, yo fuí llamado á visitar aquel Caballero, y él me admitió por su Médico. Habiendome informado de la regla que habian observado mis predecesores, la qual era hacerle comer siempre carne quemada en vez de asada, prohibiéndole absolutamente todo género de bebida, hice ánimo á seguir un método enteramente contrario. Ordené que me traxesen una buena cantidad de agua, en la que hice como que echaba ciertos polvos, que fingí sacar de mi faltriquera; dísela á beber tumultuariamente, hasta que efectivamente se la echó á pechos sin dexar una gota. De allí á pocas horas dispuse que le diesen un vaso de vino generoso, y no quise apartarme del quarto del enfermo en toda la noche, hasta ver el efecto que producia aquel nuevo método de me-

di-

dicar la hidropesía. No creerá usted, Señor Astrólogo, como todo me salió á las mil maravillas. A la media noche comenzó á expeler por la cámara y por la orina una prodigiosa cantidad de materias sólidas y fluidas, y prorrumpiendo despues en un sudor el mas copioso y violento que habia visto en mi vida, su cuerpo, que estaba hinchado como una bota, le hallé por la mañana enjuto, y reducido á su natural constitucion. Repetí entónces las bebidas de agua y vino en la misma cantidad, de manera que al presente el Caballero se halla enteramente sano y salvo, sin necesitar de otra cosa que de alimentarse bien, para recobrar las fuerzas abatidas por tan grave y prolijo mal, nó menos que por los medicamentos antisalutíferos que le habian aplicado. Valióme esta cura un grande y muy costoso regalo; el qual debo partir contigo, reconociéndome obligado de mi buena fortuna á tus sapientísimos preceptos. Diciendo esto me metió en la mano un bolsillo, que no tuve espíritu para desechar, y habiendo advertido al Médico que no se olvidase del método que le habia sugerido, me partí de allí, no acabando yo mismo de admirarme de que un hidrópico hubiese sanado sin otro remedio que el de hacerle beber agua y vino. Despues de esto visité el tal bolsillo, y le hallé proveido de 24 escudos, los que agregué al demas peculio Astrológico que habia ganado por mis puños.

Mien-

Mientrás tanto habia adquirido ya gran fama de singularísimo Adivino en toda aquella Ciudad. Corrian en tropas á ser *astrologados* por mí los hombres y mugeres de todo el estado, y me bandeaba muy bien con todas las clases de ellos. A los solteros y solteras los decia, que presto dexarian de serlo; á los casados los adivinaba quántos hijos habian tenido, y quántos habian de tener; añadiáles que pasado cierto tiempo padecerian una grave enfermedad, y pasado despues otro cierto término se les vendria á las manos una gran fortuna. Venian á mí litigantes que deseaban saber el éxito que habian de tener sus pleytos, maridos que me preguntaban si eran honestas sus mugeres, enamorados que pretendian les dixese si les eran fieles sus damas, y así de todas las demas clases, y calidad de personas: tanto que parecia ser yo el Oráculo que décidia de la suerte que habia de tocar á cada uno. Pero quando yo me hallaba en el mayor auge de mi fortuna, aquellos mismos bufones que dixe arriba, fueron causa de que hiciese un firme propósito de abandonar para siempre la bella profesion de Astrólogo. El caso sucedió de esta manera. Enseñaronme una mañana á un hombre muy gordo y muy pantorrilludo, que estaba concertando unos pollos en el Mercado. Anda, me dixeron ellos, y di á aquel hombre que no gaste dinero para comer aquel dia, porque sabes que en él ha de ser convidado á una gran mesa, donde podrá saciar-

ciarse á su gusto de lo mas exquisito y mas delicado que suministra el Pais. Executé prontamente todo lo que me dixeron. El buen hombre, que tenia la mejor traza de parasito y de pegote profeso, y que ya estaba con el dinero en la mano para pagar el importe de los pollos, luego que me oyó recogió su dinero, y se le volvió á meter en el bolsillo, dándome mil gracias por la noticia que le habia dado tan á tiempo. Despues de esto le observé que se entró en una Botica, sin duda para tomar alguna bebida diluente ó purgante, que limpiase el estómago de lo que habia engullido el dia antecedente, y despues irse á esperar en su casa al sugeto que habia de convidarle. Pero por la cuenta le debió salir fallida su esperanza, porque luego que yo acabé de comer le ví entrar en mi Posada hecho un veneno, acompañado de otros dos que parecian criados suyos, á los quales mandó que me moliesen á palos, y mientras ellos me rompian las costillas, el tal hombron me estaba diciendo con grande socarroneria: *Señor Astrólogo adivine ahora usted con quantos palos he determinado regalarle.* En vano le procuraba yo aplacar con mil escusas, y pidiéndole por amor de Dios que tuviese misericordia de mí. Prosiguió adelante la paliza, hasta que me molieron bien los huesos, y el hombron se partió muy ufano y contento de su venganza, dexándome tendido en tierra, quebrantado todo el cuerpo, hecho pedazos el vestido, y yo mal-

maldiciendo la hora y el punto en que se me habia puesto en la cabeza el loco pensamiento de meterme á ser Astrólogo.

Luego se supo en toda la Ciudad de Plasencia mi desgracia. Unos se reían desaforadamente, y otros me tenian grandísima compasion, particularmente quando se llegó á saber, que yo no habia tenido otra culpa en aquel lance que la imprudente ligereza de haber condescendido con el genio maligno y mofador de aquellos satíricos bufones. Uno de los primeros que supo mi trabajo fué mi famoso Médico, el qual vino inmediatamente á visitarme, y escrupuloso observador de su palabra sin interes, y con exclusion de qualquiera otro. Y lo mejor de todo fué, que absolutamente queria curarme de mis heridas y contusiones todo al contrario de lo que enseñaba el Arte, y esto por no desviarse un punto, ni faltar en un ápice al método que tanto le habia yo mismo inculcado; y me costó muchísimo el poderle persuadir, que aquella regla mia en el caso presente (que era mas quirúrgico que Médico) padecia grandísimas excepciones. Apenas me senti sano, no tardé un momento en salir de un Pais de quien llevaba tan indelebles memorias, y arribando á Parma, pasé revista á mi bolsillo, y hallé que habia ganado cerca de trescientos escudos. Habíame enseñado la experiencia, que el dinero se acaba presto quando la industria no se aplica á reclutarle, y tenerle siempre vivo. Y asi me

me puse á pensar el partido que habia de tomar para asegurar este reemplazo: puesto que me hallaba ya sobradamente convencido de que el oficio de Astrólogo era muy peligroso. Ya advertí desde el principio, que me repugnaba toda profesion que no fuese de una total independencia, y así despues de mucha meditacion y largo exámen determiné anunciarme por un Poeta errante, universal, é Improvisador, es decir, por un Poeta que sobre qualquiera cosa que le propongan, recita de repente. En Italia se usan mucho estos Poetas, que llaman *Improvisadores.*

CAPITULO XVI.

Fingese Isidoro Poeta errante, universal, é Improvisador. Recita como tal en Parma, Florencia y Roma, en cuya Ciudad toma la última resolucion.

Habia aprendido algunos principios de Poesia en el estudio de Barcelona, y como mi lengua nativa era la Italiana, me habia dedicado á leer los mejores Autores que habian escrito en ella. Durante mi navegacion á México, habia sacudido el polvo muy particularmente á los libros de Poesia Italiana, sin que por eso me reconociese con disposicion, ni mucho menos con la mayor facilidad para hacer versos. No obstante eso lo primero que hice fué fixar un Cartel

tel, en que daba noticia al Público como habia llegado á Parma un Poeta errante, universal, é Improvisador, que se obligaba á componer de repente sobre qualquier asunto, y á responder de la misma manera á qualquiera pregunta que se le hiciese, en verso de consonantes precisos y rigurosos. Significaba en el mismo Cartel, que Lino y Homero primeros Poetas de la antigua Grecia, como tambien Orfeo, anterior á ellos, no habian sido mas que unos hombres errantes como yo, que andaban de Ciudad en Ciudad, sustentándose de lo que les daban los apasionados y amantes de la Poesia. Metió gran ruido en todo Parma esta novedad; y la primera vez que subí al Tablado, que á manera de Cátedra me habia hecho levantar en medio de la Plaza pública, logré un gran concurso de la Nobleza y Literatos de la Ciudad, curiosos todos de oir la Prolusion con que hacia la abertura de mi nuevo Teatro. El asunto de la Prolusion se reducia á un pomposo elogio de la Poesia, y de todos aquellos que la cultivaban, empeñándome en probrar que élla habia sido el lenguage propio y peculiar de los Dioses de la Gentilidad. Tuvo un grande aplauso la tal Prolusion, y habiendola hecho imprimir me produxo una ganancia mas que mediana. Al baxarme del Tablado me rodeó una multitud de mozalvetes, que á porfia me encargaban les hiciese varias amorosas composiciones, para enviarlas cada uno á su respectiva Filis, entregán-

dome cada qual una memoria, en que estaban escritas las particularidades de la Dama, á fin de que el Madrigal ó Soneto fuesen enteramente específicos y adaptados al sugeto á quien se habian de dirigir. Uno queria que alabase su bella boca, cuyo aliento era mas fragrante que el Cinabro, quien sus blancos dientes, cuya blancura dexaban muy atras á la del mismo marfil, quien sus mexillas, que parecian un extracto qüimico de rosas, quien el seno, un mar de leche por donde navegaban los ojos, quien finalmente los ojos, las cejas, la garganta, el cabello, y no faltó uno que me encargó no me olvidase de exâltar hasta las nubes la graciosa corcoba de su adorada bella extravagancia que quando la leí al abrir los billetes, me hizo rebentar de risa.

Aquella noche, pues, trabajé catorce breves composiciones, adaptadas al genio de los que deseaban acreditarse de Poetas, con sus correspondientes Ninfas, y por la mañana acudieron todos á recibirlas, mostrándose muy satisfechos, en prueba de lo qual me las pagaron bien, de manera, que tambien quedé yo muy contento de estos buenos principios de mi nueva profesion. Pero al mismo tiempo hice un mal pronóstico de sus amores: porque sino ofrecian á sus Idolillos mas que Sonetos y Madrigales, tenia por cierto que solo podian esperar de ellas una correspondencia semejante á la suya, y por consiguiente muy distante de sus muy diferentes deseos.

seos. Pero ya se iba acercando la hora de presentarme al Público para hacer mi segunda prueba. Tenia prevenida para ella una larga Cancion en aplauso de los reynantes Duques de Parma, que habia trabajado las noches antecedentes, zurciendo varíos retazos de las bellísimas composiciones que habian hecho los mayores Ingenios de Italia con ocasion de sus Reales Desposorios. Pero lo habia hecho con tal arte, que todo parecia cosa nueva, y cosecha enteramente mia. Con efecto conocí entónces que uno que tenga un poco de ingenio, puede robar todo lo que quisiere sin que lo conozca la mayor parte de los Lectores. El hecho fué que aquella obra me grangeó nuevos aplausos, y habiéndose presentado á la Corte, me valió el honorifico regalo de un medallon de oro que el Real Duque me hizo dar, el que inmediatamente me le eché al cuello, como distintivo de un particular honor. Todos los Cortesanos se proveyeron de exemplares, de manera que no me quedó ni uno solo, y así me hallé de repente rico sin la menor fatiga mia. Pero como en mi Cartel habia prometido que responderia de repente en verso á qualquiera pregunta que me hiciesen, me hallé aquella noche con exquisitas preguntas que me hicieron por escrito muchos bellos Ingenios, á las quales respondí lo menos mal que pude y supé; logrando la fortuna de que mis respuestas, en atencion á la prontitud y facilidad con que las daba, fuesen benignamente recibidas. Lo mismo

mo sucedió en otras varias noches subsiguientes, sin que por eso me faltasen ocasiones de trabajar en casa con no poco adelantamiento de mi bolsillo, en las muchas composiciones que me pedian sobre todo genero de asuntos aun los mas baxos, y mas despreciables. Entónces conocí hasta qué punto se veía abatida en nuestros tiempos la desgraciada Poesia, porque habiendo leído que en sus principios solamente se empleaba en la alabanza de los Dioses, mas adelante en el elogio de los Héroes, despues en desahogar las pasiones amorosas en Elegías, ó en exprimir las inocentes costumbres de los Pastores en las Eglogas, ó en representar las virtudes y vicios de los Príncipes en la Tragedia, ó á ridiculizar las acciones y vicios de los hombres en la Comedia y en la Sátira, sin algunos otros usos á que la aplicaron (pero siempre noblemente) los Poetas antiguos Griegos y Latinos; hoy casi se veía obligada á envilecerse, forzándola á emplearse en las cosas mas baxas y mas vulgares. No se vé otra cosa todos los dias que esquinas y paredes ensuciados públicamente con Sonetos, que dan el título de segundo Demostenes al mas miserable Orador, de otro Papiniano al mas ignorante Legista: Epitalamios que en otros tiempos solo se componian en celebridad de las bodas entre Príncipes y grandes Personages, pero hoy se esparcen centenares de ellos en gracia de la boda de qualquiera Ciudadano, y tal vez aplaudiendo el Desposorio de un rico

co Labrador. ¡Quanta metralla Poética de este jaez me ví yo precisado á componer en poco tiempo! ¡Y quantas veces, al mismo tiempo que conocia lo mucho que me frutaba este indecoroso trabajo, me dolia íntimamente de verme obligado á emplear en una sucia y vil adulacion un Arte que solamente se inventó para que dispensase sus mas veraces y sínceros encomios al legítimo y verdadero mérito! Pero mientras tanto yo me aprovechava muy bien del mal gusto, ó por mejor decir, de la corrupcion del Siglo, y admitido á las mas nobles conversaciones, me consideraba como un hombre extraordinario, principalmente en una edad como la mia, que no llegaba á 24 años. Con este gusto pasaba alegremente mis dias en la Corte de Parma, quando un accidente me obligó á retirarme de ella. Entre los muchos billetes de preguntas que recibí una noche, me encontré con uno que contenia esta pregunta, si un hombre que vilmente habia sido apaleado, podia ser admitido con decencia á las conversaciones nobles y distinguidas? Penetré desde luego todo el maligno énfasis de la tal preguntilla, y lo que con ella me querian dar á entender, pero no queriendo yo darme por entendido, respondí con entera indiferencia, que si al tal hombre le habian dado los palos por haber cometido alguna accion torpe, ó indigna, el deshonor que le resultaba no era por haber recibido los palos, sino por la misma torpe accion que habia dado motivo á ella;

ella; y por consiguiente le hacia indigno de ser admitido á la conversacion no solo de la Nobleza, pero ni aun á la de personas Civiles y honradas, pero que si habia recibido aquella afrenta por desahogo de alguna injusta venganza, de alguna emulacion, ó furiosa envidia, el que le afrentó, y no el afrentado es el que debe ser excluido para siempre de toda concurrencia de gente Noble y Civil. Agradó mucho mi respuesta al que me habia hecho la pregunta; porque el dia siguiente, al baxar de mi Tablado, se me descubrió el autor, y me confesó paladinamente que lo habia hecho porque habia conocido que yo era el mismo Astrólogo que habia visto en Plasencia, donde habia sido maltratado por el archipegote trogoldita y comedor de aquella Ciudad. Dióme palabra de que ninguno sabria de su boca aquella mi desgraciada aventura, protestando, que viendo mi grande espíritu se habia apasionado tanto por mí, que en todas ocasiones procuraria promover mi estimacion y conveniencias quanto le fuese posible. No obstante todo esto entónces conocí la solemnísima necedad, y grandísima imprudencia que habia cometido en plantar mi primera Cátedra de Poesia en una Ciudad tan inmediata á otra de donde habia salido con una marca en las espaldas, que justa, ó injustamente estampada, siempre se reputa poco honorífica en el concepto universal. Asi pues traté de partir quanto antes de Parma, sin aguardar á que vinie-

niesen otros Placentinos, no tan discretos como el primero, que hiciesen pública mi desgracia. Mas para que mi repentina partida no se interpretase fuga, fingí haber recibido una carta de Milán, que yo mismo habia forjado, y muy de estudio habia leido á muchos, en la qual me llamaban á dicha Ciudad con el mayor empeño y apuro.

Arranqué pues de Parma habiendo aumentado decentemente mi tesoro Astrológo-Poético; pero en vez de dirigirme á Milán, quando llegué á cierto sitio torcí el camino hácia la Mirándula, y por la via de Ferrara retrocedí á la Toscana. Aquí si que es menester gran juicio, dixe luego que me ví en el primer Lugar de aquel estado. Este es el Pais del hablar culto y pulido; aquí está la Poesia en su mayor auge, y la Crítica en su mas inflexible severidad. Quando me vea en Florencia será preciso que atienda mas á la propiedad de las voces que á lo sólido y machucho, ni á lo delicado de los pensamientos. Allí nada importa que el pan no sea sabroso y sano, con tal que sea blanco. El cribo de que aquella Crítica se vale para purgar las cláusulas, solo dexa en la superficie las letras; y á lo mas mas las voces, pero los mas altos pensamientos expuestos con expresiones puras, naturales y castizas, todos van abaxo con el polvo, la neguilla, y los granzones. Asi discurria yo conmigo mismo, y quizá no discurria bien, mientras el Mesonero me disponia una

es-

escasísima cena; porque habiéndole preguntado qué tenia que darme de cenar, pues verdaderamente me sentia con hambre, Señor, me respondió, *cenará su merced un par de huevos, que por vida del gran Duque verá que son la cosa mas regalada del mundo.* A fé, le dixe entónces, que esa cena no me cargará mucho el estómago. Así fué con efecto, porque dormí bien toda la noche, y por la mañana me hallé muy libre de aquellos ingratos vapores que suelen enviar á la cabeza los platos demasiadamente delicados. Proseguí pues mi viaje, y quando llegué á Florencia me apeé en una Posada, donde previne inmediatamente al Posadero que yo queria ser tratado á la Lombarda. ¿Que quiere decir eso? me preguntó. Quiere decir, le respondi, que yo quiero comer bien y mucho, antes que poco y pulidito, como dicen se usa en esta Ciudad. La limpieza y el aseo me agradan; pero la escazez no es de mi gusto. Me prometió que seria obedecido, sin darme en cara con el proverbio ó repulgo Florentiuo: *E' giunto il Lupo*: *ya llegó el Lobo*, y yo me salí á dar una vuelta por la Ciudad. Hice fixar mis Carteles en los sitios mas públicos, avisando á todos que dentro de tres dias daria principio á mis funciones en las Plazas mas freqüentadas. Ya darán ustedes por supuesto, que yo procuraria escribir mis Carteles, en quanto me fuese psible acomodados al gusto de la Nacion, y que no dexaria pasar vocablo alguno sin enviar-

lo

le bien asegurado con su pasaporte del Diccionario de la Crusca del qual me habia proveido luego que determiné ir hacer una visita á la Toscana. De la misma manera tampoco me olvidé de las transposiciones de los verbos, desterrados á la cola de los mas largos periodos, ni de aquellas pulidas antitesis, y otras figuras purísimas, usadas del gran Boccaecio, distribuyéndolas por todo el papel con delicada eleccion, y así esperaba que mi Cartel seria tenido por un *Capo de Opera* en una Nacion que se gloría de ser la única que posee el verdadero, el mas legítimo y mas culto idioma de Italia. Con el mismo gusto, en quanto lo permitia la naturaleza del verso, habia corregido y retocado la primera composicion que recité en Parma, volviéndola á recitar en Florencia de memoria, como lo hacen los Predicadores quando pasan de un Lugar á otro á predicar sus Quaresmas. Y aunque la tal Prolusion fué muy aplaudida, fueron muy pocos los que la compraron: observacion, que desde luego me hizo formar un pronóstico muy melancólico de mi Poética utilidad en aquel gran Pueblo. Con efecto los diez dias que me detuve en la Capital de la antigua Etruria, recogí una cosecha abundantísima de elogios tan excesivos, que llegaron á proclamarme por digno de ser coronado en el Capitolio: los auditorios eran inmensos, las preguntas que me hacian interminables; los aplausos á millones; pero el dinero muy escaso. Yo no sabia á qué atri-

buirlo, si á la poca estimacion que se hacia de mis versos, ó al genio económico de aquellos Ciudadanos. Lo único que puedo asegurar es, que mis orejas quedaron mas contentas que mi bolsillo de la poca fortuna que habia tenido con ellos: y mas quando ví que el Posadero me pedia mas de lo que era razon por haber querido yo comer á la Lombarda. Esto es tanta verdad, que quando determiné mudarme á otra parte, hallé que solo habia adelantado dos escudos con todas mis fatigas y sudores en Florencia. Por lo mismo no me pasó por el pensamiento el querer ver ninguna otra Ciudad del gran Ducado, persuadido á que todos los demas Pueblos del mismo Estado imitarian el exemplo de la Metrópoli, y así resolvi transferirme inmediatamente á Roma, no ya para ver si se verificaba en ella mi coronacion, sino para disfrutar la liberalidad de tantos Cardenales, Príncipes y Ciudadanos como habia en ella, y hacer lo posible para recompensar la demasiada prudencia Florentina.

A buena cuenta, decia yo, aquí será necesario mudar de estilo. La famosa Academia de los Arcades ama en el verso la simplicidad. En lugar de los nombres de Héroes, habrán de entrar los de Pastores y Ninfas. No se han de nombrar otros Dioses que los de Pan, Pomona, Baco &c. ni otros Montes que el Erimanto, el Menalo y el Licéo, ni otros Rios que el Peleo, el Alfeo, ni otras Fuentes que la Castalia, la

Are-

Aretusa, ni finalmente otros instrumentos Músicos que la Flauta y la Zampoña. Las Driades, las Amadriades, los Faunos, los Sátiros, los Silvanos, las Cabras, las Ovejas, Corderillos y Carneros, con los Lobos, las Cavernas, los Antros, los Abetos, las Ayas, los Tillos, los Tamarindos, y otros árboles se han de vestir de epitetos adaptados, y ellos solos deben hacer toda la substancia de una Arcádica composicion. Solo con esto malamente me parecia á mí que debia ser tenido por otro Teócrito, otro Virgilio, y otro Sanazaro. Lleno de estos fantásticos pensamientos me hallé dentro de Roma quando menos lo pensaba, conducido de un mal Calesero, que me llevó á desmontar en un *Albergo* miserabilísimo, donde no encontré otra cena que la pierna de un pollo ético y tísico, con aquella maldita bebida que se llama *Vernacha*, la qual sabe menos á vino que á agua corrompida ó ahumada, y para dormir una cama que en toda ella no habia quatro libras de lana, haciéndome pagar dos Julios por todo aquel matalotage.

La mañana siguiente, no haciendo caso de todo quanto me quiso decir el Posadero, dexé aquella Casa, y me fuí á una buena Hostería en Plaza Navona, por otro nombre *Plaza Agonal*, donde el trato era un poco mejor, pero el gasto era excesivo. Esto solamente lo digo para que se entienda, que en todos los Paises de Italia se procura cargar todo lo que se puede al

po-

pobre forastero, pero muy particularmente en la Romania. A este tiempo habia yo fixado ya mis Carteles, y habia tambien llegado el dia de mi primera comparecencia en la gran Plaza del Vaticano. Recité pues muchas estancias en octava rima á modo de una Oracion bien ordenada, cuyo asunto era Pastoral, con alusion al gran desvelo con que apacentaba su Grey el Pastor universal que reynaba á la sazon. Pareciame á mí haber compuesto una obra que seria recibida con el mayor aplauso; pero me engañé enormemente, porque fué muy desgraciada, y es que me consideraban como uno de tantos tunantes charlatanes, que van con la Guitarra en la mano por las calles y las Plazas cantando insulsísimas Canciones. No concurrian á oirme mas que personas viles, y de la mas ínfima plebe, y aun estas, ó porque no las entendian, ó porque mis versos no les agradaban, ningun aplauso me hicieron ni con la boca, ni con la faltriquera. Tanto, que desesperado yo mismo fuí á hacer pedazos mis Carteles, arrancándolos de donde estaban fixados, y mudando prontamente de Posada, me fuí á esconder en una callejuela del otro lado del Tybre, donde una muger alquilaba quartos y camas á los forasteros á un precio muy moderado; resuelto á mantenerme solo y retirado, hasta pensar bien y maduramente lo que habia de hacer para vivir en adelante. No dexaba de conocer que el gran sequito que habia logrado en Parma era uno

de

de aquellos engañosos golpes de la fortuna, que tal vez como que se divierte en mostrarse alegre y risueña con algunos que no lo merecen, para burlarse despues de ellos, volviéndolos de repente las espaldas quando menos lo pensaban. Quedé bien persuadido á que era menester otro mucho mayor fondo de erudicion y de doctrina que el que yo tenia para merecer el concepto de gran Poeta, porque esta profesion no es tán facil como les parece á algunos, que solo saben juntar once ó siete sílabas en diferentes pies de verso, con sus consonantes tales quales. Así que arrimé para siempre á un lado el pensamiento de versificar, y como desde el primer momento que me ví en Europa de vuelta de la América habia resuelto restituirme á mi Patria para saber qué se habia hecho de mi Madre, y de mi cruel Padrastro, me determiné á poner en execucion este proyecto, ya que me hallaba todavía con bastante dinero para emprender aquel corto viaje.

CAPITULO XVII.

Enamórase la Señora Felipa de Isidoro, é Isidoro se enamora de ella. Hácela esta una muy pesada burla. Parte á Nápoles. Sucesos de esta Ciudad, y al cabó es recibido por Ayudante de un Abogado del Crimen.

Mientras tanto la dueña de la Posada donde

yo

yo me hallaba, aunque pasaba ya de quarenta años, se mostraba ciegamente enamorada de mí. Hacíame mil finezas, componíase extraordinariamente, y usaba de mil afeytes para parecer mas linda y mas graciosa á mis ojos. Quando yo me iba á acostar ella venia á mi quarto con el pretexto de saber si me ocurria alguna cosa, decíame mil cosillas, y en tono festivo se adelantaba tal vez á retozos poco indiferentes. En fin cedió mi flaqueza á los encantos de aquella Circe; y como yo solo pensaba dar gusto en todo á la Señora Felipa (que este era su nombre) ella mostraba corresponderme con particular ternura. Duró algunos meses nuestra amorosa correspondencia, sin desazon, disgusto, ni accidente alguno que la interrumpiese, hasta que un dia del mes de Enero, extraordinariamente rígido por la gran cantidad de nieve que habia caido, estando yo calentándome á la Chimenea, comenzaron á llamar á nuestra puerta con mucha furia, y con terribles golpes. Salió apresurada Felipa á saber quién era el que llamaba con aquella prisa, y yo quedé aturdido quando un momento despues la ví volver corriendo hácia mí toda azorada, y oí que me decia: amado Isidoro mio, gran desgracia para los dos! Etele aquí que ha llegado mi Marido, á quien yo creía muerto. Ojala que mil Demonios hubieran cargado con él. No sabe que yo me haya metido á Posadera: es un hombre bestial, un Diablo en carne humana; si te viera aquí,

¿quien

¿quien sabe lo que haria contigo y conmigo? Es menester que te escondas hasta que yo le informe de todo á mi modo. Vente conmigo, que yo te meteré en aquel pequeño patio que está á las espaldas de la escalera, donde estarás quietecito hasta que yo vaya á sacarte de allí, pues te juro sobre mi palabra, por el inmenso amor que te tengo, y por estas lágrimas que me ves derramar, que quanto antes acudiré á librarte, y á ponerte en salvo. Mientras tanto proseguia con mayor esfuerzo el golpeo de la puerta, la pérfida hembra lloraba desechamente, y yo neutral entre el miedo y el amor, no sabiendo qué h c rme, me dexé encerrar en el Patio, que estaba á Cielo descubierto. Nevaba á la sazon poderosamente, soplaba sin intermision un furioso cierzo, el empedernido hielo que tenia debaxo de los pies no me permitia dar un paso sin peligro de resbalar, y romperme las piernas y la cabeza, defendida únicamente con un viejo y miserable gorro de hilo. Yo comenzaba ya á garapiñarme, y daba diente con diente, de manera que daria compasion aun á los mismos Tigres Hircanos. Pasáronse mas de dos horas sin que viese, ni sintiese á la Señora Felipa. Ya no sentia yo pies ni manos, y la nariz me parecia habérseme convertido en un pedazo de mármol. Quando ya no pude mas, comencé á pedir socorro, primero en voz baxa, y despues en alta voz; pero ninguno me oía, ó á lo menos fingian no oirme. Entónces prorrumpí en

mil

mil maldiciones contra mi amor, contra la Señora Felipa, y con ella contra todas las mugeres del mundo; pero todo esto era un desahogo inútil, ó por mejor decir perjudicial, porque solo sirvió para que aquella infame muger, alterada de veras, ó fingiéndose alterada, se asomase á una ventana juntamente con su Marido, cuya cara parecia de un Antropófago, ó de un Lestrigon, y en una música descompasada me cantasen un duo, tratándome de Ladronazo, y añadiendo en vez de recitado, que presto vendria el *Barigelo*, y haria que me llevasen á la Cárcel del Gobernador, donde á mi gusto podria calentarme. Consideren ustedes quál seria mi rabia quando oí hablar á aquella Zorra de esta manera. Yo la respondí llenándola de insolencias, y hubiera proseguido diciendola muchas mas, á no haberme amenazado su Marido, ú acaso su Rufian, con una voz becerril, y aberracada, que sino trataba de callar baxaria presto á hacerme respirar por el garguero. Lo peor de todo fué, que tras de la terrible amenaza vino volando por el ayre un gran vaso bien atestado de inmundicias antistéricas, cuyo pestilencial olor no dexaria que se acercase á mí ni de una legua el mas atrevido mal de madre. No se malogró ni una sola pizca, porque todo él me bañó de pies á cabeza. A este tiempo llegó el Señor *Barigelo*, es decir el capataz de los Alguaciles, acompañado de su honradísima gabilla, para sacarme de aquel in-

fier-

fierno de hielo; pero quando se arrimaron un poco hácia mí sus ministros para atarme, sintiendo el pestilente olor que exhalaban mis vestidos, y viéndolos todos embalsamados con aquel nuevo aroma de la Arabia, no sabiendo por donde cogerme, se volvieron mas que de paso hácia atrás, tapándose las narices. Pero repitiendo el Barigelo sus órdenes, se vieron precisados á vencer el horror que les causaba el olor de aquella fétida goma de Algalia, y lo mejor que pudieron, me sacaron arrastrando del patio para llevarme á la cárcel. Hacíanme caminar muy adelante de ellos, y para que lo hiciese mas aprisa, me aguijoneaban por las fundas posteriores con ciertos bastones altos y puntiagudos que llevaban en las manos. Ninguna escusa, ni justificacion mia era admitida, y sin duda me hubieran enviado por ladron al Puerto de Hostia ó al de Ancona, para que enseñáse á caminar las Galeras Pontificias, si los ladridos que daba la conciencia á la Señora Felipa, y el miedo de que se descubriese su detestable y diabólico urdimbre no la hubieran aconsejado que se escapáse de Roma el dia siguiente á la noche de mi arresto, despues de haber vendido lo mejor que pudo los miserables muebles de su casa y trastos de la cocina. Quando la Justicia quiso exâminarla, y recibir su deposicion, no fue posible encontrarla, y habiéndose tomado la de sus vecinos, se vino en conocimiento de su fuga, de su perfidia, y por consiguiente tambien

de mi inocencia. Asi que, luego me dieron libertad, y salí de la cárcel, pero reducido todo mi caudal á solos dos escudos, que por fortuna tenia en la faltriquera, lo demás de mi peculio, que tantos sudores y fatigas me habia costado, todo me lo habia chupado la Señora Felipa. Y ven ustedes aqui al pobre Isidoro reducido otra vez al infeliz estado de mendigo, sin saber qué rumbo tomar para vivir. Ahora sí, me decia yo irónicamente á mí mismo, que puedo hacer con toda comodidad el viage de Sicilia. Pues qué? ¿aquellos dinerillos que yo tenia, fueron tan mal ganados, que mereciesen tener tan infeliz paradero? Y con esta reflexîon exâminaba mi conciencia para ver qué culpa podia yo haber cometido, que provocáse contra mí tan rigurosa ira del Cielo. Inmediatamente aquel fidelísimo testigo de todas nuestras acciones, y mas ocultos pensamientos, comenzó á despedazarme cruelmente el corazon con la memoria de la gran maldad que habia cometido en Génova, engañando aquella inocente doncellita, cuya honestidad sacrifiqué á los torpes deseos de aquel lascivo viejo, y poco digno Caballero: maldad que quizá estaba continuamente clamando por venganza, y habia empeñado la eterna Justicia á fulminar contra mí los mas severos castigos. Dolíame vivísimamente de haber cometido un pecado tan enorme respecto de Dios, y una accion tan ruin y tan villana á los ojos de los hombres, sin dexar de ser tal por

las

las violentas amenazas que me hicieron. Pero este mi arrepentimiento, que quizá no era muy legítimo, no hacia que se restituyese mi dinero, y por tanto, viendo que mi mal no tenia otro remedio, tomé el partido de llevar en paciencia mi desgracia, antes que abandonarme cobardemente á una vil desesperacion.

Partí pues de Roma el mismo dia en que salí de la cárcel, y (¿quién lo creyera?) el mismo *Barigelo* que me conduxo á ella fue el que mas se compadeció de mi trabajo; porque me dió uno de sus propios vestidos, para que dexáse el que tenia acuestas, perfumado con los aromáticos olores de aquella desgraciada noche. Tomé luego el camino de Nápoles, que hice á pie, para llegar con toda la posible parsimonia á Régio, donde creía que siempre habia ocasiones para pasar á Mecina con poquísimo gasto. Llegué sumamente cansado á aquella Ciudad: entréme en una Iglesia para sentarme y descansar un poco, despues de haber hecho oracion. Cogióme el sueño, y me quedé dulcisímamente dormido, hasta que el Guardian de la Iglesia, por ser ya muy tarde, me vino á dispertar. Púseme inmediatamente en pie, y lo primero que hice fue meter la mano en mi faltriquera, para ver si estaba en ella el poco dinero que tenia, y era toda mi esperanza. ¡Pero ay de mí? una desgracia nunca viene sola. Hallé que todo me le habian robado mientras estaba dormido; díxeselo al Guardian, el qual no me dió otro

con-

pero en ninguno de ellos pude encontrar mas que unos pobrísimos trastos viejos, y tales, que ninguno querria tomarse el trabajo de cargar con ellos, aunque fuese públicamente, y á la luz del medio dia. Sospeché entonces, que solo me habia hecho aquel encargo por la natural desconfianza, que suele ser general en todos los hombres, quando llegan á una cierta edad, y en virtud de eso sin detenerme en mas exâmen, solo pensé en esperar la hora oportuna en que debia ir á encontrarle en la Iglesia. Quando aquella se acercó, salí de casa, cerré muy bien cerrada la puerta, fuime derecho á la Sacristia de dicho Templo, y habiéndole encontrado en ella: aqui me tiene usted (le dixe) á su disposicion. Espera un poco, me respondió, oye Misa mientras tanto, y despues te llevaré á donde te tengo ofrecido. Hícelo todo puntualmente, y terminado el divino Sacrificio, partimos ambos juntos, conduciéndome él á una buena casa, cuyas puertas estaban abiertas de par en par. Entramos en una sala baxa, y desde ésta pasamos á otra, donde vi muchas personas que estaban hablando en voz sumisa, y por un cristal que servia como de mámpara á la tercera, vi á un Señor de buen aspecto sentado á una mesa de estudio con otras dos ó tres personas, que estaban tambien sentadas delante de la mesa, y discurrian con él.

Mi conductor, despues de haber saludado á todos los que estaban en la segunda sala, pasó ade-

adelante, abrió francamente la mámpara ó portezuela de cristal, entró sin reparo en la sala tercera, y vi que despues de haber dicho algunas palabras al oído de aquel Señor, se volvió á salir, y llegándose á mí, me dixo: Amigo, espera aqui un poco, que presto serás llamado: yo me vuelvo á mi Iglesia, donde irás á llevarme la respuesta de si has sido recibido al servicio de este buen Patron. Partió pues, y yo me quedé en la antesala paseándome con otros, hasta que salió un criado, diciendo que entráse aquel mozo que habia venido con el Señor Tomás, que asi se llamaba el Guardian. Obedecí prontamente, y quando me vi dentro, me hallé en un espacioso quarto lleno todo de grandes libros de á folio. Luego conocí, que aquella debia de ser la casa de algun Abogado, porque asi era ni mas ni menos el quarto de mi Padrastro en Palermo. Habiendo hecho á aquel Señor una profunda reverencia, como convenia á uno que necesitaba de él, oí que me dixo: Amigo, tengo entendido, por lo que me habló el Señor Tomás, que tienes deseos de iniciarte en la noble profesion que exerzo, gracias á Dios con mucho aplauso, y con no menor provecho. No necesito informarme de tu persona, ni de tu gente, porque habiendo venido por la mano de un hombre tan de bien, como el que te traxo á mi casa, no he menester mas informe. Tu traza me parece admirable, y no dudo que harás grandes progresos en la Facultad, solo con

que

que quieras aplicarte con atencion á lo que yo te iré enseñando mas con el exemplo que con las palabras. Sobre todo te encargo un inviolable profundísimo secreto: este es el gran exe, sobre el qual gira todo nuestro empleo. Por ahora solo te ocuparás en copiarme algunos Alegàtos, haciendo tambien apuntamientos, y otras cosas que te ordenaré, conforme se vayan ofreciendo. Mientras tanto siéntate allí en la esquina de esta mesa, que era el lugar de tu predecesor, el qual, lejos de aprovecharse, abusó mucho de la fortuna que yo le iba fabricando.

CAPITULO XVIII.

Varios consejos del Abogado de Nâpoles á sus Clientes. Discurso que hizo con Isidoro sobre su profesion. Es puesto en prision el Abogado, y parte finalmente Isidoro á Sicilia.

Despues de haberme dicho esto el Abogado, el qual se llamaba el Doctor Pantaficon, hizo que entrâse el que habia llegado primero á la antesala, y luego vi entrar á un viejo juntamente con otros dos Labradores, á todos los quales hizo señas el Señor Doctor que se sentasen. El viejo comenzó á informar al Abogado, que en una Aldea se habia levantado una pendencia, en la qual habian quedado muertas dos personas, y heridas otras dos. Los reos de

de este homicidio, continuó, fueron los hijos de estos dos hombres que vienen conmigo. Es verdad que ellos fueron la causa de la quimera, y que por esta parte su causa es injustísima, porque querian violentar las mugeres de los heridos y los muertos. En estos términos no tiene la menor duda que serán sentenciados á la horca, si la caridad, y la gran sabiduria del Señor Doctor Pantaficon (al pronunciar este nombre inclinó la cabeza casi hasta tocar con la frente en la superficie de la mesa) no hace que sean absueltos, libres y sin costas. Estos buenos Padres de aquellos temerarios mozos los aman con grandísima ternura, al fin como que son hijos suyos, y no perdonarán á gasto alguno, porque son Labradores ricos, por verlos libres y salvos. Asi que, se encomiendan encarecidamente á la proteccion de su Merced. Bien está, respondió el Abogado con mucha gravedad: quedo enterado de todo, y aunque el caso tiene uñas, y no puede ser de peor calidad, no obstante como me deis palabra de que no se faltará un ápice á lo que yo os sugiriere, me atreveré á daros las mejores esperanzas. Me será preciso aguzar mucho el ingenio, y no dudo de salir bien de este empeño. Hoy mismo me iré á informar cómo se ha representado el hecho en los Autos, tanto el de los reos, como el de la parte ofendida, y procuraré se disponga el Proceso de manera, que se logre el fin que todos deseamos. Luego que acabó de decir esto, vi

que le echaron sobre la mesa seis doblones, y que el viejo se levantó, y se salió del Estudio con los dos Labradores, habiéndolos acompañado el Abogado hasta la puerta de la última sala, y mientras tanto se entró un mozo en el Estudio, y se sentó en el mismo sitio que habia ocupado el viejo. Volvió el Doctor á su quarto, y luego le dixo el tal mozuelo, Señor, yo di anoche veneno á mi muger, con quien me casé contra toda mi voluntad, solo por obedecer á mis Padres. Nunca la pude tragar, y es que estaba y estoy enamorado de una que me tiene robado el corazon. Maté á la otra para verme libre, y poder casarme con esta. Conozco que si se rezuma mi fechuria, y llega á oídos de la Justicia, soy hombre perdido. Pronto estoy á gastar hasta cien doblones, como Vmd. me dé palabra, y se empeñe en que no llegará á descubrirse, y que se quedará impune mi delito. Tráeme ese dinero, respondió el Abogado, y dexa lo demás por cuenta mia. Tengo medio muy seguro para hacer que no sea recibida la querella presentada por el único que es parte legítima para darla. Y aun quando no estuviéramos ya prevenidos con la famosa distincion de las dos especies de veneno, *ingénito* y *artefacto*, y con la autoridad de Cardano, y del célebre Zacarías, no tengo duda de que facilmente saldremos bien de este pantáno, solo con que seas servido de añadir alguna cosilla mas á la suma que has prometido. Por lo demás yo verdadera-

ra-

ramente me compadezco mucho de ti; porque en realidad no hay cosa mas escusable, que un hombre en punto de matrimonio quiera casarse á su gusto. Prometió el mozo al Abogado, que volverian á verse antes de comer, y mientras tanto echó otros seis doblones sobre la mesa á aquel su gran consolador, y valiente Jurisconsulto. Acabado el ceremonial del acompañamiento, entró un hombre como de quarenta años, y de una traza que indicaba mucha bondad, y mucha honra: Vengo, Señor (dixo) á cansar á Vmd. en favor de dos pobres hombres que se recomiendan á su mucha caridad, no solo por su miseria, sino tambien por la evidente justicia de su causa. Impútanlos un hurto, de que me consta están inocentísimos, y habrán de perecer los infelices, por no tener dinero para justificarse, si Vmd., por un efecto de compasion, y de cristiana piedad, no toma á su cargo su defensa. Qué diablos! replicó prontamente con un gran grito el Abogado: quiere Vmd. que yo defienda á dos Ladrones? No Señor mio, no quiero perder el buen concepto en que estoy. Piden la razon y la justicia, que toda esta canalla vaya toda á su destino. Todo hombre de bien y de virtud debe interesarse en que sea castigada. Asi que, vaya Vmd. con Dios, y déxeme en paz. El buen hombre todavía queria insistir, diciendo, que la inocencia de aquellos infelices estaba probada y muy probada, y que el Señor Abogado se haria mucho honor

en

en defenderlos; pero el Señor Pantaficon mas alterado que nunca, le replicó muy enfadado: ya le he dicho que me dexe en paz, y que se vaya con Dios. Esa especie de honor es buena para cierta clase de Abogados principiantes, que andan á caza de Clientes para defenderlos de valde. Yo no puedo sufrir ni aun el nombre de Ladrones, y fuera de eso no me sobra tiempo que perder. ¿Lo ha entendido usted? Viendo esto el zeloso defensor de aquellos pobres, levantóse muy melancólico, hizo una silenciosa cortesía al Abogado, y salió cabizbaxo, sin que el Señor Letradazo se dignáse de hacer siquiera el ademán de alzarse de su asiento.

Entró inmediatamente un Religioso, que traía baxo el sobaco un grueso haz de papelones. Aqui está el Proceso consabido, dixo luego al Abogado. Vmd. se servirá repasarle para entrar quanto antes en la defensa de la causa, y mientras tanto sírvase admitir una corta señal de mi agradecimiento en estos veinte cequines. Bien está, le respondió, procuraré servir á Vmd.; pero será menester que dexe alguna cosa para aquel mozo, que ha de trabajar en hacer el apuntamiento. ¿Y quánto le daré? preguntó el Religioso. Pues qué? repuso Pantaficon. ¿No sabe Vmd. ya, que aqui no se contrata, y que nuestros trabajos no se pagan como los jornales? Dele por ahora dos cequines, y quando haya concluido su fatiga, le dará lo que le parezca que merece. Hízolo asi, y partióse. Querian entrar

otros,

otros, pero el Abogado á ninguno quiso recibir, diciendo que tenia recalentada la cabeza por la multitud de negocios que habian ocurrido aquella mañana. Asomóse él mismo á la portezuela de su quarto, y dixo á los muchos que estaban en la antesala: no teneis pizca de discrecion: os amontonais todos de una vez, como si fuerais ovejas, pareciéndoos sin duda que nuestro oficio es cosa de pasatiempo. Quiero ir á tomar un poco el ayre, y despues tengo que ir á ver al Señor Juez, para tratar con él negocios de suma importancia.

Con efecto despues que me enseñó el modo como habia de hacer el apuntamiento del Proceso del Religioso, se vistió su hábito de ceremonia, y salió de casa acompañado de tres ó quatro personas dependientes suyos, que todos los dias le hacian la corte. Díxome tambien á mí que le siguiese, y despues de haber pasado por la plaza, donde muchos Señores uno despues de otro venian á saludarle, entró en un gran palacio, y metiéndose en un quarto, donde habitaba el Señor Juez, estuvo con él en larga conversacion, quedándonos todos en la antesala, sin que ninguno de nosotros supiese lo que habian hablado. Quando salió, le fue acompañando el Juez con mucha cortesia, y al despedirse, oí que éste le dixo, que despues de comer le estaba esperando con las pruebas relevantes del uxôricidio. Por estas palabras comprehendí que habian tratado sobre el negocio de aquel

mozo, que por casarse con su Dama habia dado veneno á su muger. Enderezámonos desde el palacio á la Iglesia, de que era Guardian mi caritativo albergador. En ella, despues que el Abogado oyó Misa con una devocion que inspiraba santidad, se retiró aparte con el Guardian, y estuvieron los dos hablando en secreto largamente. Concluida la conversacion se dispuso para volver á casa, y yo tuve oportunidad para decir al Guardian, que hasta allí me hallaba contentísimo con la admirable conveniencia que me habia solicitado. Me alegro mucho, me respondió: lo que resta es que sepas aprovecharte de ella, y sobre todo guárdate bien de comunicar á ninguno nada de lo que vieres, y oyeres, tanto en su Estudio, como en su casa, donde tendrás un buen quarto, una buena cama, y una buena mesa. ¡Qué bella fortuna (dixe entonces entre mi) para un mozo fugitivo, y casi desesperado! A este tiempo llegó el Señor Doctor Pantaficon, y nos volvimos á casa. Quando entramos en ella me dió la llave del Estudio, y él subió á desnudarse, y á vestirse el hábito casero. Yo me puse luego á trabajar en el apuntamiento, y hallé que el asunto del Proceso era un hurto sacrílego y gravísimo, de que estaba probado reo un hermano del tal Religioso. Acordéme entonces del gracioso escrúpulo que habia hecho el Señor Doctor aquella misma mañana de defender á los Ladrones. Cómo es esto? decia yo entre mí: tanto horror á de-

defender dos pobres hombres acusados de Ladrones sin alguna prueba, y emprender despues la defensa pública de un hombre claramente convencido de un hurto tan infame, tan enorme, y tan sacrílego! Pero tardé poco en hallar la solucion de esta dificultad. El mas ligero hurto, aunque no sea mas que temerariamente sospechado, se abulta por tan odioso, tan grave, y tan enorme como el sacrílego, quando los inocentes solo tienen de su parte la razon, pero sin dinero; y el robo mas sacrílego, evidentemente comprobado y convencido, se transforma en una mera impostura, quando está defendido con aquel mágico metal que hace mudar de cara á todas las cosas. A este tiempo llegó el joven que habia dado veneno á su muger, y traía los cien doblones prometidos. Avisé prontamente á mi Principal, el qual baxó sin detenerse un momento, recibiólos, y ofreció todo el buen éxíto al malvado portador. Ya he hablado (le dixo) al Señor Juez, y si llegáre la querella del veneno, con dos palabritas que yo añadiré al margen de ella misma, estoy cierto de que será sepultada en un eterno olvido. Pero tú, para que nunca se vean las señales de la bebida que diste á tu muger, has de tener la precaucion de disponer, que luego que espire, la metan en una caxa ó atahud cerrado, y que en el mismo la entierren, protestando que no tienes valor para ver el cadáver de tu adorada Esposa. Has de hacer demonstraciones de un dolor inconsolable,

y finalmente ordenar que se la haga el entierro mas suntuoso y mas magnífico. Eso mismo, respondió el mozo, es lo que yo tenia ya pensado, y si fuere menester, haré del desesperado, y me desharé en amargas lágrimas por tres ó quatro dias. Eso será un golpe de Maestro, replicó Pantaficon; y desde luego te aseguro la impunidad. Con esto se despidió el Abogado del pretendiente de Viudo para poco tiempo, y se subió arriba á comer, llamándome á mí para que fuese su comensal. Estábanle ya esperando para comer dos ó tres de sus confidentes con una Damita moza, y nada fea, la qual nunca pude saber si era muger propia ó amiga. Comimos alegremente, y habiendo quedado los dos solos en la mesa, Isidoro (me dixo) en nuestra profesion un hombre escrupuloso tarde se hará rico. Es falta de espíritu no aprovechar las ocasiones que se nos ofrecen de ganar mucho sin grande trabajo. Poca ciencia es menester para discernir si es un malvado el cliente que se quiere defender, ni si es contra la justicia, ó contra la verdad el consejo que se le da para que se defienda. Los que se detienen en estos reparillos, no saben trocar las cartas, diciendo hoy una cosa, y mañana la contraria, sin dárseles un bledo de que los tengan por cabilosos, ó por ignorantes. Estos son como aquellos páxaros, de quienes dice Aristóteles, que en su vuelo apenas saben alzarse de la tierra. ¿Quántos de estos ingenios cobardes hay en esta Ciudad que

no se atreven á defender una mala causa, ni saben hacer su negocio sino por el camino real, ignorando, ó no queriendo aprovecharse de aquellos senderos ocultos, que aunque torcidos, guian con toda seguridad al término que se desea? Los tales solamente se encargan de causas por su naturaleza imperdibles, pero que por lo comun producen una escasa y miserable utilidad. A mí me gustan las causas dificiles y árduas: me va muy bien con ellas, y en todo caso me han grangeado la fama de ser el mas hábil Abogado de la Ciudad, para encontrar salida sin el hilo de Ariadna, á los mas intrincados laberintos, y con efecto todos vienen á mí, anticipándose á prevenirme, para que á lo menos no les sea contrario. Es verdad que algunas veces concurren á mí las dos partes contrarias, y á entrambas las aconsejo, moliendo de esta manera con dos ruedas, ó comiendo, como se dice, á dos carrillos; pero al fin me aplico á la que he reconocido mas liberal y generosa. Si despues me hacen alguna reconvencion, ó me dan alguna queja, me escuso con decir, que la multitud de los que concurren á mi Estudio me hizo olvidar que habia dado parecer á la otra parte, ó que un gran Personage, á cuya autoridad no me podia resistir, me habia obligado á tomar la defensa de la contraria.

Despues que el Señor Pantaficon me dió estas bellísimas lecciones, él se fue á dormir la siesta, como lo hacia siempre por espacio de una ho-

hora, y yo que habia cobrado mucho amor á los dos cequines que me habia regalado el Religioso por el trabajo del apuntamiento, me baxé al Estudio, donde me apliqué con tanto empeño, que quando mi Principal se levantó de la siesta, tenia ya casi adelantada la mitad. Señor, le dixe, aqui tiene Vmd. la mitad de mi trabajo. Pasó los ojos por él, y me dixo: va muy bien; acábale quanto antes, mas te prevengo, que por ningun caso se lo digas al Cliente; porque además de la prisa que me daria para que despachase su causa, la que tengo mis razones para hacer que se dilate, y no se sentencie en el dia señalado, tambien seria esto mismo contra ti. Antesbien te advierto, que quando él te pregunte en qué estado llévas el apuntamiento, le respondas que es cosa larga, y no se puede acabar tan presto; pero ofreciéndole que harás todo lo posible por servirle, aunque sea á costa de velar noches enteras. De esa manera será tambien mas crecida tu gratificacion; porque es natural que creyendo él la extraordinaria fatiga que quieres tomar por complacerle, añada algo á la dósis que te tenia destinada. ¡Pobres de nosotros, si las causas se despacháran con presteza! Entonces nuestros honorarios se reducirian á cinco ó seis; quando prolongándolas con diferentes pretextos, podian crecer hasta quince ó veinte. Quando descubrí esta nueva ingeniatura de los Abogados, determiné no manifestar al Religioso el estado en que

te-

tenia su apuntamiento, y con efecto esta mi raposería me valió una duplicada gratificacion, porque además de los dos cequines gané con ella (gracias á quien me la enseñó) quatro bellísimos doblones de España. No por eso dexé de emplearme al mismo tiempo en otras cortas fatigas, que fueron muy á mi gusto pagadas. De modo que haciendo la revista de mi bolsillo al cabo de un mes de Ayudante, ó (por hablar con mayor propiedad) de Escribiente del Doctor Pantaficon, le hallé pacífico poseedor de sesenta cequines.

Comencé entonces á mirar las cosas con ojos muy diferentes que hasta alli, y jurando francamente en las palabras de mi Maestro, todos los escrúpulos se me escaparon de la cabeza; y quizá hubiera llegado en poco tiempo á competirle, si un no previsto accidente (ordenado sin duda por la divina Providencia) no nos hubiera cortado á él y á mí el hilo de nuestra fortuna. Habia tomado de su cuenta el Abogado, segun su costumbre, la defensa de una injusta causa contra un rico, y poderoso Caballero. Quando llegó el dia de que el pleyto se viese en pública Audiencia, hizo un furioso informe contra él, dexándose caer algunas personalidades demasiadamente licenciosas en grave perjuicio de su honor, cargándole de injurias, como si fuera el mas vil, y mas despreciable Plebeyo. El Caballero, que se vió tan indignamente tratado (y en aquella publicidad), no quiso di-

simular su ofensa; y quando el Señor Pantaficon se volvia á su casa bañado todo en sudor, hétele que se echan sobre él algunos jaquetones, y cargándole de palos, le dexaron tendido en tierra. A mi, que acudí luego á defenderle con los otros que le acompañaban, me tocó tambien algo de aquella confitura, pero no fue cosa de conseqüencia. Al Abogado le llevaron á la cama, donde tuvo que rascar por mucho tiempo, atormentado de las contusiones de los palos, pero mucho mas de la rabia y del dolor de haber perdido su crédito, y sobre todo de parecerle caso desesperado que pudiese volver al exercicio de su profesion. En vista de esto, resolvió desde luego deshacerse de bocas inútiles. Reformó su familia, y yo fui el primero por quien comenzó la reforma, despidiéndome de su casa. Esto ya lo tenia yo previsto desde el mismo dia de su desgracia, y aunque parecia que lo habia de sentir, me alegré mucho de no hallarme en su familia, particularmente quando supe su prision con todas las circunstancias de ella.

Y el caso pasó de esta manera. Habíanse anulado de orden de la Corte algunos Procesos de varios famosos robos que se habian cometido, no solamente en casas particulares, Tiendas y Lonjas de diferentes Mercaderes, sino tambien en distintas Iglesias y Conventos de Monjas. Muchas personas que de los Procesos resultaban culpadas, se hallaron despues inocentes, mientras

que

que los verdaderos reos de tan enormes delitos se paseaban alegremente, y triunfaban á la sombra de su comprada inmunidad. Descubrióse que estos eran aquellos mismos que freqüentaban la casa de nuestro Abogado, acompañándole á todas partes, y haciéndole gran corte. Llegóse tambien á averiguar, que el Abogado caminando de inteligencia con el Juez de las causas, hacia con arte que se obscureciese el rastro de los verdaderos delinqüentes, y que en vez de ellos se apuntasen algunos indicios sobre otros sugetos, que no habian tenido la mas mínima culpa, pero que por lo comun tenian que gastar, los quales viéndose precisados á defenderse, naturalmente habian de recurrir á él. De esta manera el escrupulosísimo Doctor venia á ganar por las dos partes de los verdaderos reos y de los verdaderos inocentes. Por la de aquellos, porque sabia encubrirlos, y se lo pagaban bien; por la de éstos, porque acudiendo á él para que los defendiese, facilmente convencia su inocencia, y estos tampoco se lo agradecian mal.

En virtud de tan importante descubrimiento en un mismo punto fueron arrestados el Abogado y todos sus confidentes. Embargóseles todo quanto tenian; hízose un riguroso registro de sus casas. En cada una de ellas se encontró gran cantidad de joyas, de plata, de dinero hurtado á los particulares, y de ricas alhajas de muchas Iglesias sacrilegamente despojadas. Con esto caí en cuenta del justo motivo que tuvo el

dia.

dia que dormí en su casa, para recomendarme tanto la mañana siguiente, que quando saliese de ella, tuviese gran cuidado de cerrar bien la puerta. Este fue el fin del desdichado Pantafi-con; y esto fue tambien lo que me hizo abandonar desde aquel punto la profesion de Criminalista, que conocí ser sumamente peligrosa para todos aquellos que quieren hacerse ricos con ella.

Juzgué finalmente entonces, que no debia dilatar mas mi restitucion á Sicilia, y con ocasion de unas Galeras ancladas en aquella Bahia, que debian hacerse á la vela para aquella Isla, me embarqué en una de ellas, pactando que me habian de echar á tierra en el puerto de Palermo. Luego que desembarqué, procuré informarme del estado en que se hallaban mi Madre y mi Padrastro. Supe que ambos vivian, pero que mi pobre Madre lo pasaba infelizmente por lo mal que la trataba su marido. No tuve valor para presentarme á ninguno de los dos, y mucho menos despues que un dia tuve el gran disgusto de ver en un Café á este hombre, digno obgeto de mi horror. Me pareció su cara tan indigesta, tan enrebesada y tan feroz, que acordándome de todas las crueldades que habia usado conmigo, todo espantado y rabioso me salí de aquel sitio, y casi al mismo tiempo de Palermo, tomando el camino de Monreal. Caminaba solo y á pie, quando me alcanzó un hombre acaballo, acompañado de otros tres,

que

que conocí eran Soldados. Y viéndome el Principal mozo sano y robusto: Amigo, me dixo, si quieres, te recibiré á mi servicio. Conozco por toda tu traza que estás sin conveniencia, oficio ni beneficio, y que quisieras hacer fortuna con poco trabajo. En la profesion militar se logra esto facilmente. Yo soy Capitan de una Compañia de Dragones al servicio del Duque de Saboya, y ahora voy de Guarnicion al Presidio de Noto. No quiero que me sirvas mas que *de bulto*: es decir, que quando se haga la Revista, si me faltáre algun Soldado, te presentes en ella como si lo fueras. Por lo demás dentro de casa, si sabes escribir, solo me servirás para llevar la cuenta del gasto diario. Señor, le respondí, son tantas las profesiones que he probado, y en todas ellas he adelantado tan poco, que quiero tambien probar esta, ya que Vmd. espontáneamente me la ofrece. Asi que desde luego me declaro por Soldado de Vmd., á quien solamente suplico se sirva darme alguna divisa que me haga reconocer por tal. Lograrásla, me replicó, luego que lleguemos á nuestro destino. Dicho esto, me hizo montar en su grupa uno de los que le acompañaban, y me conduxo á sentar plaza en la Compañia del Capitan Arnaldo, que ya ustedes habrán conocido, fue mi único enganchador.

Lo que despues de esto sucedió en la Ciudad de Noto, escuso referirlo, porque tambien lo saben ustedes como yo. Solo no sabrán como

mo mi buena fortuna me hizo conocer en aquella Ciudad á la buena vieja que dió leche á la Señora Irene, la qual me lavaba la ropa blanca, y con este motivo tuvo despues tanta parte en los pasos que di para facilitar el consuelo á ustedes dos. Aqui dió fin por entonces Isidoro, reservando para otra ocasion el contarnos las cosas que acaecieron despues que nos separamos en Lepanto. Mientras tanto celebramos y nos reímos mucho con los rasgos de su ingenio, asi en el oficio de Astrólogo, como en la condicion de Poeta errante, y condenando sin apelacion los artificios y engaños perniciosos y detestables del maldito Abogado de Nápoles.

FIN DEL SEXTO TOMO.

TABLA DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS en este Tomo sexto.

